EL RIO DE LA PLATA

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM

1917



R B Cunninghame Graham

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

EL RIO DE LA PLATA

LONDRES:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE WERTHEIMER, LEA Y CIA.,
CLIFTON HOUSE, WORSHIP STREET, E,C.

1914.

ADVERTENCIA.

ADVERTENCIA.

Hispania publica esta colección de artículos como un testimonio de gratitud y de cariño a su ilustre colaborador, R. B. Cunninghame Graham.

Los artículos aquí coleccionados son apenas unas pocas espigas del fruto opulento y genial de este escritor, que ha recorrido la vida a todo sol y a toda sombra, con los ojos abiertos y el corazón en la mano. En su mayor parte, revelan ellos la huella que en su espíritu dejaron tierras, modalidades y hombres, genéricamente denominados hispano-americanos o españoles, lo que realza su interés para el público a que se dirige Hispania, en donde todos han visto la luz.

Coincide la aparición de este libro con el viaje de Cunninghame Graham, después de treinta años de ausencia, a la región del Plata. Tocarále vivir en propia carne la novela de su héroe Juan Icazar, aquel hijo de Toledo cuya

historia nos cuenta en *Su Pueblo*. No serán las tortuosas calles de Toledo, ni la antigua catedral, ni el puente centenario, ni el Tajo límpido y sereno, ni la Vega aromada y rumorosa, el escenario de sus añoranzas y melancólico buscar de un mundo vivo en la memoria, muerto en la tierra. El buscará la Pampa augusta, el río prodigioso, las vacadas incontables dueñas el espacio, el gaucho taciturno y semi-bárbaro, el indio perseguido y sanguinario, la inviolada majestad de aquellos horizontes y el indescifrado misterio de sus lejanías, inescrutable como la Suprema Voluntad. Por fuerza — porque esa es la ley — habrá de decir con Tennyson:

"*Gone the comrades of my bivouac, some in fight against the foe,*
Some thro' age and slow diseases, gone as all on earth will go." (1)

El cantor de *Locksley Hall* nos revela las tempestades de su alma; a los sesenta años de encendidos el odio y el amor, ardían aún bajo el tiempo, que es ceniza, rojas las brasas todavía. Cunninghame Graham ha callado toda re-

---

(1) "Idos ya los compañeros de mi vivac; unos en lid con el enemigo,
Otros vencidos por los años y las lentas enfermedades; idos todos, como todo se irá sobre la tierra."

velación indiscreta del alentar de las pasiones, que es el aliento de la vida. Su alma es un espejo milagroso, donde la naturaleza y los hombres se reflejan y pasan como una realidad y no como un recuerdo. La revelación de su propia sensibilidad, si indirecta, es precisa. Su actitud fundamental es la de piedad con el débil, con el inerme, con el vencido. Caballero andante de la Misericordia, rompe lanzas con todos los opresores, ensalza las causas perdidas y reanima con el hálito mágico de la leyenda, que en sus manos es rosario de áureas cuentas, los anhelos que a la postre sólo fueron sangre o llanto. Y su piedad es más honda cuanto es más mísero quien la atrae. Como para San Francisco de Asís, los séres mudos son hermanos suyos, y las plantas y las flores evocan su ternura, que es como un laud de broncíneos bordones, inadaptables al sollozo.

Si en la región a donde ahora vuelve, la mano del hombre ha erigido acá y allá estructuras en agrupaciones engreídas como si el tiempo fuera suyo, tendido rieles y marcado la Pampa en arbitrarias divisiones, y realizado su labor de hormiga, y si el espíritu de las gentes se ha llenado de sueños de ambición como se soñaron en todos los tiempos, el viajero llega y halla que el templo de su ilusión en verdad

subsiste todavía. . . . Su mundo revive cuando muere el sol ; cae sobre él un crepúsculo cargado del rumor de los años idos ; la sombra borra las impertinentes fábricas humanas ; en lo alto lucen cariñosas las mismas estrellas de aquellas noches lejanas, tan llenas de esperanza como las de agora de recuerdos. El caballo — el amigo de toda la vida — pace atado a corta distancia del campamento, que se alza al pie de la hoguera ; allá abajo corre el río, como corría ayer, como correrá mañana ; el alma de la Pampa toca con su ala el corazón de quien, sintiéndola, la supo interpretar, y otra vez le canta al oído, quedo, muy quedo, el secreto inmortal de los ríos y de las llanuras.

S. PÉREZ TRIANA.

Londres, *Diciembre 1914.*

PRÓLOGO.

PRÓLOGO.

Este es un libro de valor recóndito. Suponga el bien intencionado lector que de entre las ruinas de Pompeya pescara de repente uno de esos profesores alemanes, cuya es la tarea de desenterrar el pasado, un libro en que se describieran al pormenor la vida y costumbres de las ciudades puestas a buen recaudo por la lava del Vesubio. Conceda el lector, además, que las descripciones procedieran de un artista supremo de la palabra que tuviera el privilegio de asir la realidad sin tenacillas y el ponerla a la vista del lector dentro de la perspectiva encantadora de una edad más sabia, más inquieta, y acaso tan refinada como la de los romanos de la decadencia. En otras palabras, imaginemos, lector bondadoso, que hoy resucitara un habitante de Pompeya y, haciendo uso de las formas literarias perversamente refinadas y adorables que nos han legado en siglos de cultura los tenaces cinceladores de la palabra, nos diera el cuadro de los placeres y miserias humanos según él los había observado en uno de los períodos más interesantes de la historia.

El libro de Cunninghame Graham tiene un mérito semejante. Lo que pasó con Herculano y Pompeya está pasando diariamente con las ciudades vivas. El andar de la historia, la vida de los hombres, el cambio de instituciones políticas, de sentimientos, de perspectivas morales, las va enterrando poco a poco.

En los analès históricos al alcance de los profanos puede uno leer de las enormes transformaciones sufridas por las ciudades en que se han forjado y deshecho los grandes imperios. El suelo de Roma, excavado y revuelto, dice las vicisitudes incomparables de esa cuna agitada del mundo latino. Después de haber sido la ciudad más populosa del orbe, vino a tener en la Edad Media la población de una aldea. El polvo de los siglos y el limo de los valles iba cubriendo a la vista de los romanos de entonces todos los monumentos de una civilización que hoy parece imperecedera. A nuestra vista Londres va desapareciendo. Si no tuviéramos los libros de Dickens, de Thackeray, de los novelistas que florecieron en Inglaterra a mediados del siglo pasado; si no tuviéramos la prensa de esos años, el Londres de la edad victoriana vendría siendo para nosotros un enigma tan indescifrable como la Pompeya del año 79, que muestra, sin embargo, sus

calles y sus plazas, el mobiliario de sus habitaciones, las actitudes mudas de sus habitantes, sus baños públicos, los juguetes infantiles, pero esconde tenazmente los sentimientos de sus moradores.

Cunninghame Graham vivió en el Plata cuando esas comarcas tenían todavía el encanto de la vida primitiva. Conoció a Buenos Aires cuando la gente se desnudaba después del almuerzo para meterse en cama y dormir la siesta, cuando el viandante a pie era detenido en las calles por el pordiosero que le estiraba la mano desde los lomos de su cabalgadura. La Pampa, virgen de rieles y de automóviles, no le cedía el encanto de sus cielos profundos y de sus llanuras solitarias sino a los viajeros capaces de entrar en mudos coloquios con la naturaleza imperturbable.

Cunninghame Graham conoció al gaucho, conoció al argentino cuyas costumbres no habían recibido el contagio de las finanzas europeas. El Plata es hoy rico, Buenos Aires más grandioso, la Pampa más poblada, que en los días a donde vuelve sus ojos el autor de este libro. Sin embargo, ni el Plata, ni Buenos Aires, ni la Pampa, se han perdido. Hay algo más sutil y evanescente que ha desaparecido

por completo y que el autor, por un privilegio extraño del destino, ha podido conservar para deleite de sus contemporáneos: son los sentimientos rudos, generosos; la energía indomable; la lealtad duradera y los odios tenaces de aquel mundo extraño que se dibuja a nuestros ojos como si hubiera sido fijado en palabras por un profeta del pasado, lleno al mismo tiempo de la visión fascinadora de los tiempos presentes.

B. SANÍN CANO.

Los artículos que componen este libro han ido traducidos así:

El Gaucho, *La Pampa*, *Los Indios*, *El Rodeo*, *El Paso del Río*, *Buenos Aires Antaño*, *El Esqueleto de Carney*, *Putumayo*, *Río Arriba*, por S. Pérez Triana.

La Tumba del Ginete, *La Cautiva*, *El Cuarto Mago*, por S. Restrepo.

Su Pueblo, por Tomás O. Eastman.

El Tango Argentino e *Hipomorfo*, por B. Sanín Cano.

El que lleva por título *La Vieja de Bolívar*, fué escrito originalmente en español por Mr. Cunninghame Graham.

ÍNDICE.

EL RIO DE LA PLATA.

I.

EL GAUCHO.

EL Río de la Plata; así llamábamos al país, en ese entonces, por allá en 1870, cuando todavía el nombre de Rosas inspiraba temor entre los gauchos más viejos, ó tal vez, para decirlo con mayor propiedad, les parecía ser el de un Dios tutelar.

Cuántas veces los he oído, ya en la frontera meridional de la provincia de Buenos Aires, que entonces estaba en Bahía Blanca, y también en el Oeste, cerca de Tapalquén y del Fortín Machádo, después de clavar su facón en el mostrador de la pulpería, y de despachar de un trago un vaso de caña, gritar "Viva Rosas," añadiendo una ó dos maldiciones, probablemente por mor de eufonía. El inolvidable jefe, tipo de todos los vicios y virtudes de su clase, gaucho genuino, si los hubo, capaz de echar el sombrero al suelo y de alzarlo al galope, sin apoyar la mano en la silla, indiferente al gasto de la vida humana y pródigo en derramar sangre, hacía poco que había muerto, convertido en un pacífico burgués, cerca de Southampton; empero su espíritu díscolo aún sobrevivía. El país apenas había salido, ó estaba saliendo de la guerra con el Paraguay. La corriente de emigración, que desde entonces ha realizado tan numerosos cambios en aquellas tierras, comenzaba á invadirlas. La harina era importada de Chile y de Norte-América, la carne costaba diez centavos por kilo en la capital. Los enormes campos de pan llevar, que hoy extienden sus cultivos por leguas enteras, yacían eriales; sólo aquí y allí, en chacras diminutas, algún vizcaino emprendedor, sembraba unas pocas fanegas,

azuzando sus bueyes con un mazo, sentado sobre el yugo, dejando colgar las piernas entre los cuernos de sus animales, ó, á horcajadas sobre un maucarrón, aguijoneándolos con un clavo engastado en una tacuara (larga caña). Las gentes del país los contemplaban como sin duda á Triptolemo los primitivos habitantes de Acaya. Los extranjeros, que sin excepción se dedicaban á la cría de carneros ó de ganados, medio admiraban y medio despreciaban al labrador agrícola, aunque ellos, en su mayoría, iban á casa de él los sábados en busca de pan.

La gente se alimentaba exclusivamente con carne, "carnero no es carne," solían decir, lo que da la medida del progreso en aquellos lugares. Mate y carne, y carne y mate, y de vez en cuando un saco de redondas galletas, tan duras como las piedras de las calles en el Sur de España, en Marruecos, en Persia, en Turquía y en otros países, en que las gentes hablan y hablan del progreso, sin darse cuenta de lo que es . . . felizmente para ellas ; puchero y asado, hecho este último al fuego vivo, en un asador, que era el único utensilio culinario, fuera de una olla de hierro y de una caldera de estaño, que nunca faltaban en los ranchos de las Pampas. He ahí la lista completa de nuestros manjares, ó menú, que diríamos en moderno. El asado lo comíamos con nuestros cuchillos, cortando un gran trozo, teniendo cuidado de no tocar el centro de la posta, y luego, mordíamos la presa entre los dientes, y cortábamos cada bocado á raíz de los labios, con cuchillos de doce pulgadas. El puchero consistía en carne cocida, por regla general, porque si teníamos una mazorca ó dos de maíz, una cebolla ó una col para condimentarlo, eso ya era un festín : nos restregábamos los dedos en las botas, y limpiábamos los cuchillos, clavándolos en el techo pajizo, generalmente hecho de cañas ó de paja brava, que era el nombre dado en el país á la yerba pampera. En el techo había clavadas estacas de *ñandubuy* ó cuernos de venado, de los que colgaban los muebles, es

decir, las riendas, cabezales, boleadoras, lazos, y demás enseres en que se complacía el orgullo del gaucho. Los asientos eran cabezas de buey ó bancos bajos de madera dura, casi siempre de *chañar* ó *ñandubay*, puestos sobre el suelo, de barro reseco, pisado y vidriado con boñiga. El humo se alzaba en espirales del fogón, prendido sobre el suelo mismo, en el propio centro de la estancia, sobre una ó dos piedras, ó, en raras ocasiones, encerrado dentro del arco de una llanta de rueda desvencijada. Las vigas, el techo pajizo y las delgadas tiras de cuero, que servían de clavos, estaban negras y abrillantadas por el humo, que llenaba la casa con una atmósfera como la de las chozas en que usan carbón de turba, en las Hébridas. Fuera, en el palenque, todo el santo día, un caballo ensillado pestañeaba al rayo del sol, dejando colgar la cabeza como si estuviera medio muerto; pero si algún gringo aturdido, se le acercaba más de lo mandado, el animal revivía, irguiéndose con resoplido bravío, y sacudiendo el cabestro. El palenque deslindaba los límites del hogar; más allá de él, tanto la etiqueta como la prudencia, mandaban al extraño no pasar sin un ceremonioso "Ave María Purísima," contestado con un "Sin pecado concebida"; á esto seguía la invitación á apearse y á atar *el montao*; luego, ahuyentados los perros, que mantenían al viajero como á un barco rodeado por la tempestad, ya á caballo, ó al lado de su *flete*, el dueño de casa la franqueaba á su huésped. Se entraba á la cocina, que servía de comedor y de cuarto de recibo. Una vez sentados sobre cabezas de buey, comenzaba el desgrane de noticias: que ya la revolución había estallado en Corrientes, ó que algún caudillo conocido recogía caballos, y reclutaba gente en Entre Ríos ó en la banda oriental del Uruguay, que los Colorados habían tomado á Paysandú, que los Blancos habían triunfado en Polanco ó en algún otro lugar, ó que este ó aquel gobernador había sido asesinado.

Luego se hablaba de caballos, de las marcas con que

estaban herrados, del precio del ganado en Concepción del Uruguay, y de si era cierto que Cruz Cabrera había matado á Juan el Velludo, y de cómo era que, si acaso era cierto, en el Monte del Yí quedaban matreros, y de muchas cosas de la laya, de suprema importancia en el campo ; luego, servían el mate, mientras conversaban al amor de la lumbre.

Aparecía una china, ó una negra, levantando el cuero de yegua tendido á guisa de puerta y después de hacer sus venias, recibía la yerba tomada de un saco hecho de un buche de avestruz, ponía el caldero al fuego, se sentaba en un banco, abriendo las rodillas como si fuera á partirse en dos, y se inclinaba para soplar el fuego ; cuando el agua hervía, ponía la yerba en el mate, ajustando la bombilla de lata en posición vertical, operación que requería alguna habilidad, y después de verter el agua, empezaba á chupar el tubo, escupía al suelo los primeros chupos, hasta dejar el aparate corriente ; luego, después de tomar un mate por su propia cuenta, lo pasaba de mano en mano entre los convidados, con cierta nimia, distinción de categorías. Mientras todos chupaban el brevaje, hasta dejar el mate seco, la muchacha, de pié todo el tiempo, solía deslizar la mano distraidamente entre sus largos cabellos, ó entre sus motas negras, como en busca de algo, en tanto que con un pié descalzo, se rascaba la otra pierna. Luego volvía á ponerse en cuclillas, llenaba el mate, y después del chupón inevitable, para cerciorarse del tiro de la bombilla, comenzaba de nuevo á pasarlo á la redonda. Esto se llamaba "servír el mate" y la muchacha que lo servía, guardaba, durante la ceremonia, un silencio solemne, como si cumpliera algún rito. Si el dueño de casa no tenía hija, ó mujer, ó muchacha, servía él mismo el mate, pero no lo pasaba de mano en mano ; sentado junto al fuego lo llenaba, veía si tiraba bien y se lo pasaba á otro. El mate circulaba hasta que la yerba perdía su sabor, que era áspero, amargo y acre, y que, en el campo, nunca se tomaba con azúcar, sino cimarrón.

La conversación se generalizaba ; se hablaba de la invasión de los indios, de que los infieles en su última entrada, habían quemado el rancho de Quintín Perez, de que se les había visto retirándose á la luz de las llamas, hacia Napostá, arreando una caballada por la huella que vá al Romero Grande, costeando el estero al oeste.

Los hombres que en estos decires se entretenían, eran por lo general altos, cenceños y nervudos, con no pequeña dosis de sangre india en sus enjutos y musculosos cuerpos. Si las barbas eran ralas, en desquite el cabello, luciente y negro como ala de cuervo, les caía sobre los hombros, lacio y abundante. Tenían la mirada penetrante y parecía que contemplaban algo más allá de su interlocutor, en horizontes lejanos, llenos de peligros, rondados por los indios, en donde á todo cristiano le incumbía mantenerse alerta con la mano sobre las riendas. Centauros delante del Señor, torpes á pié como caimanes embarrancados, tenían, sin embargo, agilidad de relámpago, cuando era necesario. Parcos en el hablar, capaces de pasar todo el día á caballo, uno al lado del otro en las llanuras, sin cruzar palabra, excepto alguna interjección como "jue pucha," si el caballo tropezaba ó se espantaba, porque una perdiz saltaba á sus piés.

Se enfurecían fácilmente ; echando espumarajos por esas bocas y pidiendo sangre á voces ; un instante después (pasada la tormenta), tornaban á ser los mismos graves centauros de antes. Así, los mares tropicales, tan tranquilos como si nada pudiera alterar el lento y prolongado balanceo de sus ondas, se encrespan, se cubren de espuma, rujen y se tragan á los barcos ; luego, tras el furor de la tormenta, arrojan los cadáveres de los náufragos en la arena de la playa, tan suavemente, que las olas parecen acariciarlos mientras flotan en la marejada.

Tales eran los centauros de aquellos días, vestidos de

poncho y de chiripá. Calzaban botas de piel de potro, hechos los talones del corvejón, dejando salir los dedos para agarrar el estribo, formado por un nudo de cuero.

Su estado de gracia espiritual interna, era una mezcla extraña de cristianismo contenido en su desarrollo, matizado de supersticiones indias ; su temple de ánimo era melancólico. La alegría no arraiga en aquellas desiertas estepas ; esto sucede generalmente con los habitantes de las llanuras, cuyas vidas se pasan solitarias, ya en grupos de tiendas, como entre los árabes, ya en ranchos aislados como en las pampas del sur.

Hasta sus mismos bailes eran lentos y acompasados, ya los nacionales, cielitos, gatos ó pericón, ya el vals importado, que danzaban meciéndose á un ritmo peculiar y característico, rastrillando las espuelas por el suelo, como le arrastra un pavo las alas á su hembra.

Era en los bailes en donde aparecía el improvisador (á quien los gauchos llamaban *payador*) en toda su gloria ; pespunteaba la guitarra, cantaba sus coplas en falsete delgado, prolongando la última nota de cada verso para darse tiempo de comenzar el siguiente con un nuevo epígrama. Si por mala suerte se presentaba otro payador, éste aprovechaba la ocasión para contestar en competencia, hasta que, como á veces sucedía, el que agotaba primero su inspiración, rasgueaba de un golpe todas las cuerdas de su guitarra, y poniéndola en el suelo, se incorporaba, diciendo : "Ya basta, 'ahijuna,' vamos á ver quién toca mejor con el cuchillo," y sacando el facón con un revés de muñeca, se ponía en guardia. Generalmente el otro payador, no tardaba en imitarlo, y entrambos contendores, después de envolverse los ponchos apretadamente en el ante-brazo izquierdo, que mantenían al nivel del pecho para protejer las partes vitales, adelantaban el pié izquierdo, cargándose con todo el cuerpo sobre el derecho, y empezaba la lucha. Se inclinaban á derecha é izquierda, recogiendo á veces

puñados de polvo ó de tierra que trataban de echar á los ojos de su enemigo, para arrojarse sobre él.

A veces, la pelea duraba media hora. Los héroes se injuriaban, como sus prototipos ante los muros de Troya ; otras veces, — como sucedió en la primera en que me cupo en suerte presenciar una de estas riñas, — la batalla terminaba en un instante : quedó un hombre clavado contra la pared y el otro tendido en tierra con las entrañas esparcidas por el suelo. Los espectadores de tales sucesos hacían memoria de ellos, como del día en que había habido "mucha tripa al sol en lo de Tío Chinché." El día servía para fijar fechas, como si se tratara de la Pascua florida, ó de la Navidad ó de cualquiera otra fiesta de la Iglesia. No que la Iglesia entrara por mucho en la vida de aquellos recios ginetes ; la verdad es que rara vez se casaban por la sacristía ; de vez en cuando, llegaba algún obispo en visita pastoral, sentado trás de cortinas de cuero, en algún viejo "coche de colleras," arrastrado por siete caballos. En el primero, el de varas, gineteaba "el cuarteador," que era un chico que con un lazo atado á la cincha de su caballo galopaba adelante para pilotear el vehículo.

Las gentes parecían despreocupadas cuando hablaban de la dignidad de la Iglesia ; hablaban del Papa ó de Tata Dios con aquella sutil ironía de los gauchos, que no deja adivinar si hablan en serio, ó en burla.

Lo cierto es que en esas ocasiones, había un enganche general de parejas, que, según la Iglesia, habían vivido en pecado mortal. Se bautizaba á los chicos, que desde su nacimiento nunca habían tenido otro trato con el agua que el de algún aguacero inesperado.

Muy poca vida interior se vivía en las llanuras. Poca religión, y poca superstición tenían aquellos hombres, de los que Hudson, nacido él mismo en la Pampa y empapado en la melancolía de los gauchos, ha descrito en aquél su estilo tan sutil, tan vecino de la poesía en

espíritu, y tan perfecto como arte en la prosa, tal como el efecto de la sombra del ombú ó la ciudad mística de Trapalanda, á donde cabalgan los indios cuando terminan el último galope. Lo que es "las ánimas" sí existían, pero vagamente. Jamás molestaban á nadie, de suerte que en lo espiritual, la vida de los gauchos tenía tan pocas líneas como tuviera el mapa del mundo pintado por Ptolomeo. Con excepción de los árabes, pocos pueblos han sido tan completamente materiales en sus vidas; pero es curioso observar que á ninguno de los dos pueblos les ha faltado dignidad en sus personas ó en su mente. Los dichos familiares de la pampa, como el de "El ternero sarnoso que vivió todo el invierno y murió en la primavera" ó "Nunca faltan encontrones cuando el *probe* se divierte" ó "No arribes á rancho donde veas perros flacos" y otros de la laya, llevaban á una filosofía humilde pero bondadosa y á una ausencia absoluta de envidia, puesta de manifiesto por uno que, habiendo sido reclutado para el servicio en las fronteras, muy lejos de su casa, encontró á su vuelta un chico rubio entre los suyos, y observó: "Un inglesito que nos ha deparado Dios" y lo trató como si fuera uno de sus propios hijos.

Me separo de los gauchos con el dolor natural de quien habiendo pasado entre ellos su juventud, aprendido á tirar el lazo y las boleadoras, á montar de un salto y á resistir los rigores del calor y del frío en aquellas llanuras solitarias, tiende los cansados ojos sobre el turbio espejo de los tiempos que ya fueron.

II.

LA PAMPA.

SIENDO el gaucho (como deciamos ayer) un hombre de silencio, de suyo taciturno, su natural mudez semi-india crecía en aquel vasto océano, verde y sin ondas, en que se pasaba la vida. Paja y cielo, y cielo y paja, y más cielo y más paja todavía; el campo se extendía desde los *pajonales* en la márgen occidental del Paraná, hasta los pedregosos llanos de Uspallata, á trescientas leguas de distancia.

Saliendo de San Luis de la Punta, seguía hasta Bahía Blanca, y volviendo á atravesar el Uruguay, cubría todo el suelo de esa República, la mitad por lo menos de Río Grande y, con un rodeo, encerraba las misiones, tanto del Paraná como del Paraguay.

En todo este océano de altas yerbas, verdes en la primavera, amarillentas después, y hacia el otoño pardas como el cuero de un zapato viejo, los rasgos distintivos y característicos, eran unos mismos.

En todas partes soplaba un viento incesante, estremeciendo y rizando las yerbas ondulantes. Esmaltábanlas incontables puntas de ganado ; en la cima de las lomas y en los declives de las cuchillas, veíanse bandadas de avestruces (la Alegría del Desierto, según el decir de los gauchos), y grandes manadas de ciervos de un amarillo pálido, contemplando á los viajeros que, á lo lejos, pasaban al galope.

Por allá hacia el Sur, las liebres de Patagonia, el *mataco* y el *quiriquincho*, escurrían el bulto ú horadaban sus

cuevas bajo tierra. Nunca viérase en parte alguna otro campo tal para galopar á rienda suelta y sin mesura; era aquella una pista homérica, sin duda la más amplia que haya salido de la mano del Creador, y, tal vez, aunque él lo quisiera, no podría hacer otra mejor; hacia la parte media de esa región, los armadillos y los lagartos se arrastraban en la superficie ; en el norte veíanse las "isletas," de tono metálico subido, con sus montes poblados de maderas duras, y en torno, en lo alto, bandadas de guacamayos, rojos, amarillos y azules, cerniéndose como mariposas ; por el norte, también abundaban los osos hormigueros (llamados *tamanduás* por los *guaranís*) y las antas, al parecer recién salidas del Arca de Noé. Los *tero-teros* revoloteaban por todas partes, chillando y silbando, y girando alrededor de las cabezas de los caballos. De todos los caminos y campos sembrados de maíz, partían, á todo volar, estrepitosos tropeles de cotorras bullangueras.

En los bosques abundaban los tigres y las pumas, desde el propio Estero de Ñembucú — que en más de una ocasión atravesé con el lodo y el agua hasta las cinchas del caballo—hasta los bosques eternos de hayas antárticas en Punta Arenas.

Todos los ríos estaban poblados de nutrias, de lobos y de carpinchos con deformes dentaduras rojas, que nadaban á flor de agua, tendiéndose con la cabeza á nivel de la corriente, como nadan las focas en el mar.

Las bizcachas horadaban sus agujeros, delante de los cuales, pequeñas lechuzas, sabihondas y solemnes, montaban la guardia como centinelas en los portales de un palacio.

A veces, la langosta invadía la Pampa en nubes que entenebrecían el sol, devoraban las cosechas y se desvanecían en el espacio por donde habían venido.

" ¿ En dónde está la *manga ?* " era pregunta diaria en las llanuras ; al oirla, hombres graves y de luengas

barbas sujetaban la rienda parando sus caballos: los ponchos les colgaban lacios de los hombros, como del mástil la vela que ha perdido el viento, y señalando con dedo enjuto y moreno, manchado de tabaco, contestaban: "Por allacito, en *Los Porongos*"; dicho esto, seguían su camino, y se perdían en la lejanía, como barcos que se han hablado en alta mar. El viento del norte llenaba el aire de menudos filamentos, como de algodón desmenuzado; el pampero rujía como si todo un "rodeo" asustado, corriera de estampida, aterrando las casas y la yerba por los suelos. En verano, el aire palpitaba de continuo con el zumbido de insectos invisibles, y en el invierno, la escarcha blanca en las mañanas, plateaba la yerba y pendía, congelada en las estacas, como allá en el Mundo Viejo en que el Rey Poeta compuso "El Cantar de los Cantares," dos mil años hace.

Eso, todo eso, era lo que la Pampa había heredado de la naturaleza; cuando la ví por vez primera aparecía lo mismo que en la mañana del séptimo día, aquella remota Nabotea — el Entre Ríos del mundo antiguo — cuando el Señor descansó, miró hacia la tierra, y halló que su obra era buena.

Muy poco había logrado el hombre cambiarla de su aspecto: aquí y allí, un huerto de duraznos, ó la casa blanca de una estancia, ó los pajizos techos de una ranchería ó de una pulpería levantada cerca del "paso" de un gran río ó en el tope de una loma, como la de la cuchilla de Peralta á la orilla del sendero, que desde los días de la conquista, conducía serpenteando hasta el Brasil.

Los ginetes se cruzaban, erguidos en sus "recaos," arreando por delante su tropilla de caballos, y *revoleando* sus *rebenques* por encima de sus cabezas.

Al cruzarse se gritaban un saludo; si la distancia era demasiado grande, sacudían la mano levantada en señal de reconocimiento, y se hundían en la llanura, como

barcos en el mar ; primero desaparecía el caballo, luego el hombre, el poncho y por último el sombrero ; parecía que las ondas de paja se los tragaran ; de día, los ginetes mantenían los ojos fijos en el horizonte, y de noche, en alguna estrella. Si la noche les cogía en campo raso, después de manear á la yegua, ataban el caballo á una soga larga ; si no encontraban ni tronco, ni hueso á la mano, hacían un nudo al extremo de la cuerda, lo enterraban pisándolo con los piés y se tendían encima.

Fumaban uno ó dos cigarrillos, miraban de cuando en cuando á las estrellas, y al echarse á dormir tenían buen cuidado de poner la cabeza vuelta la cara hacia el rumbo que habrían de seguir, porque entre las neblinas matinales era fácil errar el camino y perder la *güella* deshaciendo lo andado.

En aquel vasto océano verde, como el proverbio lo reza, "el que se pierde perece" ; ¡ cuántas veces, *campeando* algún caballo robado ó perdido, me sucedió dar con un montón de huesos, medio ocultos entre girones de ropas desgarradas ! En tales casos, si uno tenía compañero, éste paraba el caballo unas veces, y otras seguía de largo ; pero con seguridad, señalaba hacia el montón, diciendo : "Allí donde la yerba crece tan opulenta entre esos huesos, murió un cristiano."

La palabra cristiano era más bien distintivo de raza que de religión ; á los indios se les llamaba "los bravos," "los infieles," ó "los tapes" ; este último nombre, sobre todo, se aplicaba á los descendientes de los *charrúas* en la Banda Oriental ó á los indios mansos de las misiones del Norte. El traje del *poncho* y del *chiripá*, atestiguaba cuán hondamente los supradichos infieles y *tapes* habían estampado su huella en el lenguaje y en la vida de los gauchos. Los viejos cronistas nos dicen que estas vestimentas fueron tomadas de los infieles "que ocupaban esas llanuras cuando por primera vez Don Pedro de Mendoza arribó á ellas con sus gentes, á conquistarlas para su amo y señor, y á proclamar la gloria

del nombre de Aquél que, aunque nacido en un establo, es más poderoso que todos los reyes de la tierra." En el lenguaje corriente de la Pampa, tales palabras como "bagual," "ñandú," "ombú," "vincha," "tatú," "tacuará," y "bacaray," y casi todos los nombres de las plantas, de los arbustos y de los árboles, recuerdan la influencia de los indios, los *quichuas*, los *guaranís*, los *pampas*, los *pehuelches* y los *charrúas*, y los demás que en un tiempo habitaron esas tierras.

Las boleadoras, que los gauchos llamaban "las tres Marías," eran el arma característica de aquellas llanuras; con ellas los indios mataron á muchos de los soldados de Don Pedro de Mendoza durante la primera expedición cristianizante del Río de la Plata; con ellas también las bravas tropas gauchas que se levantaron al mando de Elio y de Liniers, les trituraron los cráneos á muchos ingleses luteranos—así llamados por el bueno del Dean Funes en su historia—que á las órdenes de Whitelock, habían atacado la ciudad. Sólo en la Pampa, en todo el mundo, era esta arma conocida. Ninguna de las tribus de la Pampa usaba arcos ni flechas; las bolas y también una piedra única retenida en una correhuela entretejida, llamada la bola perdida, reemplazaban con creces arcos y flechas.

La verdad es, que fuera de la Pampa, al menos en América, no pueden usarse "las tres Marías"; en Africa y en Asia acaso si se las pueda usar. En la América del Norte, las llanuras, ó abundan en arbustos, ó están cubiertas de yerbas largas como heno, y estas condiciones militan contra el empleo de un arma que muchas veces se arroja á una vara ó dos atrás de las piernas de la presa y que saltando de rebote se enreda entre ellas entrabando todo movimiento.

Nada más típico de la vida de hace cuarenta años en las *Pampas*, que el aspecto del gaucho vestido de *poncho* y *chiripá*, cogido el estribo en los dedos desnudos de los pies, retenidas las largas espuelas de hierro

en su puesto con una correa de cuero, pendientes de los carcañales, el pelo encerrado en un pañuelo de seda rojo, chispeantes los ojos, el mango de plata del cuchillo salido por entre la faja y el tirador, cerca del codo derecho, sobre su " pingo " de crin *tusada* y cola larga extendida al viento, haciendo girar "las tres Marías" por encima de la cabeza, y corriendo como un relámpago cerro abajo á una inclinación en donde un ginete europeo hubiera considerado tal cosa como muerte segura, empeñado en *bolear* de entre una bandada, á un *ñandú* veloz, que huyera con el viento.

Soltaban las bolas con tanta facilidad como si las guiara la voluntad y no la mano, arrojándolas por el aire ; las bolas giraban sesenta ó setenta varas sobre su propio eje, las "sogas" se pegaban al cuello de los avestruces, contrarrestando el ímpetu centrífugo, y luego caían al suelo y entrelazándose con violencia en las piernas, daban en tierra con el pájaro gigantesco, que se desplomaba de costado. En diez ó doce brincos, el cazador llegaba al lado de la presa, saltaba del caballo al suelo con chasquido de espuelas, como si fueran grillos de hierro ; maneaba su caballo, ó si la tenía confianza, soltaba las largas riendas por el suelo, seguro de que, educado en la experiencia, el caballo sabría que un pisotón en la rienda era lo mismo que un tirón de la boca, y permanecería tranquilo.

Aquí el gaucho sacaba el facón, clavándolo en el pájaro, en la parte baja del pecho, ó, á veces, tomando unas boleadoras de repuesto, llevadas ya alrededor de su propia cintura, ya debajo del "cojinillo" del "recao," le aplastaba el cráneo á su víctima ; otras veces, de un solo revés del facón degollaba al avestruz, pero esto exigía un cuchillo muy pesado, de filo muy seguro, y para esgrimirlo, un brazo de fuerza excepcional.

Más de una vez he visto á un gaucho, corriendo *baguales*, ó avestruces, en el propio momento de tirar las bolas, haciéndolas girar sobre su cabeza, hallarse con

que su caballo caía en tierra con él,— echar una parada, y sin perder el movimiento imprimido á sus boleadoras, bolear su propio caballo, en el momento preciso en que el animal lograba incorporarse de nuevo á punto de escaparse, dejanto al ginete á pie en el campo. ¡ A pie en el campo ! . . . . ; esa era una frase de terror en las Pampas del Sur. El marino, en bote diminuto, en pleno Océano, no está en peor condición que la del que por una ó por otra causa, se encuantra á pie sin caballo, abandonado en aquel inmenso mar de yerba. Libre antes como un pájaro, ahora es tan desvalido como ese mismo pájaro con el ala rota por la bala del cazador.

Si daba con ganado, los animales con frecuencia lo atacaban ; en plena llanura su única esperanza de salvación estaba en hacerse el muerto ; lo olían, y después, si él no se movía, se alejaban. Al peatón que se acercaba al rancho de algún gaucho, lo rodeaban los perros que en todos ellos abundaban, ladrando y mordiéndole las piernas, si era de día ; ó le caían encima como lobos si era de noche. Los arroyos, de fondo generalmente fangoso, le atajaban el camino ; aunque hundiéndose hasta las cinchas, los caballos lograban atravesarlos; para el viandante á pie, sin embargo, resultaban impasables, obligándolo á vagar de arriba abajo en la orilla, hasta encontrar un *paso*.

Si por mal de sus pecados se extraviaba, su suerte estaba echada, sobre todo en la región en que las estancias estaban á gran distancia unas de otras, en donde si lo encontraban indios merodeadores, con seguridad lo mataban, como suelen los chicos matar á los pájaros que encuantran revoloteando en su camino. Perder caballo y silla era cosa peor que hacer bancarrota, y así se la consideraba. Contaban que un francés, viendo á un gaucho que andaba holgazaneando, le preguntó por qué no trabajaba . . . .

" Trabajar, madre mia," replicó aquél, " ¿ cómo puedo trabajar si me han *dejao* á pie y estoy *fundido* ? "

" Ah, ya comprendo " — agregó el francés. — " Ha tenido Vd. negocios de comercio y le han salido mal ; lo compadezco á Vd. "

El gaucho atónito, respondió :

" ¿ Negocios de comercio ? No en mi vida ; pero en una pulpería, algún *tío como luz* me robó el caballo, *el recao* con todo, el lazo, las bolas y un cojinillo riojano y me dejó sin un *vintén.* "

¡ Pobre hombre ! ¿ Cómo podía trabajar á pie y sin silla ? Sin duda, antes de la conquista, los hombres atravesaban la Pampa á pie, penosamente, necesitando años, tal vez, para ir desde el Atlántico hasta el pie de los Andes, adelantando á tientas de un río á otro río, como los primeros navegantes de cabo en cabo costeando á lo largo de las ensenadas.

El advenimiento del caballo infundió una nueva vida en estas llanuras ; la naturaleza pareció acojer gozosa la vuelta del caballo, después del largo intervalo desde el período terciario en que el caballo de ocho pies vagaba libre en las Pampas, pobladas hoy por la descendencia de las trece yeguas y de los tres caballos enteros, que D. Pedro de Mendoza dejó en pos de sí al embarcarse para España después de su primera tentativa de colonización.

En mis recuerdos vive aquel inmenso y silencioso mar de paja ; cubría su superficie, en primer término, yerba corta, jugosa y dulce, que los carneros comían hasta la raíz ; luego aparecían los cardos, que crecían á la altura de un hombre, formando una maraña hirsuta, por entre la cual el ganado había abierto un laberinto de sendas, luego yerbas más ásperas, y, poco á poco, tallos obscuros como de alambre y finalmente, se perdía toda señal de yerba donde las Pampas tocaban con las pedregosas llanuras de Patagonia, hacia el Sur. Hacia el Norte, las yerbas ondulantes y trémulas crecían más escasamente, hasta que, en las misiones de los jesuitas, al-

gunos grupos de árboles invadían las llanuras, que finalmente terminaban en los densos bosques del Paraguay.

El silencio y la soledad eran el distintivo común del Norte y del Sur, dentro de un horizonte circunscrito á lo que un hombre podía ver desde á caballo.

Muy pocas cosas había que pudieran servir de mojón ó marca para distinguir los lugares ; pero, en las regiones del medio y del Sur, solía hallarse algún ombú melancólico al lado de una *tapera* solitaria, ó dando sombra á un rancho, á pesar del proverbio que decia : " Nunca prosperará la casa sobre cuyo techo cayó la sombra del ombú."

Con razón, los antiguos *quichuas* bautizaron esas llanuras con un nombre que significa " espacio " ; todo allá era espacioso, vasto ; la tierra, el cielo, la ondulante y trémula inmensidad de yerba, las innúmeras manadas de caballos y ganados ; los maravillosos juegos de la luz ; las tempestades furiosas y supremas, y por sobre todo el ánimo de los hombres, que se sentían libres, cara á cara con la naturaleza, bajo aquellos hondos cielos meridionales.

III.

LOS INDIOS.

EN aquellos días en que los gauchos andaban de poncho y de chiripá, y las gentes gastaban toda una hora mortal encerrando la *tropilla*, para coger el caballo en que ir á visitar á un amigo á media legua de distancia; en que los caballos eran el asunto de interés principalísimo, la suprema preocupación y recreo de los hombres, y el ramo más floreciente de la literatura era pintar *marcos* en el suelo, los indios ocupaban mucho puesto en la vida del campo, allá en el Sur.

La indiada del viejo cacique Catriel, acampaba permanentemente en las afueras de Bahía Blanca; vivían en paz con sus vecines, manteniendo relaciones á la callada con los indios bravos, los *Pampas*, los *Ranqueles*, los *Pehuelches*, y las demás tribus que tenían sus toldos en las Salinas grandes, ó salpicados á lo largo de los collados al pié de los Andes, hasta el lago de Nahuel-Huapi y hasta Cholechel; á las veces estallaban como el rayo de entre una nube en los campos de adentro, con la furia de un pampero que soplara el Sur.

Sus incursiones seguían siempre los mismos caminos, bien conocidos de los gauchos, que las distinguían con el nombre de *malones*; unas veces entraban á la provincia de Buenos Aires pasando cerca de la villa de *Tapalquen*, por el gran despoblado que se extiende de Romero Grande á Cabeza de Buey, ó por el paso, en la propia cumbre de la sierra de la Ventana, llamada así por la extraña configuración de su apertura.

Alrededor de las tribus indias flotaba una atmósfera

de leyenda y de terror. Cuando invadían las grandes estancias del Sur, cabalgaban todos, con excepción de los jefes, en cueros de carnero, y muchas veces *en pelo*, llevaban una lanza de *tacuara*, de cinco á seis varas de largo, con una tijera de trasquilar en la punta, adherida al asta, ora con una cola de buey, ú otra *guasca* que dejaban secar, y que se endurecía como el hierro, reteniendo contra la hoja un mechón de crín que dijérase ser de un pericráneo humano ; á su paso huían los venados y los avestruces como vuela la espuma marina ante las ondas agitadas.

Cada guerrero llevaba un caballo de remuda, adiestrado, según el decir de aquellas partes, "á cabestrear á la par ;" cabalgaban como demonios en las tinieblas excitando á los caballos con la furia de la carga, y brincando los pequeños arroyos ; los caballos escarceaban en los pedregales como cabras, deslizándose por entre los *pajonales* con ruido de cañas pisoteadas, los jinetes se golpeaban la boca con las manos al lanzar sus alaridos prolongados y aterradores : Ah . . . Ah . . . Ah . . . a . . . a . . . a.

Cada jinete cabalgaba en su *crédito* (caballo favorito) ; envueltos al cinto llevaba dos ó tres pares de boleadores, las bolas grandes pendían á la izquierda y la bola pequeña, ó *manija*, á la derecha, descansando sobre el cuadril. Todos tenían cuchillos largos ó espadas recortadas para mayor comodidad al largo de una bayoneta-sable ; si tenían silla, los llevaban metidos entre la cincha y la *corona*, y si no, atados al talle desnudo con fajas angostas de lana, tejidas por sus mujeres en las tolderías, de extraños dibujos concéntricos y estirados. Iban todos embadurnados de grasa de avestruz ; nunca se pintaban ; su feroz algarabía y el olor que despedían, enloquecían de miedo á los caballos de los gauchos.

El cacique andaba unos veinte pasos adelante de los demás, en una silla enchapada de plata, escogiendo, si lo había, un caballo negro para que se destacara bien ;

retenía las riendas de plata de tres varas de largo en lo alto en la mano izquierda, y aguijoneando furiosamente á su caballo; de vez en cuando volvía la cara hacia sus hombres para lanzar un grito, blandiendo la lanza cogida por la mitad del asta y galopando á todo correr.

El que algunas vez se los había encontrado hallándose solo, campeando ganado por ejemplo, en un *mancarrón viejo*, no olvidaba su aventura fácilmente si escapaba con vida del escudriño de sus ojos de lince; la recordaba con tenacidad hasta el día de su muerte. No había sino un medio de escape, á menos que se diera el caso improbable, de tener un caballo como para que el mismo Dios lo ensillara, que decían los gauchos, y era desmontarse, conducir el caballo á alguna cañada, arropándole la cabeza en los pliegues del poncho para que no relinchara, y permanecer como muerto. Si los indios nada habían advertido — y muy poco se escapaba á su mirada en las llanuras, — casi era preciso hasta retener el aliento y aguardar á que el retumbar de los caballos se perdiera en el espacio; entonces, con el corazón martillando dentro del pecho, debía uno deslizarse al extremo de la cañada, subir á caballo al tope de la loma, desmontarse allá otra vez, reteniendo el caballo con un maneador largo, y atisbar cautelosamente, por sobre la ceja, á ver si el campo estaba libre. Si en alguna parte del llano corrían los avestruces, los venados, ó el ganado, ó se levantaban nubes de polvo sin causa manifiesta, era preciso volver á la cañada y aguardar. Finalmente, cuando ya se sabía que todo había pasado, se apretaba el látigo de la cincha de cuero, apoyando el pie contra el costado del caballo, para adquirir más fuerza, y se apretaba hasta dejarlo como un reloj de arena; montando y tocándolo con la espuela era preciso galopar como alma que lleva el diablo, hacia la casa más vecina, gritando á voces: ¡Los indios! — lo que bastaba para que salieran de prisa todos los *christianos machos* que hubiera por allí.

Los caballos mansos se encerraban á toda prisa en el

corral, y se cargaban y pulían las viejas armas que había en la casa, porque, aunque parezca extraño, los gauchos del Sur, á pesar de hallarse expuestos á constantes ataques de los indios, no solían tener otra cosa que algún trabuco viejo ó un par de pistolas de pedernal, casi siempre descompuestas.

Los indios tampoco eran formidables, fuera de la llanura, pues solo llevaban lanzas y bolas. Una pequeña zanja de dos varas de hondo y de tres ó cuatro de ancho, bastaba para protejer una casa, porque como nunca abandonaban á sus caballos no la podían atravesar, y como su objeto era robar y no matar, no perdían el tiempo en lugares así defendidos, á menos que supieran que en la casa estaban encerradas mujeres jóvenes y hermosas. "Cristiana más grande, más blanca que india," solían decir; y ¡ay de las muchachas que por desgracia caían en sus manos!

A toda prisa las arrastraban á los Toldos, á veces á cien leguas de distancia; si eran jóvenes y bonitas les tocaban á los caciques; si no lo eran, las obligaban á los trabajos más rudos, y siempre, á menos que lograran ganarse el cariño de su captor, las mujeres indias, á hurtadillas, les hacían la vida miserable, golpeándolas y maltratándolas.

Así eran los indios en campaña, desde San Luís de la Punta hasta el propio Cholechel, en aquella extensa región de campo, en que hoy el trigo se mece al viento, entonces desierta ó poblada sólo por manadas errantes de yeguas alzadas.

De Río Quinto partía una cadena de fuertes al norte y al sur, que se decía debía mantener á los indios á raya; en realidad no sucedía tal cosa; ellos se daban sus trazas de escurrirse y saquear á su gusto. El territorio misterioso conocido con el nombre de "Tierra Adentro," comenzaba en las Salinas Grandes y llegaba hasta los mismos Andes, por entre cuyas quiebras ó pasos, y con la ayuda de sus parientes de raza los araucanos, los in-

dios disponían del ganado y de las yeguas que no querían vender ó cambiar por arreos de plata para cabalgar, que los gauchos llamaban "Chafalonía Pampa," muy apreciados por ser de metal sin liga.

En tipo y costumbres, no había mucho que escoger entre los indios de la Indiada Mansa del cacique Catriel y sus hermanos los salvajes de las llanuras. Entrambos eran de tez amarilla cobriza, de corta estatura, bien proporcionados, menos en las piernas siempre arqueadas, de resultas de andar á caballo á todas horas desde su más temprana edad. Hombres y mujeres llevaban el cabello largo, cortado en cuadro en la frente, y colgando sobre los hombros ; las caras eran achatadas y un tanto embrutecidas ; los hombres tenían la mirada inquieta siempre fija en el horizonte, como si temieran algo.

Sus barbas eran ralas, su constitución robusta, y todos, sin distinción de sexos, se bañaban en el arroyo antes del amanecer, cuidando de tener lista una calabaza llena de agua para verterla en el suelo, al romper del alba, con los primeros rayos del sol.

Me parece que los estoy viendo al regresar del agua y que oigo su saludo : "Mari - Mari," al pasar goteando, sueltas las negras cabelleras lacias y brillantes sobre sus espaldas.

La "Tierra Adentro," les servía de refugio seguro á los más díscolos de entre los gauchos *badilleros*, en sus días intranquilos ; allá se iban cuando les precisaba huir después de alguna "molestia," que hubiera resultado en una muerte, ó para escaparse del servicio en alguna revolución, ó cosa análoga.

En su afamado "Martín Fierro," cuenta José Hernandez, cómo Cruz y su amigo, se refugiaron entre los indios : bien recuerdo, puesto que todos conocíamos el libro de memoria, que en más de una ocasión me tocó recitar mis cien versos al amor de la hoguera allá en Napostá.

La tosca viñeta que adornaba el libro, en que aparecían Cruz y Martín, andando al trotecito, arropados en sus ponchos, arreando su *tropilla*, y el potrillo como un camello jóven cerrando la marcha, la tengo tan fija en la memoria como el retrato del Conde-Duque, ó Las Hilanderas, ó cualquiera otra obra de arte.

Los versos que estaban al pié de la viñeta, siempre nos causaban grande impresión ; hacíamos todo esfuerzo para recitar las menos líneas posibles y concluir con la épica frase : "Al fín, por una madrugada clara vieron las últimas poblaciones." Las poblaciones, en verdad, no eran otra cosa que algunos ranchos aplastados y pajizos, rodeados por una zanja.

¿ Acaso, Martín, no están narradas tus aventuras posteriores con todo pormenor en "La Vuelta" ?

Lo grave de "Tierra Adentro" era que también les daba asilo á los jefes revolucionarios. Los hermanos Saá y el Coronel Basgoirria tenían una especie de mando, que duró muchos años, bajo el gran cacique Painé ; allá se les juntaban todos los hombres descontentos y fracasados, con quienes ellos formaban una especie de escuadrones volantes que recorrían las fronteras con los indios, tan feroces y tan salvajes como ellos.

En aquella misteriosa "Tierra Adentro," penaban mujeres cristianas de toda clase social, desde la china infeliz arrastrada como la yegua de una estancia, hasta mujeres educadas de las ciudades, y en una ocasión, una prima-donna capturada al viajar de Córdoba á Mendoza. Una vez, una dama de San Luís á punto de ser presa de alguno de los caciques, que se preparaban á pelear para saber á quién le tocaría, se arrojó al cuello de Baigoirria, presente por casualidad, exclamando :

— Sálveme, compadre. El, con alguna dificultad, logró llevarla á su casa, en donde tenía otras mujeres ; pero era sabido que las prisioneras blancas entre los indios, jamás reñían, siempre que vivieran con un hombre

blanco. Su suerte, si vivían con un indio, no era envidiable, salvo en casos como el del gran jefe Painé, á quien dominó por más de diez años una muchacha blanca, capturada en el saqueo de una estancia, en las cercanías de Tapalquén.

En la Arcadia de las Tolderías, sobre todo cerca de los bosques de manzanos en los Andes, la vida debía ser una supervivencia de edades anteriores, sin paralelo en el mundo. Todas las tribus indias de la América del Norte, tenían sus tradiciones propias, algo así como un sistema de gobierno y de religión, á veces complejos. Los indios de los Toldos de las Pampas, con excepción de un culto superficial al sol, y una fe muy positiva en el *gualichu*, ó espíritu del mal — á quien la humanidad siempre ha prestado, por lo menos, tanta atención como al principio del Bien — no conservaban huella alguna de viejas tradiciones.

Vivían casi lo mismo que los gauchos, con la sola diferencia de que cultivaban el maíz en pequeña escala, y comían carne de yegua en vez de vaca. El toldo de los indios, no tenía mucho que envidiarle á la choza del gaucho. Casi todos los indios hablaban un poco de español, y entrambos, indios y gauchos, vestían el mismo traje — los indios cuando podían procurárselo — en tiempo de paz ; en tiempo de guerra, los indios andaban casi desnudos, fuera de un taparrabo. Generalmente, el sombrero era para ellos, como es para los árabes, el tropiezo máximo, y preferían llevar sus largas cabelleras negras bien engrasadas con manteca de yegua ó aceite de avestruz para protegerse del sol. Su indiferencia por la vida y desprecio de la muerte, superaban, si es posible, á los de sus enemigos mortales y parientes, los gauchos. De uno de éstos contábase, que visitando á un amigo lo encontró horriblemente atormentado por una fiebre reumática ; después de mirarlo lleno de compasión, exclamó :

— Pobrecito, cómo sufre. Y tirando del cuchillo, tomó

al paciente por las barbas y lo degolló. Eso de degollar era asunto de inagotable chocarrería entre gauchos y entre indios. Aquéllos lo llamaban "hacer la obra santa," y de un cobarde se decía que "mezquineaba la garganta," si mostraba el menor temor. De las agonías y estertores de un moribundo, se decía concisamente : " estiró la geta, cuando le toqué el violín. " Hechos y frases, que sin duda tenían orígen y expresión correspondientes entre los indios.

Yo que escribo estas líneas, he visto á los niños de los indios, jugando al carnaval, salpicarse de sangre, sirviéndose de corazones de carnero ó de ternero como de perfumadores, con la mayor naturalidad del mundo.

En las Tolderías, en los festejos, después de un *malón* afortunado, ó del saqueo de alguna estancia, era de verse la increíble cantidad de carne de yegua que cada indio devoraba. Aquello era un fenómeno. Muchos de entre ellos, apenas la cocían, y solo la chamuscaban al fuego ; otros se la comían cruda, bebiendo la sangre como si fuera leche ; como la *caña* nunca faltaba en los Toldos, cuando se emborrachaban, todos manchados de sangre, ocurría pensar si en la cadena que une al hombre con el orangután, había algún eslabón que los hiciera del mismo linaje.

Su bocado favorito era la parte gorda del cuello de un potrillo, que se comían cruda ; en una ocasión, tuve que gustar del jugoso manjar por respeto á la etiqueta : me lo metió literalmente por las narices, un guerrero jóven, gritando á voz en cuello :—" Huinca ser bueno." El efecto dura todavía. No puedo mirar un pedazo de gordo en un plato de sopa de tortuga, sin que se me revuelvan el estómago y la memoria.

Pues bien, hoy ya los Toldos, los de la orilla de los bosques de manzanos en los Andes, los alzados entre las Salinas Grandes y el lago argentino, todos han desaparecido. Todos esos jinetes desaforados, hoy galopan en

Trapalanda, aquella ciudad misteriosa en que jamás cristiano alguno sofrenó su caballo. Ya no corren sobre el Guadal traicionero ó la Viscachera, ni por entre el cangrejal, seguros de caer sobre sus pies por imprevista que fuera la caida del caballo, ó si por casualidad *erraban la parada*, levantándose y saltando *del lado del lazo*, apoyándose en la lanza.

Ya no sucederá, que en la jornada hacia los Andes, se golpeen la boca con las manos gritando, y cuando se les pregunte por qué, contesten : " Huinca ser zonzo, Auca hacer eso, porque ver primero sierra ; " como sucedía en los viejos tiempos.

Ya no se agruparán á la sombra del árbol del *gualichu*, bandas de indios del norte y del sur que, bajo su influencia, se abstenían hasta de robarse un buen caballo y de pelear, entretanto que celebraban sus danzas sagradas. Al despedirse, ya ningún indio arrancará un girón de su poncho para clavarlo en una espina del arbol, que si mis recuerdos no mienten, solía ser un *chañar*.

Ya los vaqueros *campeando* caballos, no habrán de pasar la noche *á la costa* de algún arroyo solitario, tiritando en vigilia inquieta, tostándose los pies al fuego, hecho en un hueco cavado con los cuchillos en el césped verde, para que no se viera la llama, aguardando el amanecer para ensillar y seguir camino.

Ya nadie viajará, como una vez lo hice yo con un amigo — que ya cabalga hoy en alguna Trapalanda digna de él y de cuantos no tengan otra fé que en las buenas obras — del Tandil hasta el Sauce Grande, hallando sólo casas quemadas y saqueadas, salvo alguna estancia, protegida por las zanjas y llena de mujeres y de heridos. ¡ Vaya un viaje ! Lo comenzamos en medio de la alarma en el Azul ; la plaza estaba llena de hombres armados á toda prisa, gritando sobresaltados. *Caían* de todas partes, á galope tendido, campesinos en caballos jadeantes y cubiertos de espuma, con grito aterrador : " ¡ Los indios ! "

Entretanto el comandante, en una mecedora de junco, saboreaba su mate y pasaba en revista improvisada á su tropa recien reclutada.

Luego en mi memoria vienen las noches pasadas en el Arroyo de los Huesos, en Quequén Salado, y en las Tres Horquetas, y al fín, después de una semana, atravesando campos barridos de yeguas y de ganados, encontrando al paso caballos muertos y cuerpos de hombres mutilados, la llegada al Sauce Grande, precisamente en tiempo para tomar parte en una escaramuza, y ver á los indios huir arreando los pocos caballos que quedaban en el lugar.

Ya se fueron esos tiempos, y el arado rompe el césped vírgen é intacto desde la creación del mundo.

La ley del progreso. . . . Sí, todo ha de cambiar, y todo cambia, y en cuanto á aquellos indios, ¿ á qué insistir ? . . . . Ya lo dijo Montaigne : " *Tout ça ne portaient pas des haults de chauses* " . . . . Les faltaban las bragas.

IV.

EL RODEO.

EN las grandes estancias de las llanuras, la vida se concentraba en un espacio amplio, escueto, de color parduzco, á veces hasta de un octavo de legua de ancho, llamado *el rodeo*, que en aquel océano de altas yerbas parecía como un bajío en alta mar.

Casi todas las mañanas del año se recogía el ganado y se le enseñaba á permanecer allí hasta que el rocío desaparecía de la yerba. Usábase la frase de *parar rodeo*, que corresponde al *round-up* de los *cow-boys* de las llanuras del norte.

A eso de una hora antes del amanecer, hundida ya la luna, sin que el sol se hubiera levantado todavía, en el momento en que los primeros rayos rojizos empiezan á teñir el cielo, los gauchos se alzaban de sus *recaos*. En esos tiempos era cuestión de honor dormir sobre el *recao*, tendida *la corona* en el suelo, con *las jergas* encima, puesto *el cojinillo* bajo las caderas para blandura, usando los *bastos* de almohada, y debajo de ellos, pistola, cuchillo, tirador y botas, envueltos en el poncho, y un pañuelo atado en la cabeza.

Los gauchos se levantaban, á pesar del rocío ó la escarcha, según la época del año, y veían si el caballo que habían dejado atado toda la noche se había enredado en la soga. Luego volvían junto al fuego, se sentaban, tomaban un *matecito cimarrón* y fumaban. A cada instante, algún hombre se apartaba del fuego,

levantaba el cuero de yegua que servía de puerta ; luego volvía silenciosamente, se sentaba, tomaba un tizón del fuego, sacándolo clavado en el filo del cuchillo, y encendía un cigarrillo. Cuando el alba ya iluminaba el cielo, como la aurora boreal en el norte en las noches de invierno, ya se habían puesto en pié, y echándose los *recaos* al hombro, salían á ensillar.

Los *pingos* tiritaban afuera, atados á sus *maneadores* arqueando el espinazo como gatos á punto de reñir.

Generalmente el jinete en perspectiva, después de arrancar la estaca á que su caballo había estado atado toda la noche, recogiendo el cabestro, se acercaba cautelosamente. Los caballos bufaban como máquina de vapor que asciende una pendiente. Cuando lo podía hacer, el gaucho ensillaba su caballo después de manearle las manos delanteras, aunque con toda seguridad habría de botar las *jergas* y la *carona* varias veces antes de ensillarlo. Una vez puesto el *recao* en su lugar, el jinete estiraba el pié desnudo debajo del vientre del caballo ; cogía la cincha entre los dedos del pié, pasaba el látigo por entre los anillos de hierro de la *encimera* y de la cincha, apoyaba el pié contra el costado y tiraba hasta dejar el caballo como una vejiga de cebo, lo que muchas veces hacía que éste corcoveara á pesar de estar maneado.

Si sucedía que el caballo estuviera medio amansado no más, que fuera *redomón* como solía decirse, su amo lo conducía al palenque y lo ataba allí, luego lo maneaba y hasta lo vendaba, y así lograba ensillarlo después de mucha brega y mucho resoplido. Al propio romper del alba, sonreía la pampa plateada de neblina y de rocío, y en las mañanas de invierno, flotaban mirajes prodigiosos de árboles que parecían suspendidos en mitad del aire con las copas hacia abajo. El capataz daba la señal de marcha. Los gauchos se acercaban lentamente á sus caballos, soltándolos con cuidado de no quedar presos

en algún lío del *maneador*, y luego, volviendo á apretar las cinchas, que solían ser de ocho ó diez pulgadas de ancho, conducían sus caballos algunos pasos adelante para que estiraran el lomo, ó si querían, que corcovearan. Luego montaban. Algunos de los caballos se revolvían al galope ; sus jinetes los retenían con el bozal en la mano izquierda ; en la derecha, puesta sobre la cabeza de la silla, llevaban las riendas. Saltaban á la silla de una manera peculiar suya, doblando la rodilla y pasándola sobre la mitad de la silla, sin apoyarse jamás sobre el estribo como hacen los europeos, de suerte que el acto parecía un solo movimiento, y quedaban á caballo, con la facilidad con que resbala una gota de agua sobre un vidrio, y sin hacer más ruido.

Llamando á los perros, que solían ser todos mestizos, con uno que otro galgo negro flaco en cada partida, los gauchos emprendían la marcha, dejando sobre el rocío estampadas las huellas de sus caballos. Algunos de estos corcoveaban y brincaban ; los jinetes gritaban, las largas cabelleras les caían sobre los hombros, alzándose y cayendo con el saltar de los caballos. De la estancia salían siempre al *trotecito*. Los caballos empinaban los lomos, arqueaban el cuello, macujando el bocado provisto de anillos rotatorios llamados *coscojos*, que retintinaban entre sus dientes.

A eso de cien varas se miraban unos á otros ; alguno decía : "Vamos" ; los demás contestaban : "Vámonos." Y galopaban hasta llegar al punto indicado por el capataz para que se separaran ; éste les explicaba que tal y tal *punta* de ganado debía estar en "la loma, cerca del arroyo de *Los Sarandis*," que "en esa *punta* había una *vaca ñata*, por más señas vieja, que no hay modo de equivocar."

Con otras *puntas* estaba un novillo con un *cacho roto*, un *toro hosco*, ó una *vaca yegüera*.

Generalmente los perros se quedaban con el capataz,

detrás de su caballo. En un santiamén, con los primeros rayos del sol que derretían el rocío en las yerbas, desaparecían los jinetes en todas direcciones. Aquello se llamaba *campear*; el dueño ó el capataz se daba sus trazas de que le tocara la *punta* de ganado mas mansa y acostumbrada á pastar más cerca de la casa, en la cual probablemente habría algunos bueyes mansos y una que otra vaca lechera. Apenas encontraba su *punta*, el capataz la conducía lentamente al *rodeo*; las reses se acercaban mugiendo; los animales más jóvenes echaban á correr antes de llegar al *rodeo* y todos paraban apenas pisaban el suelo desnudo y sin yerba. Al llegar allí, el capataz encendía un cigarrillo, dejaba al caballo andar paso á paso, haciendo entrar al *rodeo* á toda res que tratara de separarse de las demás y de volverse á la yerba.

Así aguardaba cosa de dos horas en tanto que el sol subía en el horizonte, y que sus rayos al adquirir fuerza, hacían brotar del suelo pisoteado del *rodeo* un olorcillo acre, peculiar de aquel recinto, en que, año tras año se habían recogido millares de cabezas de ganado todos los días. La *punta* ya recogida, muy pronto permanecía inmóvil; los animales doblaban la cabeza. El caballo del capataz ya se impacientaba, ya entraba en estado contemplativo, descansando alternativamente en una ó en otra pata trasera.

Los perros que habían quedado con el capataz se estiraban cuan largos eran en la yerba. Por fín se oían á lo lejos gritos indecisos, martilleo de galope y ladrar de perros, que iban aumentando en claridad y precisión al acercarse. Luego un tronar sordo de innúmeros cascos, y, poco á poco, del norte, del sur, del este y del oeste, llegaban grandes *puntas* de ganado, á carrera tendida. Detrás de ellas, con los ponchos flotantes y blandiendo los cortos *rebenques* sobre sus cabezas, corría el *gauchaje*, seguido de los perros. A medida que cada *punta* llegaba al *rodeo*, los jinetes contenían el galope de sus caballos cubiertos de espuma, para que el ganado á su vez, an-

duviera más despacio, y no iniciara una des bandada entre los animales ya recogidos.

Por fín llegaba la *punta de la ñata*, ó la del *buey palomino*, ó aquella otra no del todo *aquerenciada* . . . . " ¡ Jesús, qué *punta*, la trajimos á pura *guasca* ! " De esta suerte se reunían cuatro, cinco ó diez mil reses ; los hombres que las habían traído de las lomas, de las cuchillas y de las cañadas, de los espesos pajonales, de los montes y de los rincones de los ríos, después de aflojar la cincha, cabalgaban lentamente alrededor del ganado, para mantenerlo en su lugar, lo que llamaban *atajar el rodeo*. Los perros permanecían echados, acezando, con la lengua afuera, el sol empezaba á picar, y de vez en cuando, algún novillo, ó alguna vaquillona ágil, ó hasta una pequeña *punta* de ganado, se salían, tratando de volverse á su *querencia*, ó por puro miedo.

Dando un grito, el jinete más cercano se precipitaba de un salto, fogoso, con la cabellera al viento, tratando de pasar á los fugitivos y de cortarles la marcha . . . . . "Vuelta ternero," "vuelta vaquilla;" gritaban corriendo al lado de los animales escapados. A eso de las cien varas — porque el ganado criollo corría como el relámpago — el jinete se acercaba más al animal fugitivo y andando delante trataba de devolverlo, oprimiéndolo con el ijar de su caballo. Si después de una caza de tres ó cuatrocientas varas, el animal se volvía hacia el *rodeo*, como generalmente sucedía, el gaucho, después de uno ó dos saltos, contenía el caballo, y volvía á galope corto á á unirse con sus compañeros.

Si se trataba de un toro arisco, de alguna vaca muy ágil, y sucedía que después de empujarla de costado volvía á emprender camino, ó si se paraba y embestía, el gaucho corría al lado del animal, golpeándolo con el mango de su *arreador*. Si todo esto fallaba, como postrer recurso, el gaucho emprendía carrera y golpeaba al animal de costado con todo el pecho de su caballo,

haciéndolo caer pesadamente al suelo. Esto se llamaba dar una *pechada*, y al ser repetido, bastaba para dominar á los animales más reacios, aunque á veces era preciso enlazarlos y traerlos arrastrando ; si después de esto, volvían á salirse, los gauchos los enlazaban, los echaban por tierra, y les sajaban un pedazo de piel encima de los dos ojos, de modo que al caer se los cubriera, cegando de esta suerte al animal, é impidiendo toda fuga. Tales eran las amenidades de la escena.

Así, después de cosa de media hora de cabalgar alrededor del *rodeo*, que en un principio había sido una masa kaleidoscópica y mugiente, erizada de cuernos por lo alto, y estremecida de cascos por lo bajo, esmaltada de ojos chipeantes, con innumerables colas sacudidas á manera de látigos, como serpientes, una mezcla de todos los colores, negro, blanco, pardo, castaño, crema, rojo, en intrincada maraña, resultaba una masa apreciable en que podían reconocerse las distintas *puntas* de ganado, señaladas cada una de ellas por algún animal saliente, ya por el color, ya por la forma. Tanto el capataz como sus gauchos, las conocían tan bien como conocen los marinos las varias clases de barcos, y en un instante, de un solo golpe de vista, sabían qué animal estaba gordo, ó si tan solo daría *carne blanca*, según el modo de decir de los conocedores, ó si el estado general del ganado era bueno ó era malo, y todo esto tratándose de un rodeo de cinco mil animales.

Sus ojos escudriñadores veían con solo mirar, si alguna res se había herido, y si le habían entrado gusanos en la parte enferma. El toro ó la vaca así afectados, eran enlazados, echados por tierra, se les lavaba la herida con sal y agua, y se les dejaba levantarse. Inútil agregar que esta operación no contribuía á la mansedumbre; en algunas ocasiones, para evitarse trabajo, los gauchos los enlazaban de las astas y de las patas desde á caballo en distintas direcciones, para mantenerlas tesas, sino

que se contentaban con enlazar á la res, derribándola y poniéndole una *mano* delantera por encima del cuerno, haciendo que un hombre mantuviera al animal echado, tirándole la cola, pasada por debajo, por entre las patas; en tal caso, el individuo que tenía en la mano el cuerno de vaca con el *remedio*, podía verse en situación muy apurada. Si no tenía un caballo fácil de montar, el animal enfurecido, al levantarse, lo perseguía con tal prisa que él tenía que agacharse y pasar debajo de su caballo para montar del otro lado. Si por mala suerte suya el caballo se le escapaba, para salvarlo se precipitaban dos gauchos, rápidos como el viento, blandiendo sus arreadores de mango de hierro en lo alto como mayales, prontos á golpear con ellos el lomo del toro, que encajonaban entre sus dos caballos, apretándose con él á todo galopar, y en tanto que pasaban, retumbando como un trueno en la llanura, hombres, caballos y el toro que huía, todos confundidos, el gaucho que había estado en peligro saltaba detrás del jinete que le quedaba más cerca, precisamente como una borrilla de cardo llevada por el viento, que se detiene un instante sobre la ceja de una alta colina, llega al borde y desaparece.

Después de una ó dos horas, si no sobrevenía percance alguno, los "paradores" se separaban del *rodeo* á galope, fumando y charlando sobre el precio del ganado en los saladeros, las carreras del domingo próximo en esta ó en aquella pulpería, ya en "La Flor de Mayo," en "La Rosa del Sur," ó en la esquina de los "Pobres Diablos." El ganado recogido en el *rodeo*, al sentirse solo y libre, se desintegraba lentamente, como se escurre una muchedumbre humana después de un mitin en Hyde Park, volviendo las diversas *puntas* á sus pastales favoritos. Cuando había necesidad de carne fresca en la estancia, era preciso "carnear," según la expresión de los gauchos.

El capataz y dos peones, recogiendo sus lazos á medi-

da que avanzaban, se internaban entre las reses del *rodeo*, que se apartaban, abriéndoles camino. Después de mucho discutir y de señalar acá y acullá, abundando en sabias observaciones, como que "la vaquillona colorada está en buenas carnes," á lo cual acaso respondía otro: "no me opongo, Don Higinio, pero está preñada, velay," ó "el novillo zebruno, el de la muesca, está bueno."

El capataz daba la señal. Los dos peones se acercaban con cautela al animal, arrastrando la *armada* del lazo por el suelo y teniendo buen cuidado de sostenerla en lo alto, en la mano derecha, bien apartada para que no la pisara el caballo. Los caballos alerta, se volvían aún antes de recibir la señal que con el pié ó la mano les dieran sus jinetes, moviéndose hacia la parte externa del *rodeo*. El ganado avanzaba, apartándose de ellos; el animal escogido era llevado fuera del *rodeo* con la cabeza en dirección del campo.

Cuando lo habían apartado de sus compañeros, daban un grito y aguijoneaban á sus *pingos*, y el animal sentenciado echaba á galopar, á menos que, como á veces sucedía, tratara de volverse al *rodeo*, lo que requería comenzar de nuevo la misma operación. Una vez que ya galopaba, lo primero que se proponían los jinetes era obligarlo á seguir corriendo, cosa más ó menos difícil de lograr, según que el animal fuera más ó menos dócil. Es sabido que las reses bravías *despiden* con más facilidad que los animales mansos. La distancia solía ser de un cuarto de legua, que recorrían á media rienda; el pelo de los hombres, sus ponchos, la crin y la cola de los animales, flotaban al viento, en el cual se alzaba una ténue nube de polvo á su paso. Uno de los jinetes miraba al otro y le decía: "¿ Quieres enlazar ?" y á veces le respondía su compañero: "No, compadre, el bayo blanco está un poco maltrecho, enlaza tú, *ño Eduvigis*," ó cosa por el estilo. En un instante hacía revolver sobre su cabeza la soga delgada de piel trenzada, con el anillo y los últimos seis piés en trenza doble, relucientes y chispeando al sol.

La muñeca giraba como máquina bien engrasada, el caballo daba un brinco hacia delante, y la soga ondulando como una serpiente, silbaba y rechinaba por el aire.

Se encajaba como por encantamiento alrededor de los cuernos. El jinete, generalmente retenía en la mano algunos líos de la cuerda para cualquier contingencia que pudiera sobrevenir. Apenas la soga tocaba los cuernos, el jinete espoleaba el caballo á la izquierda, porque el dejarse enredar en la soga era muerte segura : en todos los distritos ganaderos abundaban los baldados de manos y de pies, que mostraban cuán peligrosas eran esas faenas. El rechazo llamado *el tirón*, sobrevenía cuando el animal había galopado cosa de veinte varas. Lo paraba de un golpe, sus patas traseras resbalaban bajo su cuerpo. Los caballos se recostaban atesando la soga. El animal enlazado bramaba, revolvía los ojos, se azotaba los flancos con la cola, escarbando la tierra, y ahondaba el césped con las manos.

Si el animal estaba en buen sitio, bastante cerca, para disminuir el trabajo del transporte de la carne, se procedía inmediatamente al último acto. Si no sucedía así, después de esquivar con destreza las embestidas, cuidando de mantener la soga tesa, lejos de las piernas, de los flancos y del anca del caballo, á menos que éste fuera un mancarrón, el otro peón que cabalgaba atrás, revolviendo el lazo sobre su cabeza, arrimaba su caballo contra el animal enlazado, y lo obligaba á seguir hacia adentro. Cuando llegaban á distancia conveniente de la casa, el peón que había estado arreando botaba la soga y enlazaba á la res por las patas traseras. A veces sucedía que ahí no más derribaban y degollaban á la res. En otras ocasiones, el peón que la tenía enlazada por los cuernos, mantenía la soga tesa, cargándose sobre ella con todo el peso de su caballo, é invitaba á su compañero para que se desmontara y *carneara*.

Si éste era experto, arrojaba las riendas al suelo, se

deslizaba del caballo y agachándose como una pantera á punto de saltar, corría por el lado opuesto de la res enlazada, desnudando su largo facón, esquivando las cornadas furiosas del animal como gato que evita una pedrada, y cuidando de no enredarse en la soga, le hundía el cuchillo á la res en todo el cuello. El torrente de sangre brotaba como el agua de la llave de una fuente, y el animal sacrificado doblaba la rodilla, se mecía de un lado á otro, y, con un bramido de dolor caía por tierra y expiraba. Si sucedía que el animal fuera bravío ó que el hombre no quisiera correr riesgo alguno, se adelantaba y cortándole los corvejones con su facón, desjarretaba al animal, derribándole de esta suerte, y procedía á matarlo después de haberlo incapacitado para toda defensa. En tales ocasiones, era cosa terrible, y lo bastante para que un hombre no volviera á comer carne en toda su vida, si en las llanuras hubiera habido otro alimento, ver á la res dar saltos sobre sus piernas mutiladas y oir sus bramidos de agonía. En la última escena aparecían los caballos desensillados ó atados al palenque, ó á algún macizo poste del corral, en tanto que los carniceros, depuesto el poncho ó la chaqueta, desollaban y despedazaban á la res muerta. Todo esto se hacía con tal rapidez, que por lo general apenas si trascurría una hora desde el *bramido de muerte* hasta que ya las piezas de carne cruda colgaban en el *galpón*. Estacaban la piel, estirándola en el suelo á secarse al sol ; los *chimangos* y los perros se hartaban con las entrañas del animal muerto, en tanto que los tumultuosos gauchos, cubiertos de sangre y polvo, se tomaban un mate á la sombra.

A veces presentaba el *rodeo* otro aspecto más tormentoso aún, que estallaba como un pampero, con violencia tan repentina, que cuando ya había pasado, restablecida la quietud, los que lo habían visto, contemplaban estupefactos la serena tranquilidad de las llanuras. Podía ser que algún *tropero* se hallara apartando ganado para el saladero, y que sus peones separaran las reses arreándo-

las hacia algún señuelo de reses mansas, retenidas por otros peones á distancia de un cuarto de legua del *rodeo*; podía ser que todo estuviera en paz, que el *rodeo* estuviera tranquilo bajo la vigilancia de los jinetes que le daban vuelta lentamente; podía ser que las partidas trabajaran con calma, sin muchos gritos; que el día estuviera sereno, limpio de nubes el sol, y que de repente un movimiento de inquietud estremeciera á todo el ganado, haciéndolo agitarse y moverse á la manera de las aguas en un remolino, sin causa aparente. Si el "tropero," el "capataz" ó el "estanciero," habían aprendido la lección del campo, — y muy pocos de ellos la ignoraban, — no perdían un solo instante; con toda suavidad, ordenaban á los peones que en fila tan apretada como les fuera posible, dieran vueltas en un gran círculo alrededor del *rodeo*. Pudiera ser que así lograran pacificar á los animales; pero en todo caso, no había que pensar en apartar más reses ese día. Bastaba la menor cosa, el vuelo de un sombrero arrastrado por el viento, el aletear de un poncho, la caida de un caballo que tropezara en algún hoyo, para que todo esfuerzo fuera tan vano como el del que quisiera espantar de un campo una nube de langosta. En un instante todo el ganado se enloquecía; las reses echaban chispas por los ojos, alzaban colas y cabezas y como una marejada, todo el *rodeo*, de cuatro ó cinco mil reses, con bramido ensordecedor y tronar de río caudaloso en plena inundación, partía de estampía. No había nada que pudiera detenerle el paso. Por sobre los collados y las abruptas quebradas y los arroyos, pasaban como se extiende el fuego en la yerba en las llanuras.

Entonces era cuando había que ver á los gauchos. Caido el sombrero de la cabeza, retenido en el aire por el barbuquejo, y zafándose el poncho en plena carrera, el capataz galopaba á cortar el torrente de animales despedidos.

Los peones se separaban como las varillas de un aba-

nico, aguijoneando á sus caballos con sus grandes espuelas de hierro, y con recios golpes de sus rebenques, tratando á su vez de ponerse al frente. Los que quedaban envueltos en el montón embravecido, no tenían más esperanza de salvarse que en los cascos de su caballo — á uñas de buen caballo; — se veían estrujados entre los animales, pero conservaban su ecuanimidad, vigilantes y erguidos en sus *recaos*, y listos á aprovechar la primera oportunidad para escurrir el bulto.

Si por casualidad sus caballos caían, su suerte estaba echada. El huracán pasaba por sobre ellos y sus cuerpos quedaban en la llanura, como los de marinos arrojados á la playa después de un naufragio, destrozados y horribles.

Los hombres que se habían extendido á los lados, se reunían ahora, al ponerse adelante y galopaban á la cabeza del torrente enfurecido, agitando los ponchos y blandiendo sus látigos en lo alto. Ellos también corrían gran peligro de perder la vida, si el ganado atravesaba una *vizcachera* ó un *cangrejal*. Eran de verse entonces los prodigios de equitación. Bástame cerrar los ojos para ver una estampía en la estancia del Calá y á un mestizo despeñado loma abajo á salirle al frente al ganado. Montaba un caballo castaño oscuro, con ojos de fuego y una gran raya negra en medio de los lomos y marcas negras muy raras en los corvejones; su cola flotaba al viento y le ayudaba en sus vueltas, como un remo, usado á guisa de timón, desvía la proa de un bote ballenero. Estaba herrado con una " S " en medio de un escudo. Pasaron delante de mí, tronando cuchilla abajo; la cabellera del indio se alzaba y caía con cada salto del castaño; las espuelas le colgaban de los carcañales; y todos los arreos de plata, las riendas, el *chapeao*, los pasadores de los estribos, el *fiador* y las espuelas mismas, rechinaban y chasqueaban en aquella carrera á salirle al encuentro al maëlstrom de animales que huían á la desbandada.

De repente, su caballo, con todo y ser un *flete* de primera, seguro de piés, listo, muy ladino, escarceador y *coscojero*, metió la mano en un agujero y dió una voltereta. Cayó como piedra desprendida de las tenazas de una grúa. Su enérgico jinete abrió las piernas y *echó una parada*, con tal maestría que, teniendo todo el tiempo el cabestro en la mano, sus recias espuelas de hierro resonaron contra el suelo como grillos. Cuando el caballo saltó sobre sus piés, el jinete, agachando la cabeza y recogiendo el codo izquierdo contra el costado, le cayó de un brinco en la espalda y se perdió al galope con tal prisa que se dijera que yo estaba soñando y sólo había despertado treinta años después para cerciorarme de mi sueño.

A veces, los esfuerzos de los peones daban buen resultado y, aquietado el primer pánico, el ganado se dejaba separar en *puntas*, y poco á poco y con gran pausa, se le recogía de nuevo en el *rodeo* y se le tenía allí una ó dos horas, hasta que se hubiera aquietado por completo. Si de otra suerte sucedía que continuaban corriendo, corrían leguas y leguas hasta dar con algún gran río ó con un lago, y se lanzaban al agua ahogándose muchos, y en todo caso lo seguro era que muchas reses se extraviaran, se confundieran con otros ganados, ó vagaran errantes y nunca volvieran.

La impresión de aquella escena era inolvidable ; á través del polvo, que en las praderas levantaba el ganado, oscureciendo el horizonte, y de la polvareda más turbia todavía de los años que se han ido, paréceme que veo aquella marejada viva, como un torrente de lava, y que oigo su retumbar como de trueno en las llanuras.

V.

EL PASO DEL RIO.

EL río se tendía ancho y correntoso y hondo, al propio pié del pequeño caserío construido en la márgen arenosa, cuyas casas enjalbegadas, de techos aplastados, parecían, desde el otro lado del *paso*, como hundidas entre árboles y jardines. En la región del oriente, las márgenes del río se perdían en tupidos bosques de *ñandubuy*, de *coronillo* y de *chañar*. En la gran vuelta del río, el monte era tan denso que si se penetraba en él, en busca de caballos extraviados ó de ganado *alzado* para volverlo al rodeo, podía uno creerse en un mundo muy distinto de las amplias praderas, cubiertas de yerba, que estaban á menos de una legua de distancia.

La maraña estaba cruzada de sendas por todas partes, que circuían los grupos de *tunas*, y se deslizaban por la orilla de los pantanos. Del *cojinillo de olor* y de la *arasa* se escapaba un perfume casi tropical; las trepadoras entrelazaban los macizos de plantas y árboles con una red de cordaje vivo, impenetrable, obscura, como si la naturaleza retara al hombre diciéndole: "hasta ahí llegarás; más allá hay secretos que no te es dado averiguar."

Cruzaban por encima de las sendas como flechas, cien pájaros distintos, ya las *viuditas* con plumas blancas y negras y colas bifurcadas, estremecidas en el aire, ya los rollizos *jacús* de plumas metálicas purpúreas, ya el *francolín* de rápido volar. De las altas ramas de las árboles pendían

nidos de *hornero.* Los colibries, esplendorosos como jacintos y más irisados que el berilo, se posaban para chupar la miel de las flores de tuna, que tenían forma de trompeta y colorido rojo oscuro reluciente. Más cerca al río los *corvejones* parecían meditar desde los ramos desnudos de los árboles; en la corriente pescaban las garzas, y los alciones aleteaban sobre la superficie de las aguas y se perdían entre el esparganio.

En los claros, pacían yeguas salvajes, con largas crínes enmarañadas, que, resoplando, saltaban á perderse en la espesura á la primera vista de un hombre. Los ganados mansos que se habían extraviado, mugían y escarbaban el suelo al ver que alguien pasaba, como si de alguna manera misteriosa, recordaran que en un tiempo sus antepasados habían sido tan salvajes como los venados de los bosques, que son los animales más ariscos del Río de la Plata.

Tal era el río en la región del oriente.

Por el norte, una línea de abruptos collados pedregosos, de escasa altura, se extendía hasta las fronteras del Brasil ; la yerba que allí crecía parecía como alambre y las piedras estaban como desparramadas al acaso, y entre ellas brotaban arbustos espinosos. Los collados terminaban á una legua ó dos de distancia de la márgen del río, dejando un espacio de pradera libre hacia el oeste que gradualmente se inclinaba hasta llegar al *paso.*

Se veían huellas, muy semejantes á las que los árabes dejan en el desierto, hasta cuatro ó quinientas varas antes del último descenso. No eran huellas de ruedas, porque con excepción de la diligencia semanal y de una que otra carreta de bueyes, no pasaban más ruedas por aquel camino. Caballos y mulas y ganado y manadas de carneros, y más caballos, más mulas, más ganado, y más manadas de carneros, habían estampado aquellas huellas, pero la pradera era tan amplia y el tapiz de yerba tan robusto, que casi todas las huellas cesaban

apenas llegaban á la llanura propia. Desde la última pequeña eminencia se veía el río, de un amarillo verdoso, rodando lentamente en su cauce, con remolinos silenciosos acá y allá.

Corría tan callado como si fuera de aceite ; de vez en cuando ocurrían pequeños desbarrancos de arena ó de lodo, que chapoteaban al tocar el agua y socavaban las márgenes. A veces algún pez saltaba de la corriente y volvía á caer con recio chasquido, y en ocasiones, alguna tortuga erguía la cabeza por entre las aguas. El *paso* mismo se extendía de cuatro á quinientas varas de ancho, y en la márgen oeste se veían algunos ranchos de paja y una pulpería blanqueada, conocida con el nombre de "El Veinticinco de Mayo."

Delante de la puerta había una fila de *palenques* enclavados en el suelo para atar los caballos ; allí se veían á todas horas del día, caballos atados, que pestañeaban al sol. Los *cojinillos* estaban doblados hacia adelante sobre las cabezas de las sillas, para mantenerlas frescas cuando hacía calor y secas si llovía ; las riendas estaban cogidas por un *tiento*, para que no cayeran á tierra y fueran pisoteadas. Algunas veces salía un hombre de la pulpería con una botella de ginebra en la mano, ó con algún saco de *yerba* que colocaba en su maleta, y luego, soltando cuidadosamente el cabestro, ensillaba su caballo, apoyaba el pié contra el costado y se encaramaba, arreglándose los *bombachos* ó el *chiripa*, y emprendía camino hacia el *campo* al trotecito corto, que á eso de las cien varas se convertía en el galope lento de las llanuras ; el brazo derecho del jinete se alzaba y caía en rítmico movimiento, en tanto que el *rebenque* se bamboleaba contra el flanco del caballo manteniéndolo en un mismo andar.

Algunos de los caballos, atados á los palenques, estaban ensillados con *recaos* viejos cubiertos con pieles de carnero, otros relucían con enchapados de plata ; á

veces, algún caballo *redomón* con ojos asustados, resoplaba y saltaba hacia atrás si algún incauto extraño se acercaba más de lo mandado.

De la pulpería salían en ocasiones tres ó cuatro hombres juntos, algunos de ellos medio borrachos. En un momento, todos estaban á caballo con presteza, y, por decirlo así, tendían el ala como si fueran pájaros. Nada de embestidas infructuosas para cojer el estribo, ni de tirones de rienda, ni de entiesamientos del cuerpo en posiciones desairadas al hallarse ya á caballo, ni fuerte golpear de la pierna del otro lado de montar contra el costado del caballo, según el estilo de los europeos, se veía jamás entre aquellos centauros, que lentamente empezaban á cabalgar. Ocurría que algún hombre que había bebido demasiado generosamente *carlón* ó *cachaza*, coronándolo todo con un poco de ginebra, se mecía en la silla de un lado á otro, pero el caballo parecía cogerlo á cada balanceo, manteniéndolo en perfecto equilibrio, merced al firme agarre de los muslos del ginete.

Una recia empalizada de postes de *ñandubuy*, clavados "palo á pique," rodeaba la casa, dejando solo una angosta entrada que podía cerrarse fácilmente con una *tranquera* larga, lo que era una precaución á veces necesaria cuando algun gaucho pretendía entrarse á caballo al patio de la casa.

La puerta de la casa daba á un cuarto de techo bajo, con un mostrador enmedio de muro á muro, sobre el cual se alzaba una reja de madera, con una portezuela ó apertura, á través de la cual el patrón ó propietario pasaba las bebidas, las cajas de sardinas, y las libras de pasas ó de higos, que constituían los principales artículos de comercio.

Por el lado de afuera del mostrador haraganeaban los parroquianos. En aquellos días la pulpería era una especie de club, al cual acudían todos los vagos de las

cercanías á pasar el rato. El rastrilleo de espuelas sonaba como chasquido de grillos en el suelo, y de día y de noche, gangueaba una guitarra desvencijada, que á veces tenía todas las cuerdas de alambre, ó de tripa de gato, remendadas con tiras de cuero. Si algún *payador* se hallaba presente, tomaba la guitarra de derecho, y después de templarla, lo que siempre requería algún tiempo, tocaba callado algunos compases, generalmente acordes muy sencillos, y luego, prorrumpía en un canto bravío, entonado en alto falsete, prolongando las vocales finales en la nota más alta que le era posible dar. Invariablemente estas canciones eran de amor y de estructura melancólica, que se ajustaba extrañamente con el aspecto rudo y agreste del cantor y los torvos visajes de los oyentes.

Solía suceder que algún hombre se levantara, llegara á la ventanilla de la reja y dijera: " carlón " ; recibía un jarro de lata, lleno de ese vino catalán, capitoso, de color rojo oscuro, como de medio litro; lo pasaba alrededor á todos los ociosos que allí se hallaban, comenzando por el *payador*.

En circunstancias iguales, en la América del Norte, se le daba un puntapié al mostrador, diciendo: " How," y agregando tal vez algo por este estilo: " Hola, muchachos, por la pelambre de vuestras cabezas." Pero en la pulpería á orillas del Yí, la etiqueta consistía en tomar el jarro, murmurando: "gracias," ó cuando se trataba de un hombre de pro, alguna frase relamida, porque aunque todos los hombres, en todo el mundo, son esclavos de la etiqueta, las formas de esta son distintas en los diversos países, así como unas estrellas se diferencian de otras en brillo y en tamaño.

Llegaban transeuntes, que saludaban al entrar, bebían en silencio y volvían á irse, tocándose el ala del sombrero al salir; otros se engolfaban al punto en conversación sobre alguna revolución que parecía

inevitable ú otros temas del *campo;* sucedía lo que en los clubs; algunos hombres conquistan amistades con facilidad, y otros se pasan la vida parapetados detrás del cuello de su camisa, sin hablarle á nadie. En ocasiones, sobrevenían riñas á consecuencia de alguna disputa, ó bien sucedía que dos reconocidos *valientes*, se retaran á primera sangre, tocándole pagar el vino, ó cosa parecida, al que perdiera.

Eran de verse entonces los aprestos minuciosos: zafábanse las espuelas y se las entregaban al pulpero; se envolvían el poncho en el antebrazo. Luego, algún individuo reputado de autoridad en la materia, les indicaba á los combatientes cómo debían empuñar el cuchillo, dejando una ó dos pulgadas ó la mitad de la hoja, fuera de la mano, y la lucha empezaba. En estas peleas se observaban las fórmulas más estrictamente que cuando se peleaba en serio, y los golpes al cuerpo estaban prohibidos. Por lo general, después de mucho saltar atrás y adelante como gatos, de pases, quítes y paradas, recibiendo los golpes en el antebrazo, protegido por el poncho, suspendían la contienda para tomar aliento, en tanto que los circunstantes analizaban los golpes. Como las cortadas apuntaban todas al brazo ó al rostro, la brega duraba siempre cinco ó seis minutos, y cuando por fin saltaba la sangre, el vencido, al pedir el vino, lo pasaba con la mayor cortesía á su antagonista, quién se lo devolvía haciéndole grandes cumplimientos; esto era, por decirlo así, el verano tranquilo de la vida de las pulperías; pero á veces surgía alguna tempestad furiosa; por el mucho beber, ó por cualquiera otra causa, algún hombre empezaba á vociferar como loco y sacaba á relucir el facón.

Me acuerdo de algo por el estilo en una pulpería del Yí, cerca de Bahía Blanca: un viejo adusto, con larga cabellera gris que le cubría los hombros, saltó repentinamente hacía el centro de la estancia, y sacando el cuchillo, empezó á golpear en el mostrador y en los muros,

gritando : " Viva Rosas ; mueran los unitarios salvajes," y echando espumarajos por la boca. Su aspecto era tan terrible, que casi todos los concurrentes sacaron sus armas, y deslizándose como gatos al *palenque*, les quitaron las maneas á sus caballos, quedándose al lado de ellos, listos para cualquier evento. El pulpero se apresuró á cerrar las ventanas, y puso una fila de botellas vacías sobre el mostrador, para dispararárselas á la concurrencia en caso de necesidad. Pasado un minuto, que, lo confieso, pareció una hora, y después de haber amenazado á todo el mundo con la muerte si no gritaban " Viva Rosas," el cuchillo se le cayó de las manos al anciano, y él mismo, tambaleando hacia un asiento, se desplomó en él silenciosamente, meciéndose de adelante para atrás y murmurando algo incoherente entre la barba. Los gauchos envainaron sus cuchillos, y uno de ellos dijo : " Es *ño Carancho;* cuando está en *pedo* se acuerda siempre del difunto ; déjale en paz."

El propietario de la pulpería en el Yí era un tal Eduardo Peña, una especie de cruce entre gaucho y burgués ; usaba chaqueta y chaleco, y no llevaba cuello en la camisa. Llevaba bombachas muy sueltas, recogidas en las cañas de sus altas botas de montar que tenían topes de charol marcados con un águila bordada en hilo rojo. Era alto y atlético. El bulto que podía verse por entre su chaqueta cerca del codo derecho, indicaba en dónde llevaba la pistola. En política todos sabían que era *blanco*, aunque generalmente no sacaba á relucir sus opiniones, siendo, como él mismo lo decía, " una especie de guitarra en que todos tocan."

Jamás se le había visto poseer un buen caballo, cosa que él explicaba diciendo que era medio marino, por ser el propietario de la balsa del paso.

Manejaban la balsa, que era un puente flotante, unos hombres que tiraban de una cuerda ; la arrastraban la corriente á través del río. El hecho de ser propietario

de la barca le daba á Eduardo Peña una posición de importancia, una dignidad entre estanciero y comerciante de la ciudad. Aunque había un vado en tiempo normal, tres ó cuatrocientas varas arriba del puente flotante, muy pocos lo usaban, por ser hondo y peligroso, y tener el fondo lleno de hoyos. Después de unas horas de lluvia, se ponía impasable.

Haraganeando á la orilla del río estaban siempre los *balseros*, por lo general correntinos, raza de hombres anfibios, tan á su amaño en una canoa, como sobre el lomo de un caballo, altos, cenceños y *aindiados*, y que hablaban un dialecto hispano muy salpicado de *guaraní*.

A eso de cien varas de la orilla se veía un amontonamiento de chozas, pajizas unas, otras cubiertas con latas viejas. Allí vivían las *chinas*, que realizaban un próspero tráfico de amor entre los transeuntes. Algunas de ellas, como la "Botón de Oro," la "Molinillo de Café," y sobre todo una mestiza llamada generalmente "La Lancha" casi eran dignas de ocupar un puesto en la historia, si se tiene en cuenta el largo tiempo que vivieron en aquella localidad y sus cualidades de resistencia.

Todas ellas sabían manejar el cuchillo llegado el caso, y temerario hubiera sido el hombre que quisiera ganarles de mano al "monte," á la "taba" ó á cualesquiera otros juegos de los llamados de azar, á que se dedicaban los visitantes del *paso*.

Bien cierto es que los extremos se tocan en todo el orbe; era curioso observar las costumbres de los griegos en aquellos ranchos, próximos á la balsa del Yí. Si alguna de las *chinas* estaba ocupada en lo que, por falta de vocablos más explícitos, pudiéramos llamar *l'ouvrage de dames*, dejaba caer el cuero de yegua, que hacía veces de puerta en su rancho, y nadie se atrevía á molestarla, así como en la antigua Hélade, las señoras

de la misma profesión solían cerrar sus puertas en casos análogos. Toda la noche tintineaban las guitarras en los ranchos ; durante el día, por lo general, sus habitantes reposaban, recuperando las fuerzas hasta que llegaba la noche, hora en que salían y se sentaban afuera aguardando parroquianos ; de aquí que se las llamara generalmente las *murciélagas*. Aunque el río solo distaba unas cien varas de los ranchos, nadie había visto jamás que las *murciélagas* se bañaran ó que tomaran más de un cantarillo de agua de la corriente. Si se les hubiera preguntado, lo probable es que contestaran : "Solo los indios se lavan. Nosotras somos cristianas y limpias," ó cosa por el estilo. De esta suerte el orgullo de raza ciega á la gente á su propio bienestar y le roba los sentidos, inclusive el del olfato.

Día tras día aguardaban caballos y ganados cerca del *paso*. Sus amos llamaban la balsa que, con seguridad, estaba siempre del otro lado, y esperaban sentados á caballo con una pierna cruzada sobre la cabeza de la silla, fumando sus cigarrillos.

Un ténue polvillo verduzco de todos los estiércoles concebibles, flotaba en el aire en los días serenos, y como no había árboles á media legua á la redonda, el calor era insoportable y las pocas enramadas vecinas que pudieran brindar abrigo, estaban siempre ocupadas.

Las reses doblaban la cabeza como si estuvieran en el *rodeo*, y los peones, apostados en la orilla por temor de una estampía, dormitaban en sus *recaos*, manteniendo un ojo medio abierto, alertas al menor movimiento de la manada. Algunas veces llegaban partidas de mulas cerriles, del Brasil. A la primera vista de la gran balsa que llegaba á la orilla, se asustaban, y en un momento, desaparecían en el *campo* entre nubes de polvo. Los peones negros de Río Grande, galopaban á todo correr para hacerlas volver. Otras veces, el dueño ó capataz de la partida, generalmente algún brasilero cetrino, jinete

en un caballo cubierto de arreos de plata, con la silla mantenida en su puesto por una baticola — cosa que raras veces se veía entre los gauchos de las llanuras — con una espada metida por entre las cinchas, y un par de pistolas de mango de plata en el arzón, se lanzaba al galope y lograba desviar las mulas á algún pantano ó rincon del río ó á la vera de algún bosque, en donde se calmaban y aquietaban poco á poco. Generalmente, todo iba bien en tanto que los animales se mantenían juntos, pero si se separaban y partían en diferentes direcciones, pasaban días y días antes de lograr traerlos todos al *paso*. Como la mula que una vez se había escapado quedaba enviciada, era preciso tener el mayor cuidado, y se las traía en partidas de veinte en veinte, haciéndolas entrar á la balsa para transportarlas al otro lado.

También sucedía que todos los esfuerzos resultaran vanos. Entonces les llegaba la oportunidad á Don Eduardo Peña y á sus hombres. En primer término contrataba á todos los peones que se hallaban por aquellos lados y luego arreaban la partida al vado. Dos correntinos en sendas canoas, uno al lado de arriba y otro del lado de abajo, canalete en mano, se mantenían listos á impedir que los animales que atravesaban el río á nado, fueran arrastrados por la corriente. Con el mayor cuidado é infinitas precauciones, los animales eran conducidos hasta el vado. Cuando ya se les tenía apiñados en la orilla, llenos de espanto, los jinetes llegaban sobre ellos dando gritos. Empujando sus caballos contra las mulas, vociferaban, sacudiendo sus lazos y sus *rebenques*. Por fin, alguna mula más audaz ó de mayor experiencia que las demás, empezaba á estirar las orejas hacia el agua, dando un paso cauteloso. Este era el momento de que el ruido cesara, porque las mulas son cien veces más serenas y más seguras de sí mismas que los caballos, y si una mula entraba, había diez probabilidades contra una de que la siguieran las demás. Si la primera mula se decidía y empezaba á nadar, las demás la seguían, y

gradualmente toda la partida caía al agua, sacando las cabezas, rectas como los camellos, y dejando traslucir el perfil del lomo por entre las aguas, á medida que nadaban.

Los correntinos en sus canoas sacudían el agua con los canaletes, para mantener juntos á los animales, y cuando ya todos estaban nadando, bogaban al lado de ellos para impedir que se devolvieran. Los negros brasileros atravesaban el río nadando en sus caballos y el capataz, después de haberlos visto llegar al otro lado y recoger las mulas, cabalgaba lentamente hacia la balsa, obligaba á fuerza de espuela á su caballo á entrar en ella, y llegaba seco al otro lado.

También solían sobrevenirle aventuras al capataz; recuerdo de uno que iba en un caballo domesticado sólo á medias, que saltó con él por encima de la barandilla de la balsa en mitad de la corriente. Maldiciendo en portugués y echando agua por la boca como una ballena, se encaramó de nuevo en la balsa, y, como gaucho perfecto que era, llevando todavía las riendas en la mano. Su caballo nadaba detrás de él. La corriente, que era muy fuerte, lo arrastró de costado, hasta que, flotando inerte, continuó á remolque.

El *cojinillo* se había doblado hacia afuera, dejando ver un par de *boleadores* colocados á través de la silla, debajo del asiento. Poco á poco la corriente empezó á llevárselos, en medio de las risas de los pasajeros de la barca. En el momento en que ya iban á desaparecer, un gaucho que estaba á caballo, se arrojó de costado y colgándose del carcañal, cogió los *boleadores* con la punta del facón.

El brasilero, desconcertado, con entrambas manos ocupadas en mantener fuera del agua la cabeza de su caballo, murmuró un: "*Muito obligato*," que produjo una risotada entre los circunstantes. Todo el día la balsa pasaba de un lado á otro, y Don Eduardo Peña se

entretenía, fumando y cobrando los pasajes, y yendo de vez en cuando á su pulpería á tomarse un vermouth ó un vino seco con algún amigo. Todo el día la corriente de vida que fluía al Brasil hacia el norte, y al sur hacia la capital, se concentraba en el *paso*.

Veíanse jinetes tan inmóviles como estatuas, que aguardaban su turno, sin dar más señal de vida que cuando sus caballos sacudían la cabeza haciendo chasquear entre los dientes los *coscojos* del bocado. Unos jinetes llegaban á *trotecito corto* en caballos que tascaban el bocado, con las riendas en la mano tenidas como si fueran hilos de seda; otros llegaban dando saltos y brincos en *redomones* que se espantaban al ver la balsa y que solo entraban en ella después de tenaz resistencia. Llegaban también grandes partidas de ganado, manadas de corderos, largos trenes de carretas cargadas de lana, y, una vez á la semana, la diligencia arrastrada por seis caballos; en otro, que venía á ser el séptimo, iba un muchacho que llevaba un lazo atado de la cincha á un gran garfio de hierro enclavado en la lanza del recio vehículo, que pasaba entre un crujir de vidrieras, envuelto en densa polvareda.

Tal era la vida del *paso*, centro y resúmen de la vida del gaucho en el Uruguay.

Sin duda hoy algún horrendo puente se tiende á través del Yí. Por él pasarán los trenes estremeciendo el aire, y los viajeros que de ellos se inclinen para ver el *Paso*, que en su día fué el centro de interés de la vida entre Ducazuo y San Truchón, lo mirarán con ojos vacíos y desmayados, tocarán la campanilla y preguntarán cuanto tiempo faltará para la hora de comer.

VI.

BUENOS AIRES ANTAÑO.

CUANDO ya habían botado el ancla, que caía con recio chasquido en las aguas amarillentas y revueltas, nada se alcanzaba á ver. Poco á poco llegaban, saltando por entre las olas cortas y agitadas, algunos remolcadores y toda una flotilla de botes balleneros, tripulados principalmente por genoveses. No parecían venir de patria alguna, pues no había tierra á la vista. Alrededor de nuestro buque, se hallaban otros barcos, meciéndose hasta dejar al descubierto las placas de cobre de sus fondos ; eran naves genovesas, francesas é inglesas y algún bergantín de Portland, Maine.

En tanto que los remolcadores y los botes balleneros no habían llegado, no podía uno barruntar por qué habían anclado tantos barcos juntos allí, donde no se divisaba la tierra y en una mar tan bravía. A los diez minutos de andar al vapor en un bote ballenero, se veían los techos de las iglesias, las cúpulas, las torres y algunas altas palmeras ; cinco minutos después, aparecía una ciudad blanca, de aspecto oriental, casi toda de azoteas, que se diría surgía de entre las ondas.

Poco á poco se la veía con mayor claridad ; hacia el oeste se alzaba un barranco bajo, pero la ciudad continuaba apareciendo como sin base hasta que los remolcadores habían avanzado un poco más. Entonces se definía con más precisión; esto es, la parte más cercana á la margen del río, porque el suelo era tan plano que las

casas más inmediatas ocultaban á las demás, creando la impresión de una larga lista blanca contra las aguas amarillas, interrumpida acá y allá por redondas cúpulas de tejados rojos.

Por fín, después de una travesía de cosa de cinco leguas, que dejaba á la flota de vapores anclada con las calas hundidas bajo el horizonte, se llegaba á la margen en que estaba edificada la ciudad. Había un muelle de madera despedazado á trechos, y que era motivo de inagotable chocarrería para el redactor del periódico inglés *The Buenos Aires Standard*, Patrick Mulhall, que renovaba la broma todas las semanas bajo la rúbrica de "Un agujero en el muelle." El dicho muelle se internaba cosa de cien varas en el mar.

Por lo general, las aguas no daban fondo para que las lanchas desembarcaran á sus pasajeros. Estos llegaban casi de seguro mareados y empapados hasta los huesos, porque las cinco leguas eran de aguas casi siempre agitadas y las lanchas, amplias de proa y cortas de eslora, saltaban y se hundían como un caballo salvaje. Allí llegaba un enjambre de botes, tripulados principalmente por napolitanos y genoveses, que bogaban alrededor de las lanchas como habían rodeado antes á los barcos transatlánticos. Los pasajeros prudentes no entraban en esos botes, sino depués de haber cerrado trato con aquellos piratas ribereños, porque como no había tarifa de precios, ó si la había no se encontraba quien la hiciera obligatoria, lo seguro era que cobraran cinco ó seis pesos por el transporte en las dos ó trescientas varas hasta llegar á la orilla. Se desembarcaba en una escalinata resbaladiza, revestida de conchas y barnacles, y andando á tropezones se subía al muelle, desde donde por primera vez podía contemplarse toda la ciudad.

Casi todas las mercaderías se llevaban de los botes de desembarque á carretones tirados por bueyes, de estructura muy primitiva y con enormes ruedas. El conductor,

que generalmente era vizcaino, se sentaba sobre el yugo, llevando un recio mazo en la mano y cruzaba las piernas que dejaba colgar por encima de los cuernos de sus bueyes. El resultado de estos trasbordes era que el desembarque de las mercancías costaba casi tanto como el flete desde Europa hasta el Río de la Plata. Después de correr el azar de la aduana, lo que en esos días era cosa muy seria, se salía á unas calles de arcadas bajas, habitadas exclusivamente por italianos de la clase marinera. Allí se les veía sentados en misérrimos cafés, bebiendo *grappa* y jugando al naipe. De las mesas se alzaba un confuso rumor de todos los dialectos de la península italiana.

Lo que llamaba la atención, aún allí, entre esa gente de mar, en donde todo tenía sabor salino, era ver á la puerta de todas las casas uno ó dos caballos maneados. Saliendo de allí, al entrar en las calles ahondadas, tendidas entre andenes que corrían á cosa de una vara de elevación, se veían más caballos. Los vendedores de leche, que casi siempre eran vizcainos, andaban á caballo. Otros hombres que llevaban redes de pescar ó pieles frescas, goteantes, de reses recién desolladas, también andaban á caballo. Se veían también hombres de negocios, bien trajeados, cabalgando en sillas inglesas de cuero barato y forma abominable, y todo caballo que pasaba, á primera vista dejaba conocer que tenía boca como de seda, de esas bocas con que se sueña en Europa sin encontrar jamás caballo alguno que la tenga, en tanto que aquí la tenían hasta los caballos de los más pobres, que también enarcaban los cuellos como si hubieran sido adiestrados en los mejores picaderos del mundo. Todos los caballos tenían las crines cortadas en arco, dejando un gajo alzado sobre el crucero, de cosa de dos palmos de ancho, y todos tenían las colas largas, que hubieran arrastrado por el suelo si no se las hubiera cortado al través, hacia las cuartillas, para librarlas del lodo.

Las calles hundidas conducían á la plaza principal, que era un vasto espacio encuadrado por arcadas, rodeado de viejos edificios coloniales ; allí, en una esquina de la plaza estaba la casa del conquistador, Don Juan Garay, hoy ya derribada, tan despiadadamente como si hubiera sido una iglesia vieja de Londres; si mis recuerdos no mienten, era un edificio chato, de techo aplastado, con sófitos salientes, hecho para resistir el paso de los tiempos, y que hubiera merecido ser conservado en aquella tierra escasa en monumentos, con el mismo cuidado con que un pisaverde, al envejecer, conserva el último diente frontal en memoria de los días que fueron.

No había otros edificios viejos fuera de la Catedral, construída en una época inartística, y muy semejante á casi todas las iglesias del Nuevo Mundo, desde las de las misiones franciscanas en Arizona y Tejas, hasta la iglesia de los Patagones, todas las cuales, inclusive las grandes Catedrales de Méjico y de Puebla, son de arquitectura jesuítica, con fachada greco-romana y grandes cúpulas, que parecen colmenas gigantescas alzadas en el centro de la estructura.

Me olvidaba de otra iglesia, la de Santo Domingo, que para un inglés no debería pasar inadvertida. Una tutelar y benévola providencia le había permitido recoger y guardar, para que las edades por venir vieran y doblaran la rodilla, las heréticas balas de cañón disparadas por el luterano General Whitelocke en su ataque á la ciudad. En los días de fé más pura, ó tal vez cuando los muros de cal y canto no habían cedido, la iglesia encerraba esas balas por docenas; en mi tiempo, sin embargo, sólo quedaban tres, que, *ad majorem Dei gloriam*, prestaban testimonio de la fé de presentes y pasadas generaciones.

Dentro de la iglesia, allá en lo alto de la nave occidental, colgaban entonces, y supongo que cuelguen todavía, las banderas de tres regimientos de línea del ejército inglés. En aquellos días pensaba yo que esa era una

oportuna amonestación al orgullo, hacia la cual les llamaba yo la atención á los ingleses que por allí andaban, cuando repletos de vino nuevo (aquí lease *carlón* á diez centavos la botella, ó champaña hecha de petróleo á cinco *patacones* el litro), les mostraba los trofeos y les invitaba á que se golpearan el diafragma y silbaran la tonada del *Rule Britannia* con cuanto garbo les fuera dado hacerlo. Esto no quiere decir que no sea yo un buen patriota ; lo que hay es que yo pensaba en mi juventud, como pienso todavía, que el patriotismo entra por casa, y que si es cierto que Santo Domingo se presentó y realmente recogió esas balas, lo hizo, nó en su calidad de santo, sino de argentino, porque los santos, me parece, cuando quiera que el teléfono celeste suena, son de la nacionalidad de quienes les rezan.

En aquellos días ya olvidados, y tan distantes hoy, la ciudad conservaba, hasta cierto punto, su aspecto colonial. La mayor parte de las casas tenían techos planos, aunque acá y acullá se erguía alguna horrenda manzana de edificios modernos sobrecargada de detalles, que empequeñecía á las casas vecinas y parecía un inmenso lurte de estuco sobre un gran mar de ladrillos. Acababan de ser construidas algunas casas, como las de los Anchorenas y los Lumbs, de estilo semi-italiano, con patios de mármol llenos de palmeras, con fuentes y con una grande esfera de vidrio opaco de monstruosas proporciones balanceada ó sostenida por una columna de marmol, en remembranza de que, después de todo, lo cierto es que el mundo gira alrededor de su eje y que la suerte puede cambiar.

La carne costaba á diez centavos el kilo. El pan era un poco más caro que en París ; se importaba la harina de Chile y de los Estados Unidos y toda la ropa se traía hecha de Europa, y si es cierto que era cara, es preciso reconocer que también era mala.

Los hombres vestían todos de negro ; llevaban cuellos

vueltos muy bajos, retenidos por corbatas que parecían trencillas de zapatos. Los guantes y el bastón eran desconocidos. Llevar bastón equivalía á pregonar que uno era lo que en esos días se llamaba *un recien yegao*, porque la pronunciación del idioma se ajustaba á un sistema peculiar de aquel país. Los hombres se ufanaban de tener pie pequeño, como si hubieran sido mujeres, aunque la raza era en realidad atlética y robusta; exceptuando cuando se iba á misa ó á alguna función social de importancia, siempre se llevaba sombreros de anchas alas.

Después de todo aguacero torrencial, las calles laterales se convertían en arroyos furiosos encerrados entre los altos andenes; entonces aparecían hombres con unas tablas que tendían de un andén á otro á guisa de puente, recogiendo pingüe ganancia de los transeuntes que querían pasar al otro lado.

A cosa de media legua ó algo más de la ciudad, se pescaba desde á caballo; los ginetes hacían entrar el caballo á bastante profundidad en las aguas, y después de haber descrito un círculo con la cuerda atada á la cincha, galopaban hacia la orilla. Hacía pocos meses que se habían establecido los tranvías, que ya eran muy numerosos, porque nadie andaba si era posible trasportarse de otra suerte. Veinte varas adelante de cada carro iba un muchacho á caballo al galope, tocando un cuerno. Esto da una idea del tráfico que había en las calles de esos días en que, mucho antes de que los tranvías se hubieran generalizado en Inglaterra, ya llegaban á todo el vecindario de Buenos Aires y corrían por todas las calles de la ciudad.

Una de las principales escenas de Buenos Aires en aquellos días se veía en la gran plaza enfrente de la Bolsa: allí estaban centenares de caballos maneados, quietos, con las riendas atadas en la cabezada de la silla y los cuellos en arco como si fueran caballos de madera en que se mecen los chicos. Raras veces se movían, porque llevaban las maneas muy altas en las manos; de vez en

cuando miraban alrededor, y en ocasiones algún caballo, *baqueano* con las maneas, si divisaba á algún amigo, levantaba los cascos y se iba á brincos hacia él. Acaso la conversación de los dos caballos era tan inteligente como la de los que los habían traído á ese lugar, y seguramente sí era menos dañina. Cuando uno estaba recién llegado al país, aquello de arriesgarse á pie en el maremagnum de cuadrúpedos que se hallaba enfrente de la Bolsa casi todos los días, parecía aventura peligrosa. Sin embargo, como uno de los distintivos de esa raza caballar es que nunca muerden y que rara vez cocean, pronto se acostumbraba uno y acababa por abrirse paso á empellones entre todos esos cuadrúpedos, con el mismo desprecio que si se tratara de entes de razón que jugaran á la Bolsa.

Los hoteles eran escasos y más bien malos; la mayoría de ellos estaba situada en la calle 25 de Mayo, desde el Hotel Argentino, que era el más elegante, hasta el de Claraz, que era una pequeña hostelería tenida por un suizo. Este último, aunque hostelero, era hombre de sólido saber, y después se ha hecho famoso por su libro sobre la flora de las Pampas. Los hombres del *campo*, que cuando eran ingleses frecuentemente eran conocidos entre sus paisanos con el apodo de *pastores*, capitanes de barcos, ingenieros de minas y periodistas extranjeros, eran el principal sostén de aquel lugar. Con frecuencia solía verse que á la hostelería llegaba algún individuo trajeado con ropa de buen corte, gris, de paño de vicuña, algún tanto raída por el uso, con camisa de lana sin cuello, y acompañado de un *changador*, que le llevaba su *recao*. *Changador* era el nombre que los porteños daban á los mozos de cordel, quienes por lo general eran vizcainos.

El *pastor* gritaba: "¡Claraz!" y aquel buen suizo de barba y pelo negro le salía al encuentro, recibiéndolo como á un viejo amigo.

El *pastor*, después de pagarle al *changador*, preguntaba quien más había en la casa, y una vez enterado, los hacía llamar á todos á echar un trago. Luego, cumplida esta devoción semi-sacramental, recibía de Claraz su baul ó su maleta, que Claraz le guardaba en algún desván, se endosaba su ropa dominguera, que resultaba un tanto apabullada, y se echaba por esas calles de Dios, ya en asuntos de negocio, ya á correr una juerga; eso sí, usaban siempre el sombrero blando, que parecía ser el signo externo de la gracia interior de los hombres del *campo* cuando quiera que se hallaban en la ciudad. La hostelería estaba construida sobre el plan de un monasterio; los pequeños cuartos, que parecían celdas, daban todos á un corredor. El último de ellos, que en algunas ocasiones me tocó ocupar cuando visité la ciudad en aquellos tiempos, daba sobre el propio río, y en los días claros, desde él se alcanzaban á ver las casas de La Colonia, en la República del Uruguay, á diez leguas de distancia. No era prudente pasársela leyendo hasta las altas horas si uno se hospedaba en la casa de Claraz, porque era muy posible que alguno de los *pastores*, al regresar á casa después de una noche de zambra y de jolgorio, diera en la flor de apagarle á uno la vela á tiros, lo que en dos ocasiones, por lo menos, le ocurrió al perjeñador de estos verídicos relatos.

Todas las nacionalidades tenían su respectivo Hotel Claraz, que aunque no eran propiedad de Claraz, eran administrados sobre los mismos principios, tenidas en cuenta las exigencias nacionales características de los huéspedes en cada caso. Los demás hoteles eran mucho más cosmopolitas; pero todos ellos, con excepción del Argentino, tenían cierto aire de hogar, que desde hace mucho tiempo ha desaparecido de todos los hoteles en todos los países del mundo. La sociedad entonces no era de tan difícil acceso como se ha vuelto más tarde, y los extranjeros que hablaban el idioma eran siempre bien recibidos. Unos pocos argentinos hablaban inglés, y no

eran muchos los que sabían francés, y con excepción de algunas pocas familias que habían estado en Europa, cuando en algua casa recibían de noche, lo hacían al estilo que recuerdo haber observado, en mi juventud, en Sevilla y en todo el Sur de España. Las señoras se sentaban en sillas en un gran círculo alrededor del cuarto, y los hombres se estacionaban hacia las puertas; de vez en cuando algunos de ellos se adelantaban y sacaban pareja á bailar. El baile casi siempre era el wals, bailado muy lentamente, al son de un piano desvencijado, y al terminar, el caballero conducía á la dama á su asiento, y permanecía de pié á su lado susurrándole al oído flores y cumplimientos de los más elementales. En las casas de más rancias costumbres bailaban el *cielito* y el *pericón*, que eran danzas antiguas y pintorescas, rezago de épocas de antaño, tan dignas de ser recordadas como lo serán el *cake walk* y el *one step* cuando ellos también ya caigan en desuso.

Las mujeres, salvo las de las clases más pobres, rara vez salían solas; pero al caer de la tarde, y bajo la protección del padre, de la madre, ó de algún pariente, hormigueban por la calle de Rivadavia, que en aquella época era el paso principal de la ciudad.

Allí, al ir de arriba á abajo, escuchaban esas flores que desde tiempo inmemorial los jóvenes de tierras hispanas se han complacido en ofrecer al bello sexo.

La verdad es que en aquellos días Buenos Aires era todavía una ciudad colonial que apenas empezaba á desprenderse del pasado. Las grandes líneas de vapores transatlánticos sólo habían comenzado entonces á soltar sus cargamentos de italianos y de vizcaínos. En lo general, todavía no se había establecido marcada diferencia entre las varias clases sociales ; los bailes se daban en el piso bajo de las antiguas casas coloniales, á través de cuyas enormes ventanas, enrejadas el populacho contemplaba á los danzantes, criticándolos, ya favorable,

ya adversamente, siempre con ánimo de comprador en una feria ó mercado de ganado.

Los teatros eran buenos y amplios, mejor construidos y más modernos que los de esos días en Londres ó en París ; los precios eran exhorbitantes, si se tiene en cuenta la vida sencilla que llevaban los habitantes de la ciudad.

La moneda circulante estaba muy depreciada ; el peso de papel valía dos peniques y medio y la moneda de plata consistía casi toda en piezas bolivianas de á cuatro reales, que tenían estampadas un llama y una palmera de tosco diseño, lo que con su extraño color les daba un aire como de un antiguo denario romano. Había mucha moneda falsa en circulación.

Ninguna pintura del Buenos Aires de esos días estaría completa, sin una ojeada de soslayo á los templos de aquella diosa Nelena, que surgió de la espuma del mar según los griegos, pero que, según la iglesia cristiana, tuvo su orígen en el fango. ¿ Quién podrá fallar entre los dos conceptos ?

Seguramente pocas ciudades habría mejor surtidas de materia prima que aquella ciudad de los aires buenos. Los transatlánticos traían húngaras por docenas en cada viaje, y las demás naciones europeas no andaban á la zaga en esta labor de pacífica penetración de las ideas. A aquellas ventanas de la gran casa amueblada de la calle del 25 de Mayo se asomaban españolas, griegas, italianas, francesas, inglesas, mulatas (con su *catinga*), judías argelinas y muchachas del Paraguay.

Unos de estos *quilombos* como el que los ingleses designaban : uno, dos, tres, cerrito (Cerrito 123), era modelos en su clase.

Dentro del palacio todo eran espejos ; muros, mesas, techos y sillas. En estas descansaban las sacerdotisas, y

en aquellos días era cosa muy á la moda la de irse á tomar el café con ellas después de comer. En más de una ocasión he visto á algún augusto personaje, elevado sobre sus conciudadanos por el voto popular, entrar, sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su café, charlando con todas las señoras de la casa, tan afablemente que nadie se hubiera imaginado, que el recuento de algunos miles de narices lo había elevado á la categoría de un dios.

Tal era la ciudad en aquel tiempo en que tenía una población de sólo 360,000 habitantes.

Los alrededores, Palermo y Las Flores, apenas empezaban á crecer, y las industrias que de entonces para acá han surgido en El Tigre y en La Boca, dormían todavía en el regazo de los tiempos. A cosa de una ó dos leguas de la ciudad extendían los campos llanos de Quilmes y el Monte Grande sus praderas de yerba corta y dulce que comían los carneros, verdes como esmeralda en la temprana primavera, luego tapizadas con la flor morada y la verbena roja y después pardas en el verano, reverdeciendo de nuevo con las primeras lluvias otoñales.

En verdad que era una ciudad de aires buenos; y aquel viejo capitan español que navegaba con Don Pedro de Mendoza — caballero de Almería, que en su tiempo había sido chambelán de Carlos V — tuvo razón cuando al sentir el primer soplo del viento que le llegaba á través de las Pampas del Sur, dijo, tendiendo la vista en derredor; "Qué buenos son los aires de aquí."

Aunque nosotros no lo barruntáramos, acaso porque nos preocupara más la vida misma que la economía política, la ciudad en aquel entonces ya encerraba todos los gérmenes de lo que ha venido á ser después. Sé que es grande y próspera y rica, muy más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos arriban y se amarran á sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar á tierra y entrar en sus auto-

móviles. Todo esto lo sé y me complazco en ello, porque *anche io fu pittore*, es decir, porque yo también he cabalgado por las calles del viejo Buenos Aires (el de antaño) casi siempre en un *doradillo*, escarceador y coscojero, de mi propiedad, con las grandes espuelas de plata pendientes del talón, camino del hotel de Claraz, después de entregar una punta de ganado en el saladero, en las afueras de la ciudad.

Todo eso que ha sucedido lo sé y me regocija, sin convencerme.

Así le sucede al hombre que en su juventud ha visto á una bailadora gitana, morena, ágil y cenceña, y se ha complacido en verla desde lejos, que años más tarde vuelve á encontrarla casada con un capitalista, esplendorosa de joyas y trajes de París, y que piensa que á sus ojos era más hermosa allá en el Burrero, envuelta en su raído mantón de Manila.

VII.

LA TUMBA DEL GINETE.

UNA pequeña ciudad se dejaba columbrar á lo lejos, perdida entre espesuras de naranjos, con unas pocas palmeras ondulantes sobre la tumba del santo, meciendo sus penachos desgarrados como las algas que flotan en las charcas de las playas cuando baja la marea. Altas montañas flanqueaban el camino, que serpenteaba entre los peñascos, con algún pedrón aquí y allá, á manera de baldosa á flor de tierra, bruñida y reluciente bajo el sol. Una ensenada de alcornoques sombreaba el camino por un lado, y al otro la calleja empinada de una aldea montañosa, de nombre Bahallein, con las casas separadas por un arroyo clamoroso y espumante, perdido á trechos en cavernas y hondonadas y resurgiendo más lejos en rápido zig-zag.

Algunas casas humeaban, y por sobre el estruendo del arroyo se dejaba sentir un vocinglerío lastimero de mujeres árabes. Una banda de ginetes, con uno ó dos ojeadores destacados á lado y lado, se abrían paso entre las piedras, irguiéndose los caballos primero en las patas delanteras, y, asentado el pie en firme, empinando los cuartos traseros, de manera que los ginetes daban tumbos en las sillas como cuando un camello se incorpora bruscamente. Algunos de los hombres llevaban, izadas al extremo de los fusiles, cabezas frescas, engastadas unas en firme como un nabo en la punta de un palo, otras con una á manera de solapa de piel en la garganta y un

ojal por donde pasaba el cañón, de manera que la cabeza pendía macilenta como un pescado. Adelante trotaban algunos ganados y los ginetes acosaban á las reses con sus fusiles largos como lanzas. A veces, algún kabileño de los despojados se detenía en una roca y disparaba su fusil, de largo y delgado cañón, el que daba una detonación apagada al inflamarse la pólvora, toscamente fabricada por ellos mismos, despidiendo la bala sobre las cabezas de la banda en retirada. A trechos, alguna mujer, á contigüidad del camino, agitaba su *haik* haraposo, profiriendo maldiciones, y los ginetes más cercanos desviaban el paso y desfilaban, con los ojos fijos á lo lejos, como si nada hubiesen visto ni escuchado.

En fila cerrada penetraron por el camino que va de Séfru á Fez, incorporándose á la columna los ojeadores apenas se apagaron los últimos tiros errátiles de los asaltados. Los caballos daban relinchos agudos, y al pasar cerca de alguna yegua que pacía en los contornos de la arboleda, caracoleaban con violencia ó se erguían en el aire, y los ginetes los sofrenaban de un golpe, tan secamente que en breve una espuma rojiza asomaba sobre los labios en torno al freno. Una nube de polvo se cernía sobre la banda, dejando á trechos entrever, aquí y allá, un ginete y un caballo, el hombre vestido de blanco, á excepción de la larga capa azul flotante al viento, y el corcel, ensillado con la alta silla árabe guarnecida de seda color de naranja. Caras curtidas, del color de una bota ó blancas como el marfil y realzadas por la barba de azabache, asomaban bajo los capuchones, puestos sobre los turbantes, y aquí y allá, un negro de facciones chatas, tanto más negro cuanto más blancas sus vestiduras. Negros, moros y castaños, roanos y aquellos colores mixtos que llaman los árabes "piedras del río," los caballos parecían salidos de un lienzo de Velasquez, con sus colas que barrían el suelo, las crines casi á la rodilla y el mechón delantero hasta las narices, cubriendo los ojos como un velo. Los ginetes, delgados

y nervudos, eran de aquellos que viven "del chocar de espuelas," como dice una frase árabe, y sus ojos bravíos parecían fijos en el horizonte y extraños á todos los objetos en el radio circunstante. Excepto la afición á la sangre y al pillaje, lo único que tenían en común era el odio y el temor al jefe, el cual cabalgaba á retaguardia de todos, envuelto en blanco hasta los ojos, con alguna mancha de sangre en la vestidura, á manera de marca y empresa de sus gracias interiores.

Sentado con cierta pesantez en su castaño de cola y crin sedosas, Si Omar había vuelto su fusil á la cubierta de franela roja, pero lo llevaba listo, de través sobre la silla, sosteniéndole en posición con un ademán oportuno. Su caballo, impaciente por incorporarse á los otros, hacía cabriolas fogosas, pero el ginete lo contenía un instante, y apenas el animal cedía al freno se echaba él otra vez las largas riendas de seda roja sobre el hombro, donde resaltaban como el trazo de un dedo sangriento que hubiese señalado su vestido. Sus espuelas, á estilo de lanza, de una sola punta, pendían casi sueltas de las botas rojas y amarillas, y habían formado, inmediatamente detrás de los pesados estribos damasquinados de oro, un parche rojo en los hijares del caballo, al cual espoleaba constantemente, como lo hacen los árabes, para mantenerlo en el paso. Oscuro, para ser berberisco, y un tanto señalado por la viruela, con la barba rala y negra dejando ver le piel entre sus hebras, Si Omar parecía de unos cuarenta y cinco años y empezaba á cargarse un tanto de carnes, como es común en su raza cuando les sonríe la fortuna, aunque pasaba la vida á caballo y al aire libre. Llevaba el mechón peculiar colgante sobre la mejilla, que llaman los berberiscos "el kettaieh," y daba así á su rostro un aire de fiereza que su ojo bravío y la contorsión perenne de su boca contribuían á realzar. Tenía las manos pequeñas y las uñas limpias y bien cuidadas, y al levantar los brazos, las mangas flotantes de su selham dejaban al descubierto

las muñecas, delgadas y nerviosas, con cierto aspecto de zarpa de leopardo ó de pierna de gacela. Al andar, se había embozado en un pliegue del selham, dejando sólo expuestos los ojos inyectados y alertas. Al salir de la arboleda, la partida, arreando su " creagh " con lentitud, desembocó en una llanura y se internó luego por un sendero, siguiendo las laderas de las montañas, que dejaban ver á lo lejos, á una ó dos leguas, la pequeña ciudad de Séfru, sepultada entre bosques y jardines. El sol declinaba hacia el ocaso, bañando la llanura en un pálido esplendor que fundía todos los contornos de las cosas, reviviendo en el conjunto pastoril de la vida árabe el cuadro del Antiguo Testamento, según lo concebimos á la luz que sobre él proyecta nuestra fe inflamada por la imaginación. Los rebaños balaban, y aquí y allá, algunos carneros volvían al aprisco, precedidos por un niño tañendo una flauta cuyos trinos flotaban en el ambiente como los ecos tenues del cantar de una alondra que se ha encumbrado en los aires.

En torno de los pozos iban y venían, con las ánforas al hombro ó sobre la cabeza, mujeres vestidas del azul de costumbre, que da á sus esbeltas figuras una esbeltez aún mayor. A veces, un potro caracoleaba en torno de su madre, y algún camello proyectaba su silueta sobre el horizonte, paciendo los arbustos espinosos, y ejecutando con el cuello contorsiones informes de serpiente. Los ancianos ocupaban en grupos su puesto á las puertas de las tiendas, y la llanura toda parecía exhalar un aire como de eternidad ; de tal modo se ajustaba la vida al escenario, y hasta tal punto santificaba el escenario la vida. Allá arriba, desfilaba la banda merodeadora, como pasa un milano sobre un palomar ó ronda un lobo alrededor de un aprisco, ó como cruza un tren, en toda su velocidad, por algún valle sereno entre las colinas. Los caballos relinchaban y corrían y una nube de polvo cubría á los ginetes y á los animales que éstos arreaban, en tanto que atrás, el jefe, solitario, seguía silencioso, como sumido en un sueño.

El mundo no iba mal para él, y el nuevo Sultán le había confirmado en su autoridad sobre las tribus y sobre la ciudad. A la verdad, era un hombre designado por la naturaleza para regir sobre una tribu como la de Ait Yusi, cuyas gentes pasaban la vida en batallas y actos de violencia. Su padre les había gobernado con vara de hierro, haciéndose odiar hasta tal punto que la tribu se sublevó y lo hicieron perecer, quemándolo vivo sobre un montón de heno. El jefe actual sabía bien cuánto le detestaban sus propios súbditos, y por eso iba siempre á retaguardia, para evitarse un disparo traicionero, aunque lo temían, al mismo tiempo, demasiado para atreverse á mirarlo cara á cara. Seguía así ahora su camino, apostrofando á su caballo cuando por casualidad tropezaba en una piedra, y murmurando el proverbio según el cual la tumba del ginete está preparada donde su caballo tropieza en el lodo, y con el ojo avizor sondeando los matorrales sospechosos, de donde podía partir un disparo, sin perder de vista al mismo tiempo á sus soldados cuando volvían el rostro. Y así había pasado la vida, en guardia siempre, á la manera de un tigre, y ahora se entretenía, al andar del caballo, pensando en el porvenir. El camino del ascenso parecía brindársele francamente. El nuevo Sultán apetecía hombres en quienes pudiera confiar. En su imaginación surgían visiones de dominios más y más amplios, y veía la gran kasbah que había de construir — pues los árabes tienen la pasión de edificar — con patios y patios en sucesión y muros almenados y un jardín con sus grupos de cipreses, una mezquita, aposentos pavimentados con baldosas de Fez y de Tetuán, una piscina llena de peces plateados y dorados, y agua por todas partes, en hebras canoras que correrían por ranuras de cemento bajo la espesura de los naranjos. Y se veía á sí mismo, arropado en blanco deslumbrante, sentado en en cojín, en un aposento que daría sobre el patio de los naranjos, arrullado por las aguas murmurantes, bebiendo té verde perfumado con ámbar, en medio de sus hembras, ó dis-

curriendo con sus amigos, en tanto que su secretario escribía sus cartas, en su cuarto de recepción.

Habría, por supuesto, caballos numerosos y todos ellos de colores afortunados, de modo que cuando uno de sus hombres partiera á un viaje, se pudiera contar con que volvería. Unos serían de paso, para el camino, y otros para el juego de la pólvora, ligeros como gacellas y adestrados para esquivarse y acometer, con sesgos repentinos, como los del vuelo de las gaviotas. Y se sentía seguro de sí mismo y de granjearse los favores de su Señor, mientras el sol poniente, que daba de lleno en su rostro, borrando las asperezas del tránsito, le infundía una sensación de bienestar bastante, acaso, en cierta medida, para mitigar su vigilancia.

Una yegua que pacía con su potro allí cerca, hizo que el caballo de Si Omar relinchara y se encabritara un tanto ; y él, tal vez. en los vaivenes del momento, contuvo al animal con un golpe de rienda demasiado brusco. El caballo dió uno ó dos saltos de través y en seguida un gran bote, y fue á caer en un botón de roca lisa á ras del suelo, sobre el cual resbalaron sus cascos lateralmente, de modo que la bestia se desplomó, arrancando las herraduras en un supremo esfuerzo por sostener su equilibrio, un aguacero de chispas que volaron en el aire. Como á un golpe de magia, el hombre que un momento antes cabalgaba satisfecho y orgulloso, quedó yaciendo allí, un rollo informe y confuso de blancura bajo el caballo, el cual se incorporó en un instante. Pálido, pero dueño aún de sí mismo, el ginete derribado conservaba aún su fusil en la mano, con un aspecto de bestia herida que aguarda el golpe de gracia. La banda, al escuchar el ruido de la caída, se agolpó en torno suyo, contemplando al jefe herido con ojos duros y despiadados. Ni una palabra de parte ó parte. Luego, un berberisco que montaba un potro alazán de cabos blancos con un gran parche blanco sobre la naríz, exclamó :

"Dios lo quiere ; aquí fue el fin de Si Omar." Y lentamente tendió el fusil y á boca de jarro hizo el disparo, atravesando al jefe, y todos los demás se arremolinaron en torno, disparando sobre él y revolviendo los caballos sobre el postrado. Ninguno supo si Si Omar murió al primer disparo, ó si viendo llegada su última hora, apretó sus dientes y sucumbió en silencio, sin un movimiento, como un jabalí feroz. Una nube de polvo se alzó en el aire sobre el sitio donde los hombres volvían y revolvían los caballos con gritos desaforados, y luego se desvaneció, dejando sólo un pequeño envoltorio de trapos blancos y deshechos en el suelo aquí y allá.

El castaño de bellas crines que había montado el jefe pacía tranquilamente á unas cien yardas de distancia, y el sol poniente caía sobre la colina pedregosa tiñéndola de un amarillo rosado, algo entre el tinte de un viejo marfil y el de un ladrillo romano gastado por el tiempo. A una legua, más ó menos, Séfru dormitaba entre los naranjos, y del fondo de la planicie ascendían los balidos de los carneros llevados al aprisco.

Los matadores, dando de espuelas á sus caballos, avanzaron un trecho y en un ángulo del camino, mientras arreglaban sus trajes flotantes y cargaban de nuevo sus fusiles, uno de ellos se volvió, y poniéndose de pie en la silla, hizo un disparo al cadáver, y la bala, hiriendo el suelo, fue á aplastarse en una roca sobre el flanco de la colina. Los ginetes cerraron fila con un movimiento instintivo, como el de una banda de pájaros cuando un incidente desordena su formación, y meciéndose con suave balanceo en la silla, con sus largos selhams blancos flotando al viento, desaparecieron á lo lejos.

VIII.

LA CAUTIVA.

POR una ú otra razón, nadie había logrado dormir aquella noche en el campamento. Quizá fuese que estaban hambreados, pues volvían justamente de una expedición estéril emprendida con el objeto de dar alcance á una partida de indios que se habían robado los caballos de una estancia en Napostá. La noche les había sorprendido al atravesar un río, donde un bosquecillo de sauces les brindaba leña suficiente para encender una hoguera, pues nada es tan insustancial como la llama fugaz ("como amor de monja") que suministran el estiércol y los tallos resecos de maleza. Aunque no habían comido nada desde la mañana, después de consumir las últimas tiras de *charqui*, les quedaba un poco de *yerba*, y se sentaron así en torno al fuego pasando el *mate* de mano en mano y fumando cigarrillos negros del Brasil.

La corriente, un ramal del Mostazas ó la cabecera misma del Napostá, rodaba con languidez entre sus márgenes de fecundo aluvión. En el vado la convertían en un lodazal espeso el ganado alzado y las manadas de yeguas salvajes. De resto, nadie frecuentaba el paraje donde estaban acampados, como no fuesen los indios en sus incursiones incendiarias. Una ó dos vacas que habían ido á beber y habían quedado aprisionadas en el lodo, yacían muertas, disformemente hinchadas, los ojos arrancados por los *caranchos* y las piernas paradas en

actitud grotesca, como las de un soldado muerto en la batalla.

Los ruidos misteriosos del desierto se dejaban sentir en la serenidad de la noche estrellada ; la tos seca del ganado, en pie sobre las ondulaciones del suelo, y de tiempo en tiempo el relincho vigilante de un caballo padrón rondando la yeguada. Las *vizcachas* lanzaban sus ladridos estridentes y los *tuco-tucos* su chillido metálico desde la profundidad de la tierra. Las flores del chañar exhalaban su aroma picante en el ambiente nocturno, y en pos de los matorrales de *piquillín* y *molle*, la yerba de la pampa sobre la margen del río parecía un tropel de avestruces bajo el fulgor esplendente de la luna.

La Cruz del Sur pendía sobre sus cabezas. Capella despuntaba en el horizonte, y el destello amarillo de un planeta parecía caer entre las olas de la yerba, que mecía un ténue soplo de aire, imprimiéndoles un murmullo espectral como si la resaca de un mar evaporado miles de años antes continuase difundiéndose en la brisa.

Una línea de colinas arenosas corría paralela á la margen, y al pie de sus flancos blanquecinos y argentados pacían los caballos, vigilados por un ginete que se llegaba de tiempo en tiempo lentamente hasta la hoguera para encender su cigarrillo. Las sonoras campanillas de las *madrinas* habían sido enmudecidas, pues se tenía algún temor de que los indios pudiesen haber cortado la huella, y á intervalos el centinela de á caballo ascendía cautelosamente el flanco movedizo y exploraba con la vista la llanura, que dilataba sus ámbitos bajo la luz de la luna como un lago congelado.

Agrupados en torno del fuego estaban los principales colonos del Sauce Grande, el Mostazas y el Napostá.

Los hermanos Milburn, que habían ejercido en otro tiempo el comercio de mar, vestidos con pantalones de montar y botas oscuras, pero vinculados aún, por decirlo así, con la vida marítima por las chaquetas de paño azul, estaban allí sentados, fumando y escupiendo en el fuego.

Al lado, Martín Villalba, rico ganadero y comandante de la milicia de Bahía Blanca. No se le había visto jamás en uniforme, aunque llevaba siempre una espada metida bajo la cinta de su *recao.* La luz daba de lleno sobre sus rasgos indígenas y despedía reflejos en sus luengos cabellos, que pendían sobre sus hombros, tan negros y lustrosos como el plumaje de un cuervo. De tiempo en tiempo, sentado allí, fijos los ojos en la fogata, alzaba la mano y tendía el oído, y entonces todos los circunstantes escuchaban también, y el hombre que tenía el *mate* en la mano lo dejaba en suspenso hasta que Villalba meneaba la cabeza en silencio, ó murmurando "no es nada," reanudaba la conversación. Españoles y franceses alternaban con un italiano, de nombre Enrique Clerici, que había militado en sus mocedades con Garibaldi. Ahora era dueño de una *pulpería* y la había bautizado "La Rosa del Sur," y tenía colgado del muro un retrato de su antiguo jefe, al que llamaba "mi santo."

Claraz, el alto y barbudo suizo, se encontraba con ellos. Había perdido un dedo por la mordedura de un tigre en el Paraguay. Era un hombre pausado y meditabundo; había errado por todo en Continente, desde Acapulco hasta Punta Arenas, y esperaba publicar algún día una obra completa sobre la flora de la Pampa, cuando lograse, como él decía, encontrar un empresario filantrópico que afrontara las pérdidas.

El alemán, Friedrich Vögel, era tenedor de libros en una estancia llamada La Casa de Fierro, pero como era

joven y buen ginete había seguido á los otros, y contrastaba con ellos por sus vestidos urbanos, que le daban el aire, aunque estaban llenos de polvo y los pantalones cubiertos de espesa costra de lodo, de andar en una simple excursión campestre, sobre todo al ver el pequeño anteojo que llevaba colgado de una correa ó tahalí. Desde su entrada en este género de vida, ocho ó nueve años atrás, había españolizado su nombre, llamándose Pancho Pájaro, y con él fue conocido todo el resto de su vida en Sud-América. Dos ganaderos de nacionalidad inglesa, conocidos con los apodos de El Facón grande y El Facón chico, por el tamaño de sus respectivas navajas, hablaban sosegadamente, como si hubiesen estado en la ventana de algún club, en tanto que un belga encanecido, hermoso y taciturno, dibujaba marcas de caballos sirviéndose, á guisa de lápiz, de un hueso carbonizado de carnero. De todos los presentes, era éste el único que se mantenía aparte, hablando rara vez, y aunque había pasado toda su vida en las llanuras, jamás aventuraba una opinión como no se la pidieran expresamente, y entonces era tenida por concluyente, pues se sabía que él había militado en la frontera, en las guerras contra los indios, á las órdenes del General Mancilla.

Un jovencillo inglés, alto, rubio, cuyos cabellos, ensortijados como el vellón de un cordero merino, circundaban el rostro y pendían sobre el cuello á estilo de la peluca del rey Carlos II, cabeceaba vencido por el sueño.

Exaltación Medina, un hombre alto, delgado, nervudo, azotaba con el látigo la pierna de su bota, en la que se veía un águila bordada en seda roja.

El y su amigo, Florencio Freites, el cual distraídamente se limpiaba ahora la dentadura con la punta de su largo cuchillo de mango de plata, eran gauchos de los que siempre montaban buenos caballos y llevaban

buenos vestidos, por más que nunca se les había visto trabajando, excepto en alguna *herranza* de ganado. Eran ambos *badilleros*, esto es, hombres de Bahía Blanca, y hablaban el araucano, habiendo estado prisioneros entre los infieles, por su desgracia, según decían ellos, aunque no faltaba quienes juraran que si habían estado entre los indios, había sido como renegados y por razón de sus crímenes.

Algunos estaban acurrucados, con las piernas cruzadas á la turca, otros echados apoyándose en los codos ó recostados contra sus sillas, con los ojos cerrados, abriéndolos si el viento agitaba los árboles, con el aire del gato que entreabre los párpados y espía alrededor en cuanto percibe un ruido inusitado.

Cuando hubieron bebido el último *mate* y arrojado el último cabo de cigarrillo entre los tizones llameantes, mientras una somnolencia universal parecía cernerse en el aire, cuyas ráfagas, crudas y calurosas, arrastraban millones de filamentos como de algodón, que se adherían á la barba y al pelo de los expedicionarios, Claraz propuso que alguno contara una historia, pues era obvio que en aquellas circunstancias no se podía cantar una canción. Todos se quedaron silenciosos, pues la mayoría de los presentes tenían historias propias que por nada hubieran querido contar. Entonces, el impulso misterioso que dirige las miradas de los hombres hacia el objeto de sus pensamientos, hizo volver todos los ojos hacia el belga, que continuaba trazando marcas de ganado sobre las cenizas blancas de la hoguera con el hueso carbonizado de carnero. Alzando la cabeza, dijo : "Ya veo que Vds. quieren que yo les cuente una historia, y como no tengo un átomo más de sueño que los otros y la historia que les pienso decir me pesa como plomo en el corazón y tal vez me alivie un poco al contarla, voy á empezar ahora mismo."

Hizo pausa, y quitándose el sombrero, se pasó los de-

dos por entre el espeso cabello oscuro, aquí y allá matizado de gris ; terció de un lado á otro del cinto su pistola para evitar que le lastimara el flanco al apoyarse en el codo, y, volviéndose hacia el fuego, que le dió de lleno en el rostro, destacado entre un marco de barba oscura cortada al rape, empezó á hablar con lentitud.

" Hace quince — nó, más bien diez y seis años — por los días del gran malón de los bárbaros, ¿ la invasión eh ? Cuando llegaron hasta Tapalquén y quemaron las, *chacras* en las afueras de Tandil, vivía ya en Sauce Chico, en toda la frontera . . . . . Generalmente llevaba los caballos por la noche al corral y dormía con un Winchester á cada lado. Mi vecino más próximo era un mi paisano, un joven . . . . . sí, lo que se podía llamar joven entonces. Hombre educado, calmado y de buenas maneras, es decir, lo creo así . . . . . que sus maneras no eran malas.

" Lo que les voy á contar es la historia de él ; nó la mía. Creo que fue en una expedición contra los indios, como la nuestra de hoy, cuando se encontró con una india que llevaba unos caballos. Se había separado de su marido por alguna casualidad y regresaba á los toldos. Podría haber escapado, pues montaba un buen caballo . . . . . un overo, con las orejas partidas y el cartílago de la nariz dividido para darle mejor respiración : supersticiones curiosas que tienen ellos." Florencio Freites miró al narrador, asintió con la cabeza é interpuso : " Si Vd. hubiera vivido entre ellos tanto como yo, lo podría decir. Algo diera yo por cortarles los cartílagos de sus propios hocicos. . . . . " Como nadie insistiera sobre el punto, Freites volvió á escuchar y el narrador prosiguió :

" Sí, un famoso caballo aquel overo. Lo conocí muy bien ; algo ligero de montar, pero ella montaba como todo un gaucho — como cualquier hombre. Y como decía, bien pudo haber escapado —según lo afirmaba mi

amigo — pero la yegua de su *tropilla* tenía un potriquillo y seguramente se resistía, ó tal vez por su propio instinto materno no se atrevía la mujer á dejar el potro atrás . . . . . ó quizá había perdido la cabeza, nadie podría asegurar. Cuando mi amigo la hizo presa, no opuso ella resistencia ni trató de escaparse. Lo miró cara á cara y le dijo en mal español : '¡ Bueno, ya está prisionera ; hacer lo que quiere !' Mi amigo la contempló y vió que era joven y bonita, y que tenía cabello castaño oscuro y rizado, y le echó mano al talle pensando . . . . ¡ sabe Dios qué pensaría ! En primer lugar, no tenía mujer en su casa, pues la última, una chica italiana de Buenos Aires, se había escapado con un su compatriota que había pasado por allí vendiendo santos—un *santero*, ¿ eh ? Y al mirar ahora á la otra, viéndola bajar los ojos, hubiera él jurado que se le subían los colores bajo las pinturas de que tenía embadurnado el rostro. Pero no dijo nada, y los dos volvieron riendas al rancho, apartado de todos, donde él vivía. Acamparon en las aguas cabeceras del Quequen Salado, y para asombro de mi amigo, mientras él ataba su propio caballo y el de ella y maneaba la yegua para que no se dispersara la *tropilla*, ella había encendido el fuego y puesto á hervir el agua. Después de comer un poco de *charqui*, humedecido en agua tibia, le presentó un *mate* y prosiguió sumisamente llenándolo hasta que estuvo satisfecho. Dos ó tres veces fijó él en ella las miradas, pero reprimió la tentación que le asediaba de preguntarle cómo había aprendido el español y por qué eran sus cabellos de color castaño.

"Sentados al lado del fuego, tenía él la impresión de haberla conocido toda la vida ; y cuando una voz se dejó percibir, procedente de otra fogata, diciendo : 'Si no manea la yegua india se vuelve á la *querencia* antes de que la luna se ponga,' las palabras le disonaron, pues no sé qué le decía vagamente que la cautiva no trataría de escaparse.

" Así, con un ' Bien, lo tendrémos presente,' lanzado á las otras fogatas, tomó su silla y sus ponchos, le dijo á la india ' Buenas noches ; seguimos al alba,' y la dejó envuelta en las mantas de la silla, con los pies vueltos hacia el fuego. Una hora antes del alba todo era en el campo bullicio, pero mi amigo, aunque buen madrugador, encontró lista á su cautiva esperándolo con un *mate* preparado, mientras él se levantaba y sacudía de sus cabellos el rocío y se calzaba las espuelas.

" Todo aquel día siguieron camino de la casa, dejando á intervalos á los compañeros, al llegar al Saucecito, al cruzar el Mostazas al pie de la Sierra de la Ventana ó en el rancho arruinado en las cabeceras del Napostá. Y á cada vez, cuando los diversos vecinos apartaban sus *tropillas* para seguir su camino, se volvían y le gritaban un adios á la india y á mi amigo, deseándoles una dichosa luna de miel ó algo por el estilo. Él contestaba brevemente y ella, por su parte, parecía no escuchar, aunque era claro que todo lo entendía. Antes de llegar al rancho se había enterado él de algunos pormenores de la historia de su compañera. A medida que el español se abría paso otra vez en su cerebro, le había dicho que tenía veintiocho años, que su padre había sido un *estanciero* de la provincia de San Luis y que lo habían matodo los indios, así como también á su madre y sus hermanos, en una invasión ocho años atrás ; desde entonces había vivido con los indios en poder de un jefe de nombre Huichán, del cual tenía tres hijos. Todo esto se lo había referido á mi amigo mecánicamente, como si hubiese hablado de una tercera persona, añadiendo después ' Las mujeres cristianas pasan por un infierno entre los infieles.' " El narrador se detuvo para tomar un *mate* y Anastasio observó sentenciosamente : " Un infierno ; sí, un infierno á dos fuegos : ¿ recuerdas che, aquella muchacha de Chile que le compraste á un Araucano, y á quien le sacaron un ojo las indias ? " Su amigo Florencio dejó ver los dientes como un lobo, y

contestó : " Cáspita, sí ; ¿ y no recuerdas cómo ajusté cuentas con ella ? Ojo por ojo y diente por diente, como manda la ley de Dios, según me dijo un sacerdote ! " Concluido el *mate*, el belga reanudó su narración.

" Llegados á la casa, mi amigo ayudó á desmontar á la cautiva y tomándola de la mano, la condujo al interior de la casa y le dijo que ésta era suya.

" De los dos ella era más la dueña de sí, y desde el primer instante se posesionó de sus deberes como si nunca hubiera conocido otra vida.

" Poco á poco abandonó sus trajes y costumbres de india, aunque dobló y guardó cuidadosamente su *chamál* con el gran alfiler de plata, en forma de sol, por medio del cual se sujeta aquél al pecho. Guardó asímismo sus zarcillos, en forma de pirámide invertida, junto con el *vichú* escarlata que había sujetado sus cabellos, los cuales, cuando fue ella capturada por primera vez, caían sobre sus espaldas en cascada profusa y tan rizados que habían sido inútiles los esfuerzos de las indias por alisarlos con grasa de avestruz. Tímidamente le pidió ahora vestidos de cristiana, y poco á poco se transformó en una mujer española, cuidadosa de sus cabellos, peinádolos en alto sobre la cabeza, y cuidadosa también de su calzado, y poco á poco su andar volvió á ser el que había acostumbrado en su juventud, cuando en compañía de su madre solía cruzar la plaza de su ciudad nativa, con pasos menudos y una leve ondulación de las caderas.

" Dejó su nombre indio de Lincomilla y tomó otra vez el de Nieves, y en el curso de una ó dos semanas el tinte de sus mejillas, quemadas por el sol, se había desvanecido en parte.

" Mi amigo seguía las faces de esta transformación como puede un hombre espiar con ojos atentos la marcha

de las manecillas de un reloj, sabiendo que se mueven pero incapaz de discernir el movimiento exactamente.

"Y así como parece un milagro, al despertar por la mañana, el espectáculo de un árbol despojado al anochecer, y ahora cubierto de verdura, así también le parecía á él un milagro contemplar á la india semidesnuda á quien había encontrado, látigo en alto, dando voces á sus caballos, transformada en la Señorita Nieves, sin que él se hubiera apenas dado cuenta del cambio. Algo intangible parecía haber brotado entre los dos, invisible pero invencible al mismo tiempo, y á veces se sorprendía á sí mismo vagamente arrepentido de haber dejado á la cautiva escaparse de sus manos, por decirlo así. Paso á paso, su situación respectiva se había invertido, y, después de ser fielmente atendido y servido por Lincomilla, había llegado á tratar á la Señorita Nieves con todo el acatamiento que se le tributa á una dama en la vida ordinaria.

"Cuando su mano rozaba accidentalmente la de Nieves, él se extremecía, y luego se mofaba de sí mismo por no haber sabido ejercer el derecho de conquista desde el día que había llevado á la india á su domicilio. Todo habría sido entonces natural, habría tenido en ella una criada más para servirle el *mate*, un eslabón en la larga serie de mujeres que se habían sucedido desde el día en que por primera vez condujo su ganado á los campos del sur, y construyó su rancho á orillas del riachuelo. Luego, llegó un día on que algo pareció borrar el mundo entero, y nada volvió á preocuparlo excepto la Señorita Nieves, á quien deseaba tan ardientemente que su corazón se quedara inmóvil cada vez que ella pasaba rozándolo en sus funciones domésticas. Y con todo, él se abstenía de hablar, retenido únicamente por el orgullo, pues bien sabía que, al fin y al cabo, ella estaba á merced suya en aquel rancho solitario de las llanuras. Dormido ó despierto, allí estaba ella siempre. Si salía á

una *boleada*, ella parecía acompañarlo ; y á su regreso al anochecer, allí estaba ella en pie, aguardándolo con su sonrisa enigmática en los labios.

"Ella, por su parte, se daba cuenta de todo lo que él padecía, padeciendo á su vez con igual intensidad ; pero — más fuerte para ocultar sus sentimientos — no lo dejaba percibir, y apenas si notaba él el sombrío mirar que los deseos reprimidos encienden en los ojos de la mujer. Los vecinos, hombres y mujeres comunes y corrientes, no sospechaban nunca que la situación entre los dos se hallara en pie tan dramático, y á él lo felicitaban con sincera cordialidad por la conquista de una india que se había convertido en mujer blanca. A estas felicitaciones, no exentas de rudeza, contestaba él con brevedad, y dando rienda á su caballo, galopaba por las llanuras hasta rendirse, y entonces volvía á la casa con el pesar invariable devorándole el corazón. Nadie sabe hasta cuándo podría haberse prolongado esta tortura, á no ser que ella — pues generalmente son las mujeres quienes dan el primer paso en estos lances — le puso fin repentino. Viéndole una noche sentado al fuego y espiando sus ojos, que seguían de un lado á otro sus pasos y movimientos, se le acercó, le puso las manos en los nombros, y mientras él con una sacudida se estremecía de pies á cabeza, se inclinó ella hasta pegar sus labios resecos á los suyos y se deslizó en sus brazos.

"Así fue el principio de sus amores. Y los colonos de del Sauce Chico, río arriba y abajo, para quienes el amor era tan sólo una cosa de que hablan los libros ó bien el cumplimiento de una función sin la cual no habría sociedad posible, siguieron desde entonces con cierta especie de interés vecinal, á los amantes, á quienes llamaban *Los de Teruel*, refiriéndose á los de la antigua comedia española, de legendaria constancia.

"Se querían, en verdad, como si hubieran descu-

bierto el amor y pensaran guardárselo para sí exclusivamente. Tontos, por supuesto, lo eran, y primitivos en todo. El corría á Bahía Blanca y compraba allí todas las joyas posibles para ella. Ella se olvidaba de todos los horrores de su vida entre los indios, y se embriagaba de una felicidad tan sin límites como la de nuestra primera madre cuando no había en el mundo entero más hombre que el de su adoración.

"Como en un día de aquellos de las llanuras del Sur, en que todo es quietud y juegan los caballos salvajes, y de los lagos tienden el vuelo las bandadas de flamingos casi diáfanos en la luz, y el cielo se cubre de tintes de púrpura inflamada, proyectando sobre la yerba una sombra como si la esencia misma de las nubes se deshiciera en rocío, cuando dicen los indios que se prepara un *pampero* y que pronto estallará sobre el mundo sonriente con violencia arrrastradora, así su amor, podía decirse, presagiaba el infortunio por su propia intensidad."

"Norte duro, *pampero* seguro," dijo uno de los circunstantes.

"Es verdad, y el *pampero* efectivamente no se hizo esperar," contestó el narrador.

"Los meses pasaban y los vecinos seguían hablando de ellos con asombro, habituados como estaban á ver consumirse por sí solas las pasiones como un fuego de pajas, é ignorantes de toda especie de amor distinto del que ellos y sus bestias conocían y disfrutaban.

"Entonces, gradualmente, Nieves empezó á ponerse un tanto melancólica, y se sentaba á veces horas y horas contemplando la Pampa y después se iba á ocultar el rostro en su chal negro de Manilla, el mismo que mi amigo había ido á comprar á Bahía Blanca, haciendo cuarenta leguas en dos días de galope sostenido.

" Poco á poco entró él en zozobra, temiendo, como hombre de afectos veleidosos en su tiempo, que ella estuviera cansada de él. A todas sus preguntas contestaba, sin embargo, que era soberanamente dichosa y que había conocido entonces por primera vez el amor, del cual había solido pensar que era simplemente un mito inventado por los poetas para disipar el tiempo. Luego rompía á llorar diciendo que era una locura de parte de él dudar de su amor, y echándole los brazos repentinamente, lo oprimía con violencia contra su corazón.

" Por unos días, se la veía entonces alegre ; pero él, á la manera del ginete que se cree haber percibido una leve cojera en su caballo, sin saber á punto fijo dónde esté, se mantenía alerta, tratando de penetrar la causa de su desazón, y paulatinamente sucedió que el amor vino á ser reemplazado por una especie de neutralidad armada. Ninguno de los dos se atrevía á hablar, aunque ambos sufrían ahora tanto como habían amado antes, hasta que un día, hallándose en la Pampa llenos de anhelo mútuo, y no obstante separados uno de otro por algo que se dejaba sentir más bien que darse á conocer, de pronto ella, con un grito, se refugió en los brazos de su amante. Luego, en un arranque súbito, se desprendió de ellos, y conteniendo el llanto de sus ojos, dijo : 'He sido feliz, más feliz de lo que pueden decir las palabras, más feliz de lo que puede ser una criatura humana. Piénsa en lo que ha sido mi vida, mis padres asesinados á mi vista, yo en manos de un indio á quien abominaba mi alma, y obligada por la fuerza á ser madre de sus hijos — suyos y míos. Piénsa en lo que ha sido mi vida allá en las Tolderías, expuesta á los celos de las indias, en peligro constante mientras nacieron mis hijos, y después obligada á vivir por años y años entre aquellos salvajes y convertirme en salvaje también.

" Entonces vienes tú ; y me pareció como si Dios se

hubiera al fin cansado de perseguirme. Pero ahora veo que El ó la naturaleza me reservan algo peor. Soy dichosa aquí, pero está visto que en el mundo no hay felicidad posible. Mis hijos — hijos de ese hombre y míos — me llaman incesantemente. Tengo que volver allá. Y ahora, mis caballos están gordos y el potro puede viajar, y . . . . . en fin, piénsa que todo ha sido un sueño, y déjame regresar á mi amo — ó marido — y darle nuevos hijos, y morir al fin como las otras indias, abandonada y olvidada á orillas de un río, cuando llegue á la vejez.' Se enjugó las lágrimas, y tocándole con suavidad en el hombro, añadió, mirándole tristemente : 'Sabes ahora, querido mío, por qué he estado tan triste, y te he hecho sufrir, en tanto que tú me abrumabas de amor. Ahora sabes que te quiero mil veces más que el primer día, cuando, como tú decías, me apoderé yo de tí, y puedes dejarme que vuelva á mi deber y á mi desgracia, y quizá comprendas que lo haga así.'

" Su amante vió que aquella decisión era irremediable, y con un esfuerzo tartamudeó : 'Bueno, tú eras mi prisionera, pero desde que te traje cautiva he sido tu esclavo. . . . . ¿ Cuándo te quieres ir ? '

" — 'Que sea mañana, sangre mía, y al amanecer, pues tienes que llevarme al lugar donde me encontraste. Se ha vuelto ese lugar para mí como el de mi nacimiento, puesto que fue allí en verdad donde empecé yo á vivir." Nuevamente contestó él : 'Bueno,' como hombre que sueña, y tristemente la llevó á la casa.

" Apenas habían teñido el cielo los primeros rayos de la aurora, cuando ensillaron los caballos, sin decirse una palabra.

" Deshechos y postrados, con los ojos hundidos en el fondo de un círculo negro, permanecieron inmóviles

un trecho, teniendo los caballos por los *cabestros*, hasta que el sol naciente cayó sobre el pobre rancho donde habían sido sus amores tan felices.

" En silencio montaron luego, la cautiva transformada en Lincomilla, con sus trajes indios, trepando á la silla con la soltura de un varón. Luego recogieron los caballos, y con el potro ya crecido y fuerte corriendo en pos de la madre, se lanzaron á las llanuras.

" Tres ó cuatro horas de firme galope los llevaron cerca al paraje donde Lincomilla había sido aprisionada por el hombre que ahora marchaba á su lado, con las miradas perdidas en el horizonte, como un hombre en un sueño.

" — ' Aquí debe ser, dijo ella, cerca á ese matorral de sarandis. . . . . Sí, aquí es, pues recuerdo que fue aquí donde cojiste mi caballo por la brida, como pensando que yo querría escaparme y volverme con los indios.'

" Echaron pie á tierra y hablaron larga y tristemente, hasta que ella se arrancó de los brazos de su amante y saltó otra vez sobre su caballo. El overo de las orejas rajadas lanzó un relincho estridente en dirección á los otros caballos que pacían á corta distancia en la llanura, y entonces, al ver que ella alzaba la mano para dar rienda á la bestia, el hombre á quien iba á dejar para siempre se inclinó y le besó el pie que apoyaba descalzo en el estribo á la manera de los indios. ' Que el Dios de los Araucanos, á donde vas, te bendiga y proteja,' exclamó ; ' pues mi propio Dios me ha abandonado.' Y en tanto que él decía así, le daba rienda ella al caballo. Este se empinó, describió un semicírculo y se lanzó á un galope mesurado, mientras ella, con los otros caballos por delante, volvía el rostro hacia occidente, sin volver los ojos ni una vez.

" Yo . . . . . es decir, mi amigo, permaneció inmóvil,

contemplándola, viendo como se perdían de vista en el horizonte, entre el oleaje de yerba, primero los caballos que llevaba consigo, el potro al fin cerrando la retaguardia, y luego el que montaba Lincomilla, hundiéndose pulgada por pulgada, como un barco que desaparece tras la curva de los mares. Primero los pies que había besado, luego las *caronas* de la silla, y poco á poco el cuerpo envuelto en el oscuro *chamal.*

" Finalmente, la aureola de sus cabellos flotantes se dejó divisar por algún trecho sobre el firmamento y luego se desvaneció también, como un fragmento de alga marina que arrastra la ola de regreso y se pierde en la resaca de la marea."

— Eso es todo, dijo el narrador ; y de nuevo se puso á pintar marcas de caballos en las cenizas con el hueso de carnero, contemplando absorto el fuego.

El silencio se adueñó del campo, y en la serenidad de la noche esplendorosa, los ruidos que hacían los caballos atados á sus estacas se dejaban sentir casi como un alivio. Ninguno hablaba, pues casi todos los presentes habían perdido cada cual por su parte, y cada uno á su manera, alguna especie de cautiva, hasta que Claraz se puso en pie y, en caminándose hacia el puestoque ocupaba el narrador, le puso la mano en el hombro y dijo : " Me temo que la narración de esos sucesos no haya aligerado particularmente la augustia del corazón.

" Por allá en la costa, según recuerdo, desde Mazatlán hasta Acapulco, los pescadores de perlas solían decir que mientras no se hubiera resuelto uno á resistir bajo el agua hasta que los oídos estallaran, no se podía ser un pescador de primera.

" Algunos no tenían ese valor y quedaban siempre siendo mediocres pescadores, sujetos á padecer grandes dolores, é impotentes para permanecer sumergidos por

largo espacio, pues sus oidos no habían podido estallar . . . . . Pero, por supuesto, son ideas estrafalarias que me ocurren, y lo prefiero á Vd. tal como es."

Hizo alto, en tanto que la luz pálida del alba descendía sobre el campo insomne, allá en el ramal norte del Mostazas (ó tal vez del Napostá), difundiéndose sobre el fuego moribundo, donde el amante de Lincomilla continuaba trazando marcas de caballos en las cenizas húmedas, y sobre el grupo de aventureros envueltos en sus ponchos, á quienes reanimaba el primer soplo del día.

A un lado y otro en la llanura, algunos de los caballos se habían echado junto á las yeguas madrinas. Otros dormitaban cabizbajos, con la cabeza entre las patas y el pelaje erizado cubierto de rocío.

IX.

LA VIEJA DE BOLIVAR.

ALTA, enjuta y derecha cual moharra, Ña Eusebia era una de aquellas "chinas" que parecen hechas para vivir una eternidad. Su amplia cabellera blanca caía en greñas alrededor de una cara que parecía una manzana seca, tan arrugada era y tan tostada por el sol.

Ña Eusebia vivía en un rincón de Tarija, no muy lejos de la frontera de Salta. Desde el umbral de su casa se veía la Pampa inmensa, solitaria y adusta. Pampa y más Pampa : la Pampa que desde la frontera de Bolivia se extiende hasta más allá del río Colorado, se pierde en los chañales, vuelve á reaparecer, y muere en las orillas del estrecho de Magallanes. Por detrás del rancho estaba la falda de la Sierra que, saliendo de la cordillera madre de los Andes, se pierde por fin en la raya de la provincia de Tucumán.

Era Ña Eusebia, todavía viva, una especie de leyenda. Honrada, como "la vieja de Bolivar"; limpia, como "la viejecita del Libertador"; fina, como "la del Supremo," eran como adagios en todo el "pago" de los Porongos de San Gil. Nadie como ella sabía hacer "mazamorra," ni asar "choclos" en la brasa ardiente ; para servir mate era más baqueana que la mismísima diosa Venus (la que surgió de las olas del mar, según unos, ó del fango de la calle, al asegurar de otros) ; ó así de-

cía á lo menos todo el Gauchage, que no admitía habilidad más "linda" en una mujer.

Además de esos conocimientos culinarios, "sabía de pluma" y de cuentas, que era un primor. Firmaba y rubricaba con pulcritud. De medicina sabía más que una curandera. Tenía en su botiquín, como ella lo llamaba, casi toda la farmacopea de la Pampa: grasa de ciervo y de ñandu, cáscara de mataco rapado, los siete yu-yus, y como corona científica un hueso de cristiano y una botella de caña Paraguaya, que era para ella "cúralo todo" y remedio soberano contra la calentura y las tercianas, conocidas por "allacito" con el nombre de Chu-Chu.

Metida en su solitario rancho, donde vivía con unos parientes, sus faenas diarias acabadas, sentada al lado del fogón tomaba mate horas enteras, inmóvil cual un ídolo, pensando, como decían sus vecinos, "en sus muertos"; quizá en nada, que es la felicidad más grande, que sólo gozan los animales que los filósofos y otra "gente poco competente" conocen bajo el apodo de inferiores.

Los que la conocían solían decir que Ña Eusebia, de joven, no había estado así; pero ni en aquellos campos, donde las lenguas andan como badajos bien untados, se atrevían á tacharla, porque el nombre de la "Vieja de Bolivar" era más bien una corona de laurel, que ella llevaba con orgullo en sus sienes.

Las pocas señoras y gente fina que vivían por allí, hablaban de la vieja, bajo el título de la Egeria del Libertador.

La gente campesina menos (ó más) poética decía que tiempos muy atrás, la Niña Eusebia tuvo algún enredo con Ño Golibar; pero por eso no la miraban mal, que el aire y la vida libres de la Pampa habían purgado mucho

de la hipocresía que sus abuelos trajeron de las tierras de la gente de razón. A ella nada se le importaba del agitar de lenguas, del murmullo de la gente ó de lo que pasaba en el mundo ultra-pampano, viviendo por lo más en lo pasado, y sabiendo, como filósofa que era (sin saberlo), que el futuro sólo existe para la gente joven, que lo presente hay que gozarlo con todos los que viven, y que lo pasado es el reino absoluto de los solitarios, cuando el viento ruje y la lluvia bate contra la ventana y se está sentado uno solo en la chimenea ó al lado del fogón.

Pasa la vida en las Pampas y los llanos de América, como las aguas de un río pasa entre sus bordes, llevando casi imperceptiblemente, por aquí y por allá, pedazos de terreno, piedras y hasta árboles que crecen alrededor. Ruje la creciente de la juventud y montoncitos caen á las aguas de una vez: viene la edad madura, y el río corre tranquilo, al parecer, llevando siempre sus aguas á la mar, pero tan lentamente, que no se ve el movimiento de las cristalinas ondas.

La vieja ya estaba tan sequita con los años y tan tostada con los soles y el humo de su rancho, que más parecía momia que mujer.

Metido en el fondo de las Pampas, pronto desaparece Europa con todas las pequeñeces que aquí llamamos el progreso, la cultura y la marcha de las ideas, y las frioleras de la vida de la Pampa toman su lugar. Los periódicos, que al principio parecen tan importantes, pierden su interés; luego se hacen insufribles y no se los lee, aprendiendo á leer en el libro de la vida natural á oir, á ver, á recobrar los sentidos primitivos, que nuestra vida de los pueblos cultos nos hace olvidar.

Mujer ó momia, momia ó mujer, todo es uno, porque las mismas momias pueden conservar dentro la carne seca, el aroma de su vida y su juventud. Si no hay alma,

y si la materia nunca muere, tomando como Budha nuevas encarnaciones, en la materia debe de quedar la esencia de la vida y de la juventud, si tales cosas hay.

Poco le importaba á Ña Eusebia de teorías, pero supo conservar en su vejez un cierto aire de dignidad y de poesía, que los mismos gauchos, acostumbrados desde su niñez á ver en las mujeres solo "la carne á placer," y siendo de todos los hijos de Adán los menos susceptibles al sentimiento del platónico amor, miraban á la vieja como á un sér superior. Seguramente nada tenía de los bienes de la tierra, para inspirar aquel torpísimo respeto á la riqueza que en Europa hace adorar á los tontos y ponderar bellezas en las feas, si su ineptitud y fealdad lleva aquella máscara de oro que vuelve simpático y bello á su afortunado poseedor.

Siempre llevaba Ña Eusebia el mantón de seda negra y la estrecha saya de estambre ó de sarga, que antes era como una librea para las mujeres de su clase en América. Iba descalza, ó con chinelas de cuero de carpincho, y nunca salió de su ranchito sino montada en un "mancarron" rosillo, coludo y clinudo, de sobrepaso y tan mansito que servía, como dicen por allá, para la silla de un gringo ó gallego, gente que en la opinión de los americanos son siempre "chapetones" y tienen tal antipatía natural á los caballos, que nunca llegan á montar.

Montaba Ña Eusebia, como decía ella, á la gineta, es decir, á horcajadas, en un "recado" viejo, con su cojinillo de Tucumán, su "sobrepuesto" de cuero de gama, estribos de campana con sus pasadores en las aciones, su poncho pampa en los tientos y su maneador arrollado en el pescuezo del desvencijado mancarrón. Las riendas las tenía al estilo de los gauchos, flojas sobre el pescuezo del caballo, la mano alta y con un cierto aire de timonero, propio de navegante en aquel océano de

yerba seca, donde los navegantes que se pierden suelen encontrarse en Trapalanda, mística ciudad que parece ser el Limbo de la gente de allá.

Cruzaba campos como el más "baqueano" de los gauchos, cayendo á los pasos de los ríos como por instinto, pasando montes á la media noche, cual el más experto rastreador de las provincias arribeñas ó del Tucumán.

Además de sus proezas, sabía cualquier adagio y refrán usado por la gente de los campos, y los enunciaba pausadamente y con convicción, como si hubiesen sido experiencias que habían acontecido á ella misma, y las contaba para la enseñanza de la humanidad.

Entre las perlas de su dicción campaban : " El que nace barrigón, es al ñudo que lo fajen " ; " Las armas son necesarias, pero naide sabe cuándo " ; " No dejes que hombre ninguno te gane el lao del cuchillo " ; " Deje que caliente el horno el dueño del amasijo," con muchas otras que parecían extrañas en la boca de una mujer.

Nadie mejor que ella entendía de marcas de caballos ni de ganado, y sentada en el suelo las pintaba en la arena, como el más diestro tropero ó capataz de estancia.

Estas habilidades mundanas no militaban nada contra su afán para novenas y trisiagios, y en general para todo lo que tocaba á la religión, pues era cristiana muy creyente, como solía explicar, creyendo todo con furor, encontrando los misterios de la fe, no solamente fáciles, sino tan naturales, que no había mérito ninguno en el creer. Al mismo tiempo, en lo que no tocaba á la fe era muy descreída, y casi impenetrable á la voz de la razón. Todo le parecía falso, hasta las cosas más sencillas, como á veces pasa con la

gente de la Pampa, quien criada en medio de peligros, y lejos de la ley, conserva solamente su existencia por medio de su astucia natural.

Nadie mejor que ellos saben apreciar el *credo quia impossibilis*, axioma que, después de todo, contiene la esencia de la fe. Afortunado el que al levantarse encuentra un misterio en todo lo que ve. Misterio de misterios nuestro planeta, que al pensarlo bien (con ojos felizmente ignorantes), no es planeta, sino el universo con su sol, su luna, sus estrellas, mareas, terremotos, infierno, cielo, teocracia, y que en general está surtido de circunstancias impenetradas é impenetrables á impotentes tentativas de la razón. Golfos innavegables, trashumantes cielos, faunos y hamadryadas, fuegos fugaces, hipógrifos del viento, espíritus del aire y del agua, todos estos tienen la dichosa y sacrosanta ignorancia; y todavía queda gente tan cruel, que con maléfica cartilla, quieren destruir los últimos vestigios de la felicidad y romper los eslabones que nos unen á la edad áurea.

Poco ó nada importaba á la sibila de las Pampas la edad de oro, teniendo como tuvo su memoria fija en las dichosas horas que cincuenta años antes había pasado con el que siempre intitulaba " mi general."

Nada contaba del caudillo renombrado, en cuanto á sus prendas físicas ó mérito moral. Envuelta en la serenidad de largos años, parecía considerarse como mortal feliz que había recibido el amor de algún sér sobrenatural. Pasaban los años; todo variaba menos la Pampa sempiterna, parda y amarillenta al sol, y al anochecer negruzca y amenazante, cuando de la oscuridad salen las voces del desierto, voces que una vez bien comprendidas, dejan al hombre siempre con "saudades" de aquella vida pastoril.

Vieja y solitaria en el mundo, Ña Eusebia entretenía

en su alma las cenizas de aquel amor vago y semiolvidado de los remotos tiempos de su juventud. A las preguntas de la gente que por qué había quedado siempre soltera, solía responder: "¿ Casarme yo ? . . . . . yo soy la vieja de Bolívar . . . . ¡ Viva el Libertador ! . . . . A mí no me han llevado las aguas, por crecido que pudiera bajar el Paraná."

(De *Nuestro Tiempo*, de Madrid).

X.

EL ESQUELETO DEL CANEY.

EL éxito, el triunfo, lo que con más precisión se llama en inglés y en francés *succès*, eso que da un tinte de vulgaridad á todo cuanto toca, no debería tener más recompensa que él mismo. La verdad es que las recompensas, de cualquiera clase que sean, son siempre vulgaridades. Todos aplaudimos á los que alcanzan éxito y nos apresuramos luego á olvidarlos, como sucede con las bailarinas, los cómicos y los oradores. Se pavonean durante una hora fugaz para ser luego encasillados en títulos de nobleza, condes ó barones, en libros en que constan los terratenientes ennoblecidos y demás de la laya. Los triunfos rápidos alcanzan recuerdo corto en la memoria del público. Los triunfos mismos solamente viven lo que tarda el carro triunfal en rodar por las calles; es algo así como una maravilla que dura nueve días, como un perro con cinco patas, como un ruiseñor bicéfalo, como la inteligencia precoz de un muchacho que calcula con sorprendente velocidad, como un prodigio sietemesino nacido antes de tiempo para su propio mal y para servir de asombro á paletos que se dislocan las quijadas para ver mejor, en su éxtasis de admiración, y que en seguida se van en busca de otros ídolos que adorar. Todos sentimos que á la postre, el hombre de éxito no es sino el favorito de la fortuna, y que la buena suerte y él unidos, han sido iguales á dos hombres ordinarios. Muchos pueden soportar la pobreza con dignidad. ¡Cuán pocos son los que pueden

soportar el éxito con decencia y sin que sus íntimas debilidades aparezcan desnudas ante la vista del público! Colmamos á todos los que han tenido éxito en la guerra, en el arte ó en las letras con caricaturas de bronce ó mármol, con títulos que resultan ridículos por su estilo exótico, les damos dinero, y durante una estación no hay Lúculo africano de los que viven en Park Lane que pueda comer sin tenerlos á su mesa. Hecho esto, nos parece que hemos pagado el servicio y generalmente no añadimos el tributo de nuestro respeto á las demás dádivas.

Pero para aquellos que fracasan; para aquellos que se han hundido luchando todavía bajo las turbias y enlodadas ondas de la vida, para esos conservamos nuestro amor y aquella curiosidad respecto de su vida que mantiene su memoria fresca y verde en la nuestra, cuando el oro de relumbrón que damos á los triunfadores fué barrido por el tiempo. ¡Cuán pocos de éstos son en realidad interesantes! Annibal, Alcibiades, Raleigh, Mitrídates y Napoleón, ¿quién pensaría en compararlos por un momento con sus meros vencedores? Los desgraciados Estuardos, desde aquel rey poeta muerto en el juego de pelota, hasta el pobre y enmohecido cardenal de York, con todas sus faltas, dejan á los estólidos Jorges millones de leguas atrás, hundidos hasta el cogote en su *pudding* y en su prosperidad. La próspera Isabel, que tras una vida de honores, se resistía á rendir sus cosméticos á la muerte en su lecho de estado, y María, al tender la cabeza al tajo en Fotherinhay, después de 49 años de fracasar en todo lo de su vida (con excepción del amor), ¡cuántos millones de millas de mares insondables y de sierras amontonadas sobre sierras separan á estas dos!

Y lo propio sucede con las naciones, con las cosas y con los acontecimientos. Hay naciones tan interesantes en la decadencia, como otras en su apogeo al diez por

ciento mate, vulgarote y de lugar común. Hay causas perdidas, casi desde el principio del mundo, de las cuales todavía no se desespera, como por ejemplo, la larga lucha entre los ricos y los pobres, que algunos necios consideran eterna, pero que un día vendrá á ser resuelta, ya por la absorción de los ricos en las legiones de los pobres, ó ya á la inversa ; casos que son todavía interesantes y que continuarán siéndolo mientras subsista el desigual combate. Hay casos que han perdido su voga, viniendo á ser tan ridículos como un sombrero de París pasado de moda hace diez años ; casos que perduran en burla monumental completamente fuera de sazón como el de Polonia, pero que son mucho más interesantes que la rivalidad y la lucha entre ingleses y alemanes para ver cual de ellos vende más alcohol y más pólvora que el otro, à los negros de la costa africana. Hay también aún acontecimientos que hace mucho sucedieron, que los hombres sensatos han relegado á que se empolven en los desvanes de su cerebro, pero que interesan ó que repugnan, según que su tendencia sea hacia el éxito ó hacia el fracaso. El fracaso es la única cosa que puede despertar interés en la mente especulativa. El éxito se ha hecho para los millones del mundo trabajador, que ve llegar á Edinburgo desde Londres en ocho horas la locomotora, y se maravilla del último adelanto introducido en sus ruedas, en tanto que el verdadero interés en el asunto está en los esfuerzos olvidados de algún alquimista que ante la majestad de la ley, siempre alerta para quemarle por brujo, teniendo en el oído la estridente carcajada de los hombres de negocios, fabricó su rudo modelo de máquina de vapor y acaso perdió la vista cuando el modelo estallaba.

En una playa desierta de Cuba, no lejos del Caney, hace tiempo encontraron unos viajeros un esqueleto. Las gaviotas se habían posado sobre sus clavículas ; alrededor de los pies, las algas y yerbas marinas se

entretejían á manera de guirnaldas. Sobre los huesos flotaba todavía, con ligeras ondulaciones, todo desgarrado, un uniforme militar español, y en una caja de tabacos cercana al sillón en que estaba sentado el esqueleto halláronse papeles por los que se veía que el muerto había sido un oficial de alto rango. En uno de esos papeles hallábase escrito el santo y seña del día en que había perdido su vida ; mientras los viajeros contemplaban los huesos, un cangrejo se asomó por debajo del sillón. En todas direcciones de la costa hallábanse esparcidos despojos de la pompa y de las cosas pertenecientes á la gloriosa guerra : rifles con los cañones tomados por el orín y las culatas cubiertas de conchas marinas, vainas con espadas dobladas y gastadas, al punto de ser tan sólo ferralla sin valor, restos de uniformes y de correajes, trozos de cadenas de bronce, huesos de caballos arrastrados de las praderas, barridas por los vientos, para sufrir las agonías del transporte en barcos en que se les apiñaba como á las sardinas, y luego abandonados para morir, heridos, en tanto que los buitres les arrancaban, aún vivos, los ojos de sus cuencas. Toda la gloria de la guerra estaba allí literalmente expuesta á la vista, como lección objetiva para servir de enseñanza á los tontos que escriben sobre el valor, si es que esos tontos tuvieran inteligencia para ver ; cureñas medio sepultadas en la arena, Maxims rotos y enmohecidos, daban ese aire de ruina que se halla siempre allí en donde el hombre, á guisa de Titán, se ha puesto á jugar y roto sus juguetes y dádose á la tarea de matar á sus hermanos, colegas suyos en imbecilidad. Y con todo ello nada de dignidad en esa escena ; un escenario inhábilmente arreglado con telones y bambalinas y bastidores baratos, allí estaban tambien pudriéndose las costillas y el marco de lo que había sido la flota del almirante Cervera, cociéndose al sol con los portalones á flor de agua, como ya antes se habían asado en las llamas que los quemaron con sus tripulaciones. Desolación por todas partes ; pero una

desolación mezquina, no de las causadas por el tiempo, por el hambre, por la pestilencia ó por causa alguna que pudiera dar un aire de tragedia, no ; era solamente la desolación causada por aquellos que respectivamente enviaban á sus pobres ilotas á combatir, quedándose ellos tranquilos y repantigados en sus propias casas y en conveniente proximidad para leer las noticias de la bolsa y estudiar las fluctuciones de los valores.

Y así, sentado en su silla, que lentamente se convierte en polvo, estaba el general con el anticuado santo y seña delante, á disposición de cualquier transeunte, como si fuera un anuncio de píldoras para el hígado. Ese uniforme, sin duda su orgullo en un tiempo, hecho jirones, la espada (comprada en casa de algún abastecedor) robada del cadaver hacía largo tiempo y vendida para comprar aguardiente con que emborracharse el ladrón ; pero á pesar de todo eso, aquellos huesos blanqueados por el sol, que en un tiempo habían sido un hombre, eran mucho más interesantes que los conquistadores vivos, con sus aires triviales de insincero triunfo.

El mundo sale á pagar al conquistador con flores y con griterío, pero ese conquistador primero tiene que conquistar y atraer sobre su persona las aclamaciones de la muchedumbre, de esa muchedumbre que no sabe que cientos como él, á quienes aturden con sus ruidos, han fracasado gloriosamente y que ya es bastante tener que soportar lo odioso del triunfo, sin que se agregue la ignominia del aplauso popular. ¿ Quién que tenga una chispa de ingenio en el alma podrá soportar el éxito sin sentirse irritado ? Si no fuera por nuestra suerte, pudiera tocarnos ser de entre los que corren y se desgañitan, bañados en sudor ante el carro triunfal. Al hombre de ingenio que ve estas cosas, debe asaltarle la duda de si el triunfo no lo ha convertido en un paquidermo ante la alabanza, este sublimado que desgasta los ángulos de nuestra dignidad y nos deja lisos para recibir el lodo

que nuestros camaradas arrojan sobre nosotros en su ciega adoración de hechos cumplidos. El éxito es el reconocimiento (principalmente por nosotros mismos) de que somos mejores que nuestros prójimos. Es un sentimiento mezquino estrechamente aliado á la teoría baja de castigo y de recompensa que ha hecho áridas á las fés religiosas, y que hace que las acciones nobles en sí mismas se conviertan en asunto de la calaña de traficantes en aseguros de incendios.

Si es que un hombre expone su vida al peligro con el solo objeto de ganar la cruz de Victoria, ó pasa largos días trabajando en su laboratario, atormentando á perros y otros animales con el solo fin de que al cabo le dén un título de barón, entonces ¡ malditos sean el valor y la asiduidad en el trabajo ! Las artes, las ciencias y la literatura, como todas las demás trivialidades antiguas que los trabajadores ociosos inventan para darse ocupación, desde el momento en que conducen al éxito material, echan á perder á los que las profesan y se degradan al nivel de trabajar por precio, á tantas libras esterlinas la hora.

No hay cosa alguna que pueda mantenerse tan fresca y lozana ante el éxito. Tanto los individuos como las naciones sucumben bajo su influencia, que las vuelve vulgares ; entre todas las naciones de Europa, España es la única que todavía yergue la cabeza, la raza no echada á perder, contenta en cierto modo filosófico de fracasar en cuanto emprende, conservando así la independencia individual de sus hijos. Las naciones que alcanzan el éxito tienen que contentarse con él. Sus ciudadanos no pueden ser interesantes. Tantos cientos de pies de tubería sanitaria por minuto ó por hora, tantos inventos ó máquinas economizadoras de salario, tantos hombres enriquecidos . . . . . Imaginad á un poeta millonario con sus rimas ó un filósofo ahogándose en billetes de banco, en tanto que escribe su último plan de sabia

filosofía. Pero los que fracasan, no importa cuan ingloriosamente, tienen su venganza sobre los pocos que triunfan, porque se levantan de la vulgaridad y porque mueren desconocidos. El minero que perece ahogado por el grisú en el pozo de una mina al querer salvar al camarada vencido por la cerveza que queda sepultado, ese minero no puede ser vulgar aun cuando en vida hubiere sido un ladrón. En cambio, bastantes hombres de éxito, que tienen estatuas en nuestras calles (aparentemente para asustar á los pájaros), y que al morir ocupan columna y media en las enciclopedias de barato convierten todo interés en ceniza por su apoteosis ante el ojo vulgar. Pero el general olvidado, sentado allá en su silla, con los descarnados pies bañados á porfía por las ondas que los lamen, en tanto que sus huesos se convierten en polvo poco á poco, y á ese general nadie podrá convertirlo en cosa vulgar, no habrá ningún necio que pueda coronar su frente con una guirnalda de latón, imitación de laurel, ni habrá tampoco ningún poetastro que cante sus alabanzas en odas quejumbrosas ó en vacilantes trenodias, porque ese general ha entrado por la puerta de la desgracia al reino de aquellos que despiertan la simpatía de los poetas que son mudos.

Como arquetipo del fracaso queda él allí, vigilante de las gaviotas que vuelven gritando á través del espacio, observando los peces que saltan al aire y vuelven á caer con golpe recio en las tranquilas ondas que bañan esa lejana playa tropical.

XI.

PUTUMAYO.

Rio Arriba.

El Padre Gumilla, misionero jesuita, nos ha dejado muchas descripciones curiosas de las tribus indias, tanto del Orinoco como del Amazonas. En aquellos días Sarayacú y Uyacali eran lugares bien conocidos como centros de misiones. Manaos era tan solo un puerto de canoas, en donde se traficaba en pequeña escala. Iquitos, para la mayor parte de las gentes, era tan solo un nombre. Consistía en una casa de misiones y en algunas chozas de traficantes. Solo algunos mestizos, brasileños y peruanos, tenían noticia del Putumayo; los indios vivían allá sus vidas libres, entremezcladas de luchas y de canibalismo ritual, según Gumilla nos los describe. Recuerdo cierta ocasión en que me paseaba por una de esas prisiones zoológicas en que los animales están enjaulados detrás de barrotes ó circulan al propio borde de zanjas demasiado anchas para poderlas atravesar, todos ellos muy fastidiados, lánguidos, pesados, más que hartos de comer y tan aburridos como por lo general lo están los miembros de los cuerpos legislativos. Recuerdo que un amigo que me acompañaba observó: "Se me ocurre con frecuencia que estas bestias son más felices aquí que cuando se hallan en libertad." Lo miré con pena y con asombro, porque por lo demás parecía un hombre racional; apenas habían pasado unos minutos ya se explayaba con los ojos chispeantes sobre la libertad de Albania.

Vió mi mirada y me dijo : " Mi razón es que en el desierto y en los bosques sufren hambre, sarna y heridas, pelean unos con otros y cuando envejecen se mueren miserablemente de hambre." Apercibido de que tenía que habérmelas con un chiflado repuse : " Está Vd. enteramente en lo cierto ; pero por lo menos, allá tienen libertad ; si pelean es entre sí, y hasta ahora no se tiene noticia de que los tigres la hayan emprendido con el exterminio de otras bestias. Tan solo devoran las que necesitan para sustentarse. Es cierto que en este horrible lugar de tortura tienen bastante que comer ; más aun, siempre hay un surtido abundante de boquirrubios que se extasía en contemplarlos ; cuando tienen sarna les restriegan la piel con ungüentos y menjurges. Por tanto, para hacerlos más felices todavía y quitarles todo apetito, para que todo quedara perfecto, ¿ por qué no castrarlos por parejo después de arrancarles los dientes, por qué no alimentarlos por tubos, con engrudo de jugo de carne ? "

Tal es el problema de los indios. Julio Arana se lo sabe de memoria. Cuando lo examinaron expuso : "Estos indios son mucho más libres que nosotros. No tienen negocios, ni comercio, ni preocupaciones, ni las molestias que nosotros tenemos ; se saben de memoria los bosques y los arroyos, como nosotros conocemos las calles en nuestras ciudades y villas." Agregó : " Los indios son más felices que nosotros." Y luego : " Por cosa de trescientos años estos indios se han resistido á la civilización."

Todo esto lo dijo en aquel español insípido, sin entonación, que suele hablarse por allá en aquellos ríos, con el dejo arrastrado que parece innato en todos los que tienen mezcla de sangre india en las venas.

En tanto que hablaba con lentitud y cautela, sin dar la menor señal de vacilación ni de disgusto ante las pre-

guntas que llovían sobre él, especioso, diestro en tergiversar conclusiones, con un aire de dominar la materia de que hablaba, la sala en que estaba reunido el Comité, el nervioso presidente con sus gafas, los abogados con sus pelucas, los representantes de la prensa que tomaban notas, las señoras ataviadas de pieles, todo aquel auditorio extraño, heterogéneo, característico, de gentes que se reunen siempre en los Tribunales, Comités públicos y en todos los lugares en donde no hay que pagar entrada, parecieron desvanecerse en la neblina del Támesis que se filtraba por entre las vidrieras encajadas en marcos alistados de plomo.

Ví otro río, revuelto y amarillo, que corría entre márgenes de suelo aluvial, cubiertas de arboles de madera dura, hasta el propio borde del agua. Aquí y allí quedaban al desnudo playones de arena en que los caimanes se asoleaban; de vez en cuando aparecían claros en el bosque, con la choza de algun traficante, un desembarcadero diminuto con dos ó tres canoas amarradas. A las veces, brotaban de entre la corriente islitas en que los bambús y las palmeras mecían sus penachos al viento como plumas; de las orillas del río volaban loros y tucanes; las garzas pescaban en los iguapés, y los corvejones se posaban en las ramas secas de los árboles. Por entre la espesura de vegetación oscura, de un verde metálico, salían disparadas canoas hacia el río, en cuyos bajos algún indio tendía el arco para flechar los peces. Por las estrechas veredas arenosas veíanse mujeres indias que marchaban en fila, sin más que un trozo de tela blanca sobre sus desnudos cuerpos, y entre los arboles chillaban los micos. A veces me parecía que estaba presenciando una batalla entre dos tríbus y que oía los alaridos penetrantes y el silbo de las flechas entre los árboles. Por terrible que esto parezca, después de la guerra de los Balkanes y de las invasiones, tanto en Trípoli como en Marruecos, sucedía que algunos hombres eran muertos. Se hacían prisioneros y á veces los

torturaban, pero todos morían en su ley. Cruelísima cosa toda ella, diez veces más horrorosa que la idea de aquellos hombres con las entrañas afuera, que yacían hace cosa de un mes, tendidos por tierra, en Tracia y en Macedonia, con las carnes mordidas por el frío, aplastados por las carretas que pasaban, roidos por los lobos y á quienes los cuervos les sacaban los ojos de las cuencas; porque los indios, al fin de todo, no eran cristianos y peleaban porque les gustaba hacerlo.

Julio Arana era el único de los que estaban en la sala del Comité, que había visto á los indios en su estado natural. El único, con excepción de dos ó tres de sus subalternos que se hallaban cerca de él, oliváceos, entecos y tiritando de frío, de mí y de Hardenburg ; y Julio Arana había dicho deliberadamente estas palabras : " Estos indios son más felices que nosotros." Aquí mi espíritu tornó á la sala del Comité. Ví á Julio Arana, alto, de anchas espaldas, de tez color de vientre de caimán, con ojos de indio, pequeños y mates, con botas hechas por algún fabricante de baules, probablemente en Iquitos, y vestido con " ropa hecha," á punto de sentarse de nuevo después de habérselas tenido con sus examinadores.

Era imposible no admirar su incomparable audacia. Su rostro duro, de largas y aplastadas mandíbulas, era el de un hombre fuerte, tal vez no en sentido intelectual, pero sí astuto, recursivo, despiadado y atrevido. Su mandíbula inferior, recia como la de un gorila, se diría que podía trozarle á uno la mano como una trampa de acero. Su cráneo daba la impresión de que sería posible golpearlo con un hacha hasta cansar el brazo, sin hacer más impresión sobre él que si se tratara de un tronco de guayacán en un bosque tropical.

Entre brasileños, colombianos y peruanos, cuando se

habla de Arana todos sonríen y dicen : " Ah sí, ¿ Arana, no ? es el cauchero." " ¿ Cruel ? " pregunta Vd. " No es cruel personalmente, hasta donde se sabe; es un cauchero, y para sacar caucho no se puede andar con guantes."

Así, pues, Julio Arana en la carne, empaquetado en su sombrero y su vestimenta, el audaz peruano, untuoso y sagaz, con aquel su cerebro travieso empotrado en un cuerpo de atleta, se alejó de mi espíritu, en el que había dejado tan hondamente grabada su imágen. Se alejó de la sala del Comité sin una mancha siquiera sobre su . . . . . habilidad, después de haber confesado este hecho importantísimo : " que había habido atrocidades, aunque se las había exagerado en la relación." Sin duda que la mayor parte de las atrocidades son matizadas por los que hablan de ellas. Sin embargo, la indignación natural de los testigos no mitiga el crimen.

¿ Qué importa que las víctimas de la Inquisición se contaran por miles ó por decenas de miles ? Calvino será maldecido por toda la eternidad, y no quemó sino á un hombre, maldecido por todos aquellos que juzgan que todas las almas de la humanidad, contando desde la creación, hubieran sido salvadas á precio demasiado alto, si hubiera sido preciso forzar á un solo hombre pasar por el fuego para lograrlo.

Arana se levantó de su sitio, se inclinó y salió ; en el corredor se detuvo á hablar por medio de un intérprete, con un candoroso sacerdote irlandés. Este buen hombre le daba las gracias en su dialecto característico por las bondades que los agentes de Arana habían tenido con ciertos jóvenes frailes franciscanos que hacía poco habían desembarcado en Iquitos. Arana sonreía mostrando una fila de dientes blancos y fuertes, que habrían lucido bien en la mandíbula de un tiburón. Hizo ademán de

apartar la idea de los frailes de sí con un ánimo como el de Cromwell al apartar la corona. Luego, sin mirar á izquierda ni á derecha, prosiguió á lo largo del corredor pseudo-gótico, seguido de su pandilla.

Después le tocó su turno á Hardenburg, el hombre á quien Europa y América deben el conocimiento de los hechos. "Métete á redentor y te crucificarán," dice el adagio, y esto es tan cierto hoy como lo fue hace diecinueve siglos en Galilea. Pobre, desconocido, acusado de falsificación y de tentativas de estafa, pues todas las revelaciones sobre el tratamiento que se daba á los indios eran condenadas como tales por Arana y por los de su casta, — cuando ocupó su puesto en la mitad del semicírculo en la sala del Comité, todos inclinaron el cuello para ver qué clase de hombre era. Así como Arana habla un español lento y deshuesado, así Hardenburg habla un inglés, de nuestro occidente, lento también. Tal vez el clima hace que todos los hombres de raza europea que nacen en América hablen con lentitud, como arrastrando las palabras. Los ingleses, portugueses, españoles, brasileños, argentinos y mejicanos, ó lo que se quiera, todos hablan poco y lo hacen con lentitud. Hardenburg es un hombre pálido, con la palidez de los europeos del norte de Europa que han tenido fiebres tropicales. Tiene los ojos y la piel oscura ; empieza á encalvecer ; lleva toda la cara afeitada y sabe dominarse ; se sentó y permaneció impasible como una esfinge.

Llevaba un traje de serga, un poco usado, ajustado al cuerpo, que le daba un aire de soltura, no del todo americano, pero no inglés tampoco, y que al mismo tiempo parecía sugerir la idea de que el que lo llevaba había vivido mucho tiempo en países cálidos y estaba acostumbrado á botas delgadas y á trajes lijeros. No llevaba sobre sí nada que atrajera la mirada, con excepción de una piedrecita cuadrada de *venturina*, que es un mine-

ral conocido en el Pacífico como "piedra de oro," que pendía de la cadena del relój.

En breves palabras y de una manera definitiva disipó los cargos de tentativa de estafa y de falsificación; apenas se ocupó de paso de las atrocidades, refiriéndose de vez en cuando á pasajes escritos en su libro. Nadie lo había obligado á presentarse. Vino como Arana había venido, por su propia voluntad, del mismo modo que tres ó cuatro años antes, desconocido y sin amigos, se había presentado en las oficinas de *Truth*. Contestó á todas las preguntas que se le hicieron, con brevedad y precisión, con el acento marcado de su tierra nativa y en voz agradable; su examen no tuvo nada de sensacional, y los que fueron á escucharlo esperando oir una narración de horrores ó ataques violentos á Arana, quedaron chasqueados. El interés de este hombre residía en él mismo, no en los hechos que se sacaban á luz ante el Comité de la Cámara de los Comunes.

En tanto que hablaba me parecía verlo cuando era ingeniero en el ferrocarril del Cauca, en Colombia. Con los ojos del espíritu lo veía alquilar caballos á algunas leguas de Buenaventura, no lejos de la costa del Pacífico. Lo seguía por el camino á Pasto, pasando por Popayán. "Todo el mundo es Popayán," dice el proverbio. Ya es facil imaginar las curiosas y rancias haciendas en que se detuvo en el camino hacia esas dos históricas ciudades, tan clericales como las que más.

Sin duda al caer de la tarde, sintiendo aquel dolor sordo entre los hombros, que sobreviene de largos días á caballo al "trotecito," muchas veces divisó algún grande y viejo edificio en la distancia. Penetró por el portal, cruzó el zaguán y se encontró en un gran patio, como de un caravanserrallo oriental.

Contra las paredes del patio se extendían enramadas cubiertas con tejas rojizas. Se apeó en una de ellas y ató

las bestias. Después de haberlas dejado refrescarse, él ó su peón las llevaban á beber á la pila en mitad del patio, y después salían á buscar alimentos para sí, y pasto para los animales. A veces le tocaba un cuartito enjabelgado con un poyo de material en un rincón en que tendía la cama. A veces colgaba una hamaca entre los postes de la enramada ó encendía fuego y se tendía al lado después de cenar y de echar un cigarro. Ya le tocaba trajinar á través de los bosques, en semi-oscuridad, bajo la sombra de árboles gigantes, entrelazados con fuertes bejucos que parecían jarcias de navío. A veces el camino se encaramaba monte arriba por veredas en que tropezaba á cada paso, empapado de sudor y arrastrando á su cabalgadura en pos de sí ; luego seguían días en llanos escampados, que el sol convertía en hornos y en que el calor brotaba de la tierra hasta encontrarse con el brillo encendido del cielo. En las viejas villas descansaba probablemente un día ó dos, vagando por las calles ; veía el mercado de los indios, con su muchedumbre de gentes silenciosas, sentadas delante de sus bártulos, ó se entraba á las iglesias frescas, sombrías, y se sentaba exhausto por el calor.

Su llegada apenas despertaba una leve sensación. Los curas le preguntaban si era cristiano, y le contaban, tal vez con orgullo, que inmediatamente antes de la batalla de Boyacá, Bolívar, no encontrando quien ayudara á misa, montó á caballo y dijo : " ¿ Hay alguno en las filas que sea de Popayán ? " Y cuando salieron adelante tres ó cuatro soldados, dijo : " Está bien ; tú, Pepe, anda á ayudar á misa." Al llegar al fin del largo camino á las cabeceras del Putumayo, hubo de alquilar una canoa y de buscar remeros. Hasta entonces le había tocado viajar por una región tan tranquila como Devonshire, pero ya cambiaban las cosas. De camino, río abajo, canaleteando con la corriente, descansando entre las diez y las tres para sacarle el cuerpo al calor, y por la noche arrastrando la canoa, dejándola mitad fuera del agua, en

algún claro, por temor de los tigres, le sucedía cruzarse con algunas tribus de indios.

Al principio los indios, enteramente salvajes, sin costumbre de ver caras blancas, lo trataban con confianza; pero después, poco á poco, la vista de sus canoas bastaba para hacerlos escaparse á los bosques.

Como ignoraba por completo lo que estaba sucediendo en los distritos caucheros, todo esto le asombraba, sin impedirle que siguiera remando río abajo. Al fin, en una tarde calurosa, la "Iquitos," que era una lancha de vapor, pasó á su lado siguiendo la corriente; las gentes que la tripulaban se dieron á gritarle, y uno de ellos disparó un tiro que cruzó la proa de su canoa. La lancha pasó de largo y Hardenburg, que se había acercado á la orilla, comenzó á pensar si sería mejor desembarcar é internarse en la maleza.

Luego, navegando á pleno vapor río abajo, inmediatamente después de tomar por las armas á La Unión, con su tripulación ébria de ron nuevo y de sangre humana, bajó la lancha "El Liberal."

Lo demás es historia, y la prisión de Hardenburg, su descubrimiento de los horrores que acontecían y su libro, todo eso lo sabe el mundo entero.

Lo que generalmente no se sabe es que por allá, aguas arriba, existe un vasto sistema de grandes bosques, divididos por ríos, que á veces desbordan formando un vasto lago de muchas leguas de extensión. Allí los pocos sobrevivientes de los indios del Amazonas, son presa de la hez del mundo entero, porque la vil ralea de mestizos que se encuentra en esa tierra, que no es de nadie, situada entre las tres Repúblicas, no se halla igual en ninguna otra parte del mundo.

En 1670 el buen Padre Figueroa, que fue martirizado

por los Cocumas, precisamente en la confluencia del Huellagas y el Apuré (afluentes del Amazonas), en su "Relación de las Misiones de la Concepción de Jesús en el país de Maynas," advirtiendo que Dios solo sabe los ocultos designios de la Divina Providencia, dice: "Puédense contar los daños que padecen por una de las más penosas y graves dificultades que tiene el Santo Evangelio en estas partes. Porque se ha experimentado que cuando se les entra por sus casas la luz del cielo, la siguen las tinieblas y horrores de pestes y mortandades lastimosas. Estas se ocasionan principalmente, como he tocado en varias partes, á las primeras vistas de españoles, cuyo baho parece les infunde pestes . . . . Destas vistas y enfermedades se ha seguido el consumo de la mayor parte, que es más de la mitad y no sé si diga que los dos tercios, de la gente que se ha hallado en las naciones que se han pacificado, y de las pestes que se han continuado y les entran por la comunicación con españoles y tierras fuera de las montañas."

En verdad que los caminos de la Providencia son difíciles de sondear. Solo un niño — y los que han nacido con la fe, como había nacido el Padre Figueroa, son niños hasta el fin — pretendería tratar de sondearlos ó hacer otra cosa que maravillarse ante lo insondable del gran plan.

Selva y selva y más selva, ríos y pantanos y más ríos y más pantanos, palmas de Moriche, Tacamajaca, Pishuayo y Guayacán, millones de árboles de madera dura y bambús con penachos como plumas, una inmensidad de lodo y de barro; un tablero de ajedrez, cortado en cuadros colosales por ríos caudalosos; un sol que brilla perezoso por entre el vaho de los pantanos; un mundo de sinsontes, de loros, de flamingos rosados y de guacamayos que vuelan como halcones por el aire denso y tranquilo; un mundo en que los micos chillan, y los dantas se mueven haciendo crugir la maleza, y el gran manatí flota

entre dos aguas sobre la corriente, y los insectos zumban con el runruneo de un tom-tom en una noche tropical. Tal es el Putumayo.

Allí muy escaso lugar le toca al hombre ; le corresponde un puesto tan humilde como el que ocupa en la humanidad ; pero el puesto que le correspondía lo llenaba con felicidad según sus luces. El destino de esos hombres yace en los regazos envueltos en vicuña de los miembros de aquel Comité, que conocen la ciencia del bien y del mal, como si fueran dioses.

La suerte de estos pobres indios está en manos de los miembros de ese Comité. La suerte de esas tribus á quienes el buen Padre Figueroa les trajo, según él, la buena nueva de una gran dicha, y á quienes Julio Arana les ha traido el látigo.

(Traducido de *The Nation*).

XII.

SU PUEBLO.

VEINTE años justos han pasado desde que no ve las calles que le fueron tan familiares.

Han corrido años — años de calor, de trabajo rudo, de largas horas monótonas consumidas en el escritorio de Zacatecas ó en dilatados viajes á Tampico, Méjico y Acapulco. Hecha ya una fortuna, y agotado en hacerla el tesoro de su juventud, se embarcó al fin para Santander. Lo inhabitual del océano; las gentes, tan bien vestidas; las mujeres, mucho más hermosas que las hijas del gobernador de Zacatecas; el extraño refinamiento de los camarotes; las ceremoniosas comidas; la orquesta; las fútiles diversiones de los pasajeros; las incontables trivialidades de la vida europea, convertidas por los europeos en reverenciados fetiches, en ídolos forjados á su imagen y semejanza: todo eso despertaba en él, como pudiera despertar en un árabe traído de sus llanuras nativas, una mezcla desconcertante de envidia y de desprecio.

En las tranquilas noches tropicales, paseándose en cubierta bajo los toldillos, dábase á imaginar el aspecto de Toledo, cuando él llegara; y en el tiempo borrascoso, al acercarse á España, se preguntaba si encontraría á Toledo muy distinto. Jugando al tute en el salón de fumar, con un cigarro medio mascado entre los dientes, dejaba de prestarle atención al juego, con no poco disgusto de los jugadores, y otra vez, como de muchacho,

veía la ciudad castellana, roja como el ocre, barrida por el viento, austera, coronando las rocas á cuyo pie rodaban las amarillas aguas del Tajo.

"¿La encontraré — pensaba — más pequeña, ó más grande, ó más ruinosa? ¿Habrán crecido tanto los árboles de la Alameda, que yo no los reconozca?" Y luego se reía de sí mismo, pues sabía que Toledo no puede cambiar. Se preguntaba cuántos de sus amigos estarían vivos aún, y ya le parecía ver la cara que pondrían sus conocidos al decirle, como le dirían sin duda: "¿Qué, Juan Icázar? Ah, sí, sí, el hijo de Pedro y de María, que en paz descansen. Pensábamos, hombre, que hacía años te habías muerto." Luego, como en un sueño, creía entrar en la tienda del viejo Higinio Guarrazas, en la propia esquina de la Calle de las Armas, donde otro tiempo contemplaba maravillado las cajas de sardinas, los frascos de aceitunas, el bacalao de Islandia, los macarrones y todos los maravillosos productos de ultramar, que llenaban el almacén y hacían de él un sitio encantado.

Allí estaría Higinio, por supuesto. Acaso tendría las espesas patillas un poco más grises y los tupidos cabellos enteramente blancos; pero allí estaba, por de contado, fumando su pitillo y apuntando las ventas en el diario, mientras los dependientes corrían atendiendo á los compradores. Recordaba que justamente al frente de la tienda había un pasaje abovedado hecho por los Moros, los infieles, los enemigos de Dios y de la fé.

Todo eso era una realidad para él, pues lo traía grabado en la memoria desde la niñez. Tan vivo era su recuerdo, que le parecía estar en la terraza, abajo de la Puerta del Cambrón, y dominar los barrios de Antequeruela y Las Covachuelas, cuyos tejados formaban largos cobertizos de color oscuro. Allí estaban, justamente bajo sus pies, el Alfar Blanco, donde se fabricaba alfarería blanca y porcelanas, y los otros dos alfares donde él había juga-

do de muchacho. Todas aquellas eran cosas reales y sus cimientos era tan hondos como los del universo; en cambio, los largos años de brega, de lucha y de fatiga en Méjico, las horas de modorra y de calor asfixiante mientras llegaba la brisa de la tarde, no eran ya sino el recuerdo de una pesadilla. Parecíale que otro hombre, no él, había hecho aquellas largas y polvorientas correrías á caballo, con el rifle bajo el muslo, sujeto atrás de la silla el rayado sarape y cubierta la cabeza con el sombrero poblano (¿ y por qué,— decía, — si el jinete quedaba como pintado sobre el caballo, los mejicanos sonreían al verlo pasar y murmuraban 'Chapetón' ?). Todo esto le parecía irreal ; todo, menos la jugada de Bolsa que, tras varios años de negocios afortunados, le había dado al fin independencia.

El vapor estaba más cerca de España día por día. Paseándose en la cubierta, meditaba en lo porvenir, que el pasado lo había puesto en olvido, como olvida uno el oboe de un mosquito luego que despachurra al músico contra la pared. Algunas veces recordaba al viejo Antonio López, que salió de las montañas de Santander tan pobre y desconocido como salió él de Toledo, y fué enriqueciéndose y llegó á establecer una línea de trasatlánticos, en uno de los cuales volvía ahora Icázar á su tierra. No poco sería el gusto del viejo López, cuando tras luengos años de esclavitud en la Habana, se vió dueño de un buque y cuando, ya hecho senador, se reunieron las gentes, guiadas por el Obispo y el clero de la diócesis, en la plaza de su aldea para darle la bienvenida, con flautas, cornamusas y bueyes coronados de flores, inclinados todos ante el becerro de oro, que se había encarnado en él. ¿ No eran semejantes sus vidas y sus carreras, y qué impedía que tambien Icázar llegara á Senador ?

Ya se veía en casa de D. Adolfo, el boticario, donde solían reunirse el anciano Doctor Guarrazas, algunos

canónigos de la catedral, el librero y otros cuantos notables. Quitándose el sombrero con un ceremonioso, "Muy buenas tardes," les diría: "A propósito, ustedes conocieron á Pedro Icázar, que tenía su casa en Las Covochuelas, eh?" Luego con indiferencia: "¿Y qué hay de su hijo Juan, el que se fue para las Indias? ¿Está vivo, creen Vds., ó lo matarían las malditas fiebres de esas tierras?" Así, discretamente, porque nunca es bueno hacer las cosas de sopetón. Después que todos á la redonda hubieran respondido: "Sí, señor, conocimos á Pedro Icázar, ya lo creo, y á su hijo Juan también," él se tocaría el sombrero y replicaría: "Pues yo soy ese Juan, para servir á Vds. y á las gentes honradas."

Sería grato evocar viejas memorias (él sabia que el último de sus parientes había muerto mucho antes); gratísimo decirles "Caballeros, voy á ofrecerles una copa de champaña"; pedir luego "Codorniú" de diez francos la botella, verlo chispear en las copas y mirar los rostros de sus amigos iluminados de placer.

Los demás pasajeros, que eran casi todos comerciantes ricos, procedentes de la Habana, Cartagena, Tampico y Puerto Limón, lo tenían por raro y decían que "Icázar oía campanas y no sabía dónde." Luego lo dejaban entregado á sus sueños, á sus silenciosos paseos sobre cubierta y á la reconstrucción mental de aquella Toledo que él había conocido tanto, rojiza, barrida por el viento, melancólica, orgullosa en su decadencia; viuda de los godos, los romanos, los judíos y los moros; retraída en su luto altanero; joya perdida en los suelos de una buharda con las facetas rotas y empañado el engaste por el orín.

Los helados vientos de Europa lo enfriaban hasta los huesos y temblaba en sus ropas delgadísimas, hechas para los trópicos. No por eso dejaba de recordar con cierto orgullo que en su niñez solía andar con la cabeza

descubierta en las heladas que agarran á Toledo como una faja de acero y les pinchan las carnes á los habitantes de aquellos casarones de aspecto de barracas, mientras esperan el sol, envueltos en sus capas, cerca de un brasero. Las marsoplas que jugaban alrededor del buque le traían á la memoria los búfalos que había visto en Chihuahua y en Nuevo Méjico. Al aproximarse á la costa veía pasar los vapores cambiando señales entre sí; los indianos que volvían echaban miradas de aprobación y comentaban que "El comercio . . . . . sí señor . . . . . era la palanca con que los hombres movían el mundo . . . . . es decir, el comercio y el vapor, pues después de todo, donde hay comercio, hay progreso . . . . . Sí, señor . . . . . que viva el comercio . . . . . y el vapor." Y como todos ellos se habían graduado de "progresistas" en Nueva York, pedian "*whiskisoda*" y brindaban por España, por el vapor, el comercio, las mujeres, los ojos negros y los toros. A medida que bebían, iban desempacando sus recuerdos de los trópicos y de las mujeres que habían conocido en Mazatlán ó en Salina Cruz (y aquí encajaban unas cuantas anécdotas sobre las muchachas de Zapotecas, apócrifas casi todas) ó en Cienfuegos ó la Habana. . . . . Ah, sí, la Habana. . . . . ¡Qué tierra aquella! . . . . Sus muchachas mestizas, sin pizca de vergüenza, pero muy agradables, de tal manera almidonan las enaguas que, plantándolas en el suelo, se tienen en pie como un tonel.

Elogiaban aquella extraña bebida y con instancia se la recomendaban á Izácar como remedio para la melancolía. Ni le gustaba, ni lo ponía alegre. Diéranle á él cierto vinillo, que había conocido en sus mocedades, de Viña Cañas ó de Vargas, no recordada bien el sitio. Lo que sí recordaba bien era que las mujeres de Vargas solían andar á pie, con los zapatos en la mano, las dos leguas largas que hay hasta Toledo, siempre al pie del borrico, según decía él.

Allá lejos aparecieron al fin los nebulosos montes de Asturias, coronados de nieve y al parecer suspendidos entre el cielo y las aguas. Luego se fueron acercando poco á poco; y al alzarse la niebla, dejó ver la costa cantábrica, riente, cubierta de viñas hacia la playa y sembrada de aldeas blancas que anidaban en las colinas. Arriba, bosques de castaños; luego los pinares y después grandes masas grises de calizas, que insensiblemente se iban perdiendo entre la nieve.

Acá y allá se veían barcos pescadores, con sus velas curtidas y puntiagudas, como alas de tiburón. Luego, larga y desparramada, la ciudad de Santander; El Sardinero, con sus casetas de baño; las quintas blancas y sonrientes, tras de los árboles. Izácar no era dueño de sí; la sangre se precipitaba en sus venas y los ojos se le arrasaban de lágrimas.

Luego que desembarcó en el malecón, aunque todo le era familiar, todo le parecía raro. Acostumbradocomo estaba á la honda separación que en Méjico establecen las diferencias de color, le chocaba ver que cristianos blancos anduvieran agobiados bajo la carga y fueran mandados como negros. Los carabineros, con sus guantes verdes y sus conocidos uniformes, le trajeron un recuerdo grato; pero aun en eso se advertía que su tierra no había progresado. Los lustrosos bueyes, de color de rata, uncidos á carros chirriadores, cuyas pesadas ruedas giran juntamente con los ejes y no andan más de dos millas por hora, le hicieron recordar á Zacatecas, donde vió elegantes Milburns de fabricación yanqui, tirados por parejas de mulas. En cambio, los gritos guturales y ásperos de los aguadores y vendedores de pescado le sonaron como canto de ruiseñor, pues le traían recuerdos de su casa, de su niñez y de notas semejantes que había oído en la desolada ciudad de su nacimiento.

Excepto él, nada había cambiado. Los hombres se

paseaban, como antes, envueltos en sus capas, sacando por entre el cuello una mano, manchada por el humo del cigarrillo, para sujetar los pliegues á la altura de la boca. Las mujeres, siempre vestidas de negro, seguían saliendo de la iglesia, acompañadas de sus doncellas; y ya en la calle no faltaban holgazanes que las desvistieran con las miradas y las dijesen á media voz requiebros que les ponían fuego en las mejillas y en los negros ojos; ellas aparentaban no oír, pero guardaban cada palabra en la memoria, como justo homenaje á sus encantos. Echaba de menos la suavidad que, debido al clima ó á las razas, han ganado en América las dos ramas de la lengua española, y hallaba dura y poco refinada el habla de su tierra. Podía ser, pensaba él, que fuera vicio del oído; y luego, en el Norte hablan abominablemente; pero ya llegaría á Toledo y volvería á escuchar el legítimo toledano, cadencioso, claro y con ese algo misterioso que para uno tiene la lengua de su casa. La estación del ferrocarril estaba un tanto ruinosa; se perdía mucho tiempo en la taquilla; había pocos avisos y eran ó de compañías de navegación para emigrantes, ó á veces de toros, adornados con el retrato de alguna famosa bailarina, como la Chirigota, puesto un sombrero de hombre en la cabeza, casi cubiertas la frente y las orejas por el peinado, y con ese mirar inequívoco de la prostitución gitanesca.

Eso podría ser debido, pensaba, á falta de "ilustración" ó de buen gobierno: ó tal vez con la ausencia él se había vuelto extranjero y veía las cosas á una luz equivocada. Sentado en el vagón, veía el tren deslizarse hacia las Fraguas, hundiéndose en el interior de las colinas y despertando los ecos con sus silbidos. En los campos de trébol y de alfalfa, los ganados volvían á mirar perezosamente, con sus ojos de color de berilo, mientras rumiaban, llenos de verde espuma los labios.

Las largas paradas en las estaciones le permitían vol-

ver á oír los gritos de los que anunciaban agua, leche, nueces ó chocolotes de Matías López, el del Escorial ; y podía notar que nada había cambiado desde la época en que, siendo muchacho, había pasado él á sacudones en un carro de tercera para el puerto.

Solo había de nuevo unos cuantos árboles de caucho, plantados cerca de las estaciones, en los cuales zumbaba el viento, y que, en la calma del rededor, formaban un oasis de vulgaridad. Ondulando como una serpiente, el tren iba subiendo de las montañas á la llanura central, que resguardada al oeste por lejanas colinas, se extendía hasta perderse de vista, bronceada y barrida por el viento.

Al fin se sentía en su hogar. Largas filas de campesinos se dirigían á los campos, montados en mulas y en borricos. Bajo los rígidos sombreros negros, traían pañuelos pintarrajados, cuyas puntas se anudaban de modo que parecían turbantes ; sus oscuros capotes y vestidos se confundían con el color general de la llanura, como se confunden los conejos y las liebres en los campos en rastrojo. Un caballo vendado con un jirón de tela, que andaba en círculo perezosamente, movía la noria ; Izácar veía el vapor que se levantaba de los terrones calientes, allí donde los tocaba el agua, que caía de los canjilones á la canal y de la canal al suelo.

El color de la tierra era cada vez más oscuro, y las blancas poblaciones de las alturas tenían aspecto cada vez más africano.

Anocheció cuando el tren iba entre Arévalo y Avila, en la mitad de la llanura castellana. Barrida por los vientos, melancólica y austera como sus hijos, glacial en la estación fría y un infierno en el verano, ocupa el centro de la Península, y se halla separada de Europa por grandes cadenas de montañas. Con sus torres y su iglesia encastillada, dormía Avila á la luz de la luna,

como ha dormido por centurias á la luz del sol. Resoplando y dando alaridos se dirigió el tren al Guadarrama, por un desierto salpicado de rocas erráticas y de bosques de pinos, que al través del humo blanco y ondulante que vomitaba la locomotora al vencer vigorosa las pendientes, aparecían fantásticos como el paisaje de un sueño. En la altura fulgía como acero el Escorial, grandiosa epopeya gris imaginada por Felipe el Prudente en su vejez; y cuando la aurora tiñó de rojo las remotas montañas de Toledo, allá contra el cielo se dejó ver Madrid, la muy leal, la villa del oso y del madroño. De todos lados corre libremente la estepa alrededor de la villa, como si en un mar oscuro hubiese una isla cuyos flancos se hundieran sin transiciones en las ondas, sin que barrio alguno se alargue de la ciudad al campo, á manera de tajamar.

Tras corta parada allí, siguió Icázar hacia su Meca del Tajo, contando las estaciones y los minutos que pasaban, oscilando con angustia entre el placer de volver á ver la ciudad nativa y el terror de que todo hubiera cambiado y sus amigos no se acordaran de él. Las estaciones pasaban con la lentitud de los años transcurridos en Méjico. Al fin llegó el tren á Algodor, donde se junta la línea de Aranjuez con la de Madrid. Icázar se sintió cerca de su casa, y, dejando su asiento, se paseaba en el vagón, como lo hiciera un marino sobre cubierta.

Pasaban ante sus ojos aldeas que él creía haber olvidado.

Allí estaban, á darle la bienvenida, iglesias con que había soñado estando muy lejos.

Todo estaba igual. Recordaba hasta los ganados que pastaban en la llanura, conocía que eran de la fiera raza de Veraguas, y sentía deseos de tenderles la capa cuando el tren pasaba cerca de ellos con lentitud.

Luego, como una nube blanquecina, sobre una altura pareció á sus ojos Toledo. Como abejas apretadas alrededor de la reina, se apiñaban las casas en las rocas bajo el alto Alcázar, ceñudo, cuadrado, erecto sobre la arriscada cumbre. Todo estaba igual ; la aguja de la alta catedral se alzaba allí todavía y el Tajo seguía fluyendo bajo los muros en el profundo tajo de las rocas.

Todo le era familiar. En pie, fascinado, con una colilla de cigarro en los labios, lo iba reconociendo todo sin esfuerzo, á medida que el tren avanzaba dentro de la ciudad.

Llama un coche y, como quien conoce el sitio, ordena :

— Al Hotel del Pino.

— Si el Hotel del Pino está cerrado desde ahora diez años, — le contesta el cochero, mirándolo con el asombro de quien oye hablar familiarmente de cosas ya olvidadas.

— Está bien ; entonces, á la posada de las Figueroas, Calle de la Cruz.

— Há tiempo murieron las Figueroas, — dice el cochero. — La última de ellas, á quien llamaban la Niña á pesar de los sesenta y cinco y pico, vive ahora en un pueblo llamado Navalmoral de Pusa, á pocas leguas de aquí.

Ordenó Icázar que llevaran su equipaje al mejor hotel de la ciudad ; y contrariado, como quien ha esperado largamente á un amigo que faltó á la cita, echó á pie por entre el polvo de la calle. Le parecía que nunca se había ausentado del lugar, y que no era perdonable la conducta de las Figueroas y del dueño del Hotel del Pino. Haciendo ruidajo al tropezar contra los piedras, y llenándolo de polvo, pasaban los desvencijados ómni-

bus de mulas; y sentadas á la vera del camino, las mujeres tenían agua en tinajas rojas, tapadas con una tabla, sobre la cual había vasos, limones y rosquetes empedrados de alcaravea, que parecían argollas para jugar al tejo.

Por mero instinto se detuvo sobre el puente, que está defendido por la Puerta del Cambrón, y dejó caer una piedra en las arremolinadas agua del río, justamente como solía hacerlo veinte años antes, por pasar el tiempo, cuando iba á hacer mandados. El ¡ chum ! de la piedra en las aguas lo despertó de sus sueños; y mientras miraba cómo se iban ensanchando los círculos en la amarilla corriente, oyó atrás la conocida súplica de "Por el amor de Dios." Al volverse, creía encontrar uno de los mendigos que él recordaba de otros tiempos; más aunque éste traía harapos color de ladrillo, ocultos bajo una capa andrajosa, era de cara desconocida, y estuvo á punto de contestarle " Perdone, hermano ; " pero cambió de parecer y le alargó una peseta, en gracia de su regreso á la patria. Con tantos "¡ Dios le pague y lo bendiga ! " cayó en la cuenta Icázar de que estaba en tierra donde casi todos dan limosna, pero nadie da con profusión ; y siguió andando sintiéndose extraño en la tierra de su nacimiento, con todo y conocer cada piedra en el tosco piso del puente. Los muchachos se iban tras él y le ofrecían guiarlo por la ciudad. Él los rechazaba con indignación, y decía conocer á Toledo mejor que todos ellos ; pero al hablar, él mismo notaba cuánto había cambiado su lenguaje durante su larga residencia en América y cuán distinto era el lenguaje de sus paisanos. Mientras subía una calle empedrada y en loma, se detuvo á tomar aliento bajo la puerta donde, según cuentan las crónicas, se conserva todavía, bajo la clave del arco, la calavera del alcalde que, violando la fe depositada en él, ultrajó á dos pobres mujeres que encontró en el campo. Como quien topa con un viejo amigo, volvió á ver con regocijo aquella piedra, donde están esculpidas las mu-

jeres, con una cabeza recién cortada entre las dos, como prueba de que hubo un gobernador que supo hacer justicia y quiso dejar de ella aquel testimonio imperecedero.

Al llegar á la Alameda, justamente al borde de la escarpa que se levanta sobre el río, alzó á mirar los árboles y vió con placer que estaban más altos y copados. Les daba palmaditas á los troncos, como si pensase que ellos podían sentir y corresponder sus caricias.

Tomó asiento, apoyando el cuerpo contra la verja, cruzó los brazos y, con la colilla del cigarro en la boca, miraba y miraba lo que tanto había vivido en sus recuerdos. Nada había cambiado. Allá abajo, Antequeruela ; las Covachuelas bregando por treparse á la colina ; ambos mirándolo y ambos sonriéndole la bienvenida. Verdad que las casas le parecían más pequeñas, más derruídas y manchadas por la intemperie. Una sobre la cual cayeron sus ojos, llevados por el instinto, estaba allí todavía, sombreada la puerta por aquella extensa parra donde él había cogido las uvas más dulces del universo mundo. Los muros, de amarillo rojizo, un tanto verdosos por el lado expuesto á la intemperie, no parecían haber envejecido ; y atrás el corral de las aves, coronado por un follaje de caléndulas, tal como él lo recordaba, seguía recociéndose bajo el sol. El Alfar Blanco estaba allí bajo sus pies ; el humo ascendía crespo de los hornos ; una fila de borricos cargados de leña estaban esperando pacientemente á la puerta, tal como esperaban veinte años antes.

Nada había combiado. Levantándose de su asiento, sacó otro cigarro, lo encendió, y antes de marcharse á su hotel quiso visitar á algunos de sus antiguos amigos y darles una sorpresa, valiéndose de su conocimiento de la ciudad, antes de revelarles su nombre.

Como el caballo á quien se suelta en la pampa, sin vacilar un segundo, toma el camino de la casa, así Icázar

tomó automáticamente la vía más corta para llegar á la inclinada y pedregosa Calle del Alfilerito, pasando por la puerta de un edificio antiguo que fué mezquita primero, sinagoga después y consagrada al fin como iglesia cristiana, bajo el nombre de *El Cristo de la Luz*. De tal modo volvía á sentirse en su antiguo Toledo, que no se habría sorprendido si hubiera encontrado que salían otra vez gritando de la escuela gentes que él sabía estaban ya enterradas ó tenían nietos á la sazón. La empedrada callejuela salía á la plaza, con sus galerías de columnas, sus aceras altas y sus largas filas de tiendas. Iba á partir la diligencia para Vargas, atestada, como antaño, de campesinas con atados, entre las cuales iba apretujado un clérigo, que fumaba y se frotaba la cara con un pañuelo rojo. Las mismas mulas ; los mismos caballos apocalípticos, enjaezados con cuerdas y tan flacos que parecían tenerse en pie por mero equilibrio ó recostándose uno contra otro ; el mismo conductor, con aire de bandolero, sin afeitarse, con chaqueta negra de felpa y botones de plata, sentado en el pescante, empuñaba un enorme mazo de riendas y jugaba con el pie sobre el breque.

Chillando como pericos en el maizal, los muchachos voceaban periódicos de dos ó tres días antes ; las gentes sentadas gozaban del sol, envueltas en sus capas para resguardarse de la brisa que soplaba de las colinas. Icázar recordó que en su ciudad nativa se hiela uno por un lado á tiempo que por el otro lado se está tostando con el sol, y, sin darse cuenta de ello, se alzó el cuello del sobretodo para evitar el viento.

Enfiló luego por una callejuela que sabía él había de conducirlo á la Calle de las Tiendas ; por supuesto que, según la costumbre del lugar, cruzó por entre las columnas de la galería, para evitar el ángulo de la esquina. Recordaba perfectamente las callejas por donde iba, los arcos moriscos, las ventanas con sus celosías de madera

y herraje de la Edad Media, las casas con sus pesados sófitos de madera tallada por los Mudéjares, que son monumentos de arte, y hoy se derruyen expuestos al sol del verano y á las heladas del invierno. Acostumbrado como estaba á la limpieza de Méjico y al aspecto de riqueza que se advierte en sus ciudades, le chocó al principio el abandono de aquellos edificios, que hoy estaban exactamente como los había visto cuando él era joven. Algunos extranjeros, libro en mano, se detenían á admirar aquello, con la cara medio avergonzada que ponen los visitantes cuando se paran á observar un edificio en una ciudad extraña ; al encontrarse con ellos, Icázar no podía menos de sentirse dueño, y ya quería acercarse á informarlos de todo y á decirles lo que debían ver.

Sin equivocarse llegó á la Calle de las Armas, pasando por una docena de callecitas, tan empinadas que apenas puede uno subirlas, y tan estrechas que estorba el paso una mula que se detenga en una puerta á descargar los sacos de carbón. Allí estaba la tienda de Guarrazas, con su letrero de "Ultramarinos" un poco borrado, pero todavía visible. Conteniendo el aliento, Icázar se paró á mirarla ; en la puerta estaba el acostumbrado cerco de campesinas ; dentro hablaban, como de costumbre, los dependientes con los compradores.

Entró y preguntó por Don Higinio ; un oficial bien vestido le contestó : "Guarrazas, á él le compró este comercio el propietario actual . . . . . Sí, ahora recuerdo ; él murió hace algunos años lejos de donde había nacido, por allí en Talavera de la Reina ; su viuda también murió, según dicen, y . . . . ." Icázar le dió las gracias, salió pronto de la tienda, y se sentó por allí cerca á fumar y á meditar. Al pensar sobre una y otra cosa, se le venían á la memoria numerosos detalles de esos que duermen olvidados mientras un choque, como el que acababa de recibir, no viene á despertarlos. "¡ Pobre

Guarrazas, que Dios lo haya perdonado! ¡si hubiera esperado mi regreso, después de tantos años!" Sobre su cabeza dió de súbito la media hora, estremeciendo la torre, como si fuera á derribarla, la gran campana rota cuyo tañido se oye desde Algodor; oyóla sobresaltado, pero con deleite, como solía cuando era niño y se encaminaba á la escuela. Es la bienvenida, pensó como quien se aferra con el corazón á una superstición en que realmente no puede creer. Levantándose del asiento, intentó ir á ver al boticario; detúvole un vago temor, y, para aplazar, se dirigió á la iglesia á ver si había cambiado mucho.

Les dió algunos cobres á los mendigos en la puerta; una vieja, casi una momia, hizo á un lado su esterilla, é Icázar penetró en la iglesia. Casi á hurtadillas mojó los dedos en la pila de agua bendita y se santiguó, no sin pensar que aquello era supersticioso: los buenos cristianos han de ser practicantes, aunque el cielo en su sabiduría no les haya otorgado el dón de la fe.

Por las oscuras naves discurría un rumor de voces, que se filtraba por entre los pilares como pasa el gorgoteo de un arroyo por entre los árboles de un bosque, al cual tienden por instinto los viajeros el oído, aunque no tengan sed.

En la capilla circular, bajo la torre, estaban celebrando la Misa de los Mozárabes. Eran pocos los fieles; unas cuantas mujeres estaban acurrucadas en el suelo, y dos viejos, embozados hasta los ojos, oían la misa con indiferencia.

En pie cerca de la puerta, Icázar le daba vueltas al sombrero entre las manos, con trazas de no estar habituado al culto, y hacía esfuerzos por recordar la ceremonia, como quien trata de traer á la memoria los detalles nebulosos de un sueño.

Sonaban las campanillas de plata para alejar los malos espíritus, que andan errantes por el aire y aprovechan toda ocasión de aprisonar las almas, si el sacerdote cesa un instante en sus oraciones. Con entera fidelidad se consumaron todos los extraños ritos y ceremonias que piadosamente observaban y conservaron en el Sur los godos cristianos durante su cautividad entre los moros. Mientras el cura farfullaba sus latines, y sonaba la extraña música de la misa, Icázar iba repasando en la memoria la lucha de otros tiempos entre el ritual del Norte y el del Sur. Confusamente recordaba que, según refería su madre, el asunto se había sometido á prueba en la plaza mayor de la ciudad, entregando á las llamas los dos misales, para comprobar su santidad, luego que se hicieron las oraciones y conjuros necesarios. La multitud se apretaba anhelante alrededor ; cada cual auguraba el triunfo de su misal y estaba seguro del éxito.

Al primer contacto del fuego, el libro gregoriano saltó de entre las llamas á las piedras de la calle. Sus partidarios clamaron victoria; pero el fuego seguía ardiendo, y por la gracia de Dios y de la paciencia oriental, que tal vez se le había comunicado en su larga estancia entre los moros, el libro de los Mozárabes se dejó ver en el fondo de la pila, cubierto de cenizas, pero intacto y santificado por la prueba de que salía ileso.

Cuando el celebrante llegó al "*Ite, missa est*," y se dispersó la escasa congregación, salió Icázar y se dirigió á la tienda del boticario, rehusando, ofendido, la ayuda de los muchachos, que acuden como las moscas apenas ven que algún forastero anda por aquellas oscuras callejuelas, las cuales taladran la ciudad á manera de galerías de gusanos en un queso.

Sin pensar en el camino, pero cortando tan derecho como la paloma en los aires, fue á dar á la tienda. Fuera de la puerta había un pote con sanguijuelas, y en los

estantes volvió á ver los pintados frascos de loza de Talavera, con rótulos en latín — *Cardamomum*, *Savina*, etc. — ante los cuales se preguntaba de muchacho cómo podía saber tanto Don Adolfo, y cómo haría para retener todo aquello en la cabeza.

Desde la puerta le olió aquello, como de antiguo, á sen, á valeriana, á moscas muertas, á todo los que les daba su peculiar hediondez á las unturas preparadas por su amigo, las cuales le solían revolver el estómago, sin dejar de atraerlo, cuando pasaba cerca de la tienda.

Como de costumbre, había una fila de sillas recostadas á la pared, con forro de cuero crudo, abrilladatado por el uso, y al cual le quedaban todavía unos cuantos pelos blancos.

Como quien ha recibido un golpe y teme que la suerte le reserve otros, se llegó á la puerta cautelosamente y preguntó :

— ¿ No está ocupado Don Adolfo ? — escudriñándole con inquietud la cara á un ayudante barroso que estaba sentado en un taburete.

— Don Atanasio, querrá Vd. decir, — contestó éste. Acaba de acostarse á dormir la siesta ; pero dentro de una ó dos horas puede Vd. volver, y él le receterá de fijo si está Vd. enfermo.

— ¿ Dónde está, pues, Don Adolfo ? — dijo Icázar con inseguridad, temiendo que hubiese muerto y faltase otro de los eslabones que lo unían al Toledo que fue su hogar ; y temiendo haber venido á encontrarse como extranjero en la ciudad donde había pasado su niñez.

— Con entera precisión no es fácil saberlo — replicó el ayudante con marcado acento sevillano y con la guasa de su tierra. — Porque desde mucho antes de

morirse no iba á misa, ni se confesaba y comulgaba, ni cumplía con los mandamientos de la Iglesia ; por eso dice el Padre Pérez, que viene á nuestra tertulia á veces, que el pobre Don Adolfo puede estar aullando á estas horas. Los hombres de ciencia nos reímos, por supuesto, de esas cosas, y ponemos nuestra fe en Darwin y en el gran Draper, autor de los *Conflictos entre la Ciencia y la Religión*, como lo sabrá Vd. seguramente.

Dióle las gracias al maleante, salió de la tienda y se internó en las calles de la ciudad. Anduvo acá y allá todo el día, buscando sus amigos sin encontrarlos. Nadie lo recordaba ; una señora anciana y medio idiotizada por los años, de quien no se acordaba con claridad, lo tomó por Icázar padre y le preguntó por su madre cariñosamente, deseando que estuviera bien de salud. Al anochecer regresó al hotel ; sentado á la mesa triste y solo, sintiendo que el placer de regresar á su tierra se le trocaba en soledad y desengaño, pensó en reembarcarse para Méjico por el primer vapor que saliera.

Terminada la comida, y encendido un cigarro, que le pareció amargo, se echó á la calle de nuevo ; andando sin objeto, acertó á pasar por un teatro y entró cuando ya había terminado el primer acto. Mientras miraba de un lado para otro y observaba la gente de los palcos y las butacas, se puso á soñar según su costumbre.

Fundidos en una sola perspectiva lo pasado y lo presente, vacío el mundo, errante él en busca de un amigo, las calles eran cementerios, las casas eran ataúdes y tumbas, cuyos epitafios iba leyendo con tristeza.

Oía confusamente á los cantantes ; los rostros de los actores iban cubiertos con un velo ; una niebla envolvía y hurtaba á sus ojos la gente de los palcos y de platea. En los hombres no hallaba vínculo alguno de simpatía hacia él, ó le eran hostiles ; en vano se esforzaba por

despejar su cerebro de aquella bruma, que lo mantenía aislado de las gentes en un mundo enemigo.

El cuadro cambió impensadamente. Cayó el telón, los expectadores se salieron á fumar, y él se quedó sentado en la butaca, completamente solo. Fatigado por las andanzas del día, vencido por el sopor, de espaldas contra el asiento y con los ojos puestos sobre las figuras del telón, desapareció la niebla que le enturbiaba la vista, dejó de sentirse abandonado y vió que aún había en el mundo algunas personas á quienes él conocía. Por ejemplo, el galán de la capa, de rizos rubios que le caían á los hombros, barba puntiaguda, calzas enteras y enormes moños redondos en el zapato, era un antiguo amigo suyo, á quien conocía desde su niñez y con el cual se entendía perfectamente. Reconoció con deleite aquella espada, con una enorme arruga en la cubierta ; tan enorme, que si la desarrugan resulta una gran brazada del pomo á la contera.

La dama con su vestido de seda sucio, que fue rosado y ahora vacilaba entre verde y amarillo, parecía saludar á Izácar con una inclinación de cabeza, mientras le miraba las espaldas al galán y sonreía de un modo picaresco.

Familiarmente conocía aquellos perros lanudos, de casta indefinible, tal vez cruzados entre zorrero y perro de aguas, que vacilaban entre el galán y la dama, aterrados por la luenga espada del uno y por el látigo que enarbolaba la otra como una prolongación carnosa de la enguantada mano. Icázar se daba cuenta de que les debía una caricia por su fidelidad ; y no sabía por qué no alargaba la mano y se la pasaba suavemente por el espinazo.

Allí estaba el conocido palafrén de color de limón, sujeto del diestro por un pajecito de pluma en el gorro, pan-

talón rojo y medias amarillas. Oía el relincho, aunque las anchas narices no se movían, y sentía ganas de exclamar: "Mozo, llévame el corcel á la pesebrera y que beba y coma; pues ya ves que ha esperado al sol desde que yo era tan chico como tú, y ya debe de estar cansado."

Al aire libre — eso veía Izácar — representaban un drama, en que cuatro hombres se disputaban una doncella, que yacía en tierra apelotonada y con los cabellos en desorden, mientras el anciano padre se retorcía las manos con desesperación y volvía al cielo la faz. El galán, la dama y el paje asistían al drama, aunque dirigían las vacuas miradas hacia otra parte. La banda estaba acurrucada en el suelo y parecía tocar "música de las esferas;" un negro golpeaba furiosamente un tambor cilíndrico; y un mozo paliducho, con los carrillos inflados y saltándosele los ojos de la cara, soplaba una antipática chirimía, larga y de catadura arábiga. En los oídos de Icázar sonaba una melodía, extraña y arrebatadora, que nadie fuera de él percibía.

En el fondo había una ciudad, como un Toledo fantástico, coronada por montes vestidos de nieve y por nubes color de naranja, que á medias se veía y á medias se adivinaba. Al pie de los muros jugaban varios á las cartas; detrás del corro, y como un toque del realismo de Velasquez, se inclinaban dos mendigos á mirar los naipes y á comentar las jugadas.

Volvió á alzarse el telón. Hechos rollo desaparecieron allá arriba los viejos amigos de Juan Icázar. Se frotó los ojos, miró otra vez al mundo y volvió á encontrarlo vacío. "Todos muertos; de los que esperaba encontrar, son éstos los únicos que me dan la bienvenida." Salió del teatro, siguió maquinalmente la Calle de la Plata, bajó al río y, deteniéndose en el puente, se inclinó sobre

el parapeto á mirar las aguas que se deslizaban allá abajo.

Un viento helado fue cubriendo la luna de nubes blancas. Algol despuntaba ; las Tres Marías, con sus lámparas lucientes, cortaban la oscuridad de la noche, como el diamante corta el vidrio, y unían el cielo á la tierra con un largo rayo de luz. Las almenadas murallas se delineaban sobre el cielo como pintadas con carbón ; el Tajo lamía anhelosamente los estribos del puente ; y sobre la superficie de las aguas discurría un murmullo como de voces ahogadas que puguaban por hacerse oír, y que tal vez saludaban á Izácar, como si los romanos, los árabes y los godos se condolieran de su soledad y le tendieran las manos.

XIII.

EL CUARTO MAGO.

NO sé cuál de los antiguos escritores — los árabes empiezan sus narraciones con la expresión "Dice alguien" — refiere la historia de su vida y sus milagros. Baltasar, Gaspar y Melchor eran, según él nos informa, todos tres reyes de Babilonia. Por qué hubiera de tocarle á Babilonia un excedente de reyes tan supérfluo, no nos lo cuenta, aunque quizá lo supiera. Pero el hecho es así, pues todos tres tenían corona y ricos mantos con orlas de armiño; bellos corceles árabes de piernas tan ágiles como las gacelas con colas flotantes, cabezas como de pavo real, ojos que lanzaban fuego y el aspecto general de un hipogrifo. Además, tenían estos reyes mirra é incienso, joyas, pieles, cimitarras, en suma, todo lo que convenía á su rango.

Todo esto lo sé yo porque lo he visto en pintura, y me he deleitado al enterarme de que los caballos eran de un verde claro ó de un matiz canela pálido, colores muy naturales en los corceles regios, y que armonizan perfectamente con el fondo de paisaje azul de la Escuela de pintores de Umbría, únicos que tuvieron la visión fiel de estas cosas. La circunstancia de haber sido negro uno de los reyes no era para desconcertar en lo más mínimo á los pintores (la frontera del color no existe en el arte); al contrario, favorecía su labor, suministrando un contraste oportuno para los rostros amarillos de los otros dos. Hallándose estos reyes en sus

palacios, consagrados á las ocupaciones naturales de su posición, ya fuese la de administrar la justicia ó la de ver girar sobre sí mismas á sus bailarinas, llegaron á la ciudad extrañas nuevas.

Ciertos pastores que vigilaban, sentados en tierra, á sus carneros, recogidos en un recinto hecho de redes de cuerdas, con sus perros al lado y sus pensamientos vueltos á los cielos — como acostumbran las gentes de su oficio, explicándose así el frecuente extravío de sus ovejas — habían visto una estrella portentosa.

Lustrosa y brillante como Sirio, más roja que Aldebarán y mucho más luminosa que Zuben-el-Chamali ó Altair, iluminaba todo el firmamento. En torno, se dilataba un espacio como si todas las demás estrellas hubieran convenido en que no eran dignas de recibir su esplendor; y parecía llamarles (los pastores pensaban) é inclinarse al Oeste, como invitándoles á seguir su estela.

Noche tras noche, la estrella aparecía en el mismo sitio, reverberando sobre sus cabezas. Finalmente, viendo, como sucede siempre entre pastores, algo milagroso en el particular, abandonaron sus rebaños — ¡ pues qué valen, al cabo, una oveja ó dos en comparación con una estrella ! — y se dirigieron á un Sabio. Después de examinar y considerar el caso debidamente, esclareció éste el misterio, explicándoles que nacería un gran profeta, el cual elevaría á los humildes, repararía las injusticias, abatiría á los poderosos, suavizaría las asperezas y sería el campeón de los débiles en todo el mundo. Y á ellos les bastaría seguir la estrella en su camino y ella los llevaría al lugar del nacimiento.

No estaban tales anuncios al alcance de hombres como aquellos. Por tanto, se fueron los pastores á Babilonia, y, recorriendo las calles, anunciaron á todos la nueva de lo que habían visto y oído. Poco á poco, la

fama de sus palabras llenó los espíritus de las gentes, y en bazares y mercados, almacenes y paraderos de caravanas, se difundió el maravilloso rumor.

Por último, como siempre sucede, hoy como entonces en Babilonia, la noticia traspasó las puertas del palacio real. Los reyes se inflamaron al escucharla, ya porque estuviesen llenos de fe y de odio por la injusticia, cosas naturales para hombres de su estado, ó impelidos por aquel anhelo de movimiento que desempeña en el ánimo de los reyes el mismo papel que la imaginación en los poetas, haciéndoles hervir la sangre.

Montando á caballo, por consiguiente, y acompañados de un séquito adecuado, llevando los presentes que vieron y pintaron tan bien en sus lienzos los pintores de la Escuela de Umbría, emprendieron los reyes su camino. Todo el mundo conoce la historia de su viaje, y sabido es cómo, siguiendo la estrella por llanuras, desfiladeros y corrientes, la vieron al fin detenerse sobre el establo donde el buey y el asno pacían, formando un nimbo con su cálido aliento, perfumado de trébol, en torno á la cabeza del niño dormido. Los reyes se sintieron plenamente recompensados, viendo patentizado el objeto de su fe, cosa que pocos alcanzan, por firmemente que crean; y mientras lean los hombres el sencillo relato de su paso fugaz por el escenario de la historia, los amarán seguramente, en tanto que la fe y las estrellas perduren y los pastores cuiden de sus ganados en las llanuras. Vieron el nacimiento de Dios hecho hombre, y después de verlo á él y adorarlo, se hicieron inmortales; pero al cuarto Mago, que se retrasó en su camino, le tocó ver al hombre hecho Dios, y fué olvidado y desconocido, excepto para los pocos que, como negros buceadores, buscan sus perlas en los canales inexplorados de los antiguos cronistas.

Que Nicanor haya quedado en desuso, pendiente de su clavo mohoso, mientras Gaspar, Baltasar y Melchor

son voces familiares, se explica, tal vez, porque la fe les dió razón y la fe es el camino de la fama. El rey Nicanor tomó el camino en que, á partir del principio del mundo, ha gastado el hombre incontable millones de pares de zapatos, hinchado infinidades de pies y caído con entera naturalidad en el olvido de su especie.

He aquí como sucedieron las cosas:

Mientras los tres reyes marchaban á su pesquisa, el rey Nicanor se quedó atrás por razón de su caballo, al que le faltaba una herradura. Cuando el herrero caldeo la hubo repuesto, no sin demoras considerables — pues entonces, como hoy, en los talleres de los herreros no había nada listo ni se encontraba una herradura á la medida del casco — Baltasar, Melchor y Gaspar se habían perdido de vista en la llanura y era casi noche. Decidiendo emprender marcha, porque como Sabio y Sabio oriental que era, conocía la ventaja que hay en acampar aun cuando sea solamente á una legua de los muros de la ciudad, el primer día de viaje, Nicanor montó á caballo y se puso en camino, atravesando el arco de herradura de la gran puerta de la muralla de la ciudad hacia el Oeste, una hora aproximadamente antes de ocultarse el sol.

Eligió para acampar el paraje donde se cruzaba un río bordeado de palmas y ramificado en canales diversos por bancos de piedras y de arenas. A la entrada misma al vado, las pisadas de mulas y caballos, en el curso de los siglos, habían tallado un camino hondo y bien definido, donde los pies del viajero tocaban el suelo, en tanto que los caballos tambaleaban tropezando en los barrancos. Jóvenes palmeras nacidas del arenal desafiaban los mordiscos de camellos y mulas que arrancaban bocados al pasar. Sobre un fondo naranjado que tiraba á rosa, se destacaban las palmeras de la opuesta margen, con todos los nudos de sus troncos. En el aire leve, las hojas se movían con un crugir distinto de los murmu-

llos propios de las encinas y hayas del norte. Blancos huesos, y aquí y allá un cráneo, indicaban el sitio donde una acémila había descansado de sus penas, y en torno de los restos la escasa yerba reverdecía un poco más, y miriadas de moscas diminutas se escurrían por entre las vértebras de aquel espinazo desecado que ya no se volvería á doblegar bajo la carga.

A caballo todavía, con una pierna montada en el pescuezo del animal, las largas riendas colgantes tocando casi el suelo cuando aquél se inclinaba para echarse un bocado, el Mago daba instrucciones á sus hombres para plantar las tiendas.

Rápidamente se aliviaron de sus cargas las mulas y camellos, y las tiendas se alzaron como por obra de magia, sobre la yerba arenosa. Un firmamento de estrellas florecientes se dilataba arriba, reflejándo se sobre la tierra.

Se oyó el toque de la oración vesperal, que Mahoma debe de haber simplemente perpetuado, pues no es posible que ocurriera espontáneamente en su mente, siendo un acto necesario en pos de la diaria batalla con el sol; y todo el campo se prosternó, dando gracias á unos ú otros dioses por la brisa de la tarde.

Lentamente, el rey Nicanor echó pie á tierra y un esclavo negro ató el caballo al cordel de pelo de camello tendido entre las estacas ante la tienda. La elevada silla se erguía como una isla perfilada sobre las nubes de intenso azul, pues nada interrumpía el horizonte hacia el Sur, excepto las tiendas y los animales paciendo. Sentado en un sillón delante de su tienda, Nicanor pensaba en la estrella maravillosa que habían anunciado los pastores, decidiendo avanzar con la primera luz del día en alcance de sus compañeros, cuando vió tres ó cuatro siluetas que salieron del palmar, y arrastrándose lentamente sobre la yerba y la arena, formaron en fila

ante él, señalando el firmamento con un gesto mudo de desesperación. El hambre les había consumido, despojándoles casi de toda semblanza humana. Los vientres hundidos y las costillas prominentes les daban algo del aspecto de aquellos peces fósiles que se encuentran en las carboneras, y sus delgados brazos y piernas apenas podían sostener sus manos y sus pies, y éstos aparecían enormes en contraste con los miembros secos y devastados. A excepción de un torzal de harapos mugrientos en torno á la cintura, iban desnudos como esqueletos y mostraban sus lenguas tostadas y ásperas y corvas como lenguas de papagayos entre sus bocas apergaminadas.

El Mago los contempló fascinado, y en un momento la estrella maravillosa y el profeta que había de nacer al mundo, quedaron ambos olvidados en el horror del espectáculo. Y mientras estaba allí, petrificado, por todas partes, de agujeros cavados en la arena, de matorrales erizados de espinas, surgieron figuras endebles que se dirigían con pasos desfallecientes á su tienda. Mujeres con niños de la mano, muchachos miserables que sostenían viejos macilentos, una anciana que se arrastraba sobre las manos y las rodillas, pegándose á sus pies y luego, irguiéndose un momento, señalaba el firmamento con su dedo apergaminado. Ninguno hablaba, pero la mirada muda de sus ojos suplicantes infundía horror en su alma. Cuando el rey pudo hablar, pidió pan, y cortándolo en tajadas, con sus hombres, y humedeciéndolo con agua, lo distribuyeron á la fila. Desapareció como por encanto, pero la fila continuaba extendiéndose, y á la luz de la luna los famélicos parecían un tropel de lobos rodeando á un viajero nocturno en la llanura. Algunos de ellos se apoderaron de la cebada que comían los caballos y mulas, y otros, disputándose las migajas, se batían como perros exhaustos. El rey Nicanor envió á dos de sus hombres con orden de traer de la ciudad una mula cargada de pan, pues la turba parecía crecer como si

brotaran nuevos seres de la arena. La carga desapareció como si la hubiesen arrojado al mar. La noche palidecía, y el primer destello del alba sorprendió al Mago y á sus gentes sitiados por los famélicos. Pasaron varios días, y cuando la hambreada multitud hubo comido, se desvanecieron, sin dejar huella de su paso, excepto en el alma del Sabio. Entonces, habiendo reposado un día, emprendió nuevamente su marcha. El sol salía cuando levantaron el campo, y, encaminándose otra vez al Occidente, sus pensamientos se volvieron al nacimiento del gran profeta, á la estrella maravillosa y á sus amigos, á quienes suponía llegando al término de su viaje.

A veces le sucedía lamentar casi la demora que los famélicos le habían ocasionado ; luego, pensaba que si el profeta anunciado había venido á sanar las miserias del mundo, á vestir al desnudo, curar al enfermo y alimentar al hambriento, él al menos había tratado humildemente de hacer otro tanto, aun cuando no era un inspirado, y que aún habría no poco que hacer sobre la tierra durante la infancia de aquel cuyo nacimiento había esperado contemplar.

Seguía así adelante, hallando á su paso aquí un ciego, allí un viajero desolado frente á su cabalgadura moribunda. Cada caso le retardaba, y cuando llegó á una ciudad, su fama le había precedido, y cojos y enfermos y aquellos á quienes habían quemado los ojos por causa de robo, y otros que habían perdido una mano ó un pie, cortados para mostrar que la justicia es tan sorda á la piedad como ciega ante los hechos, se agolpaban á su paso implorando sus dádivas.

A veces, al pasar ante un aduar perdido en las llanuras, de la casa del santo, con su ramillete de palmeras, salía un infeliz y lanzándose á su encuentro y agarrándose de su estribo, exclamaba : " Vengo á pedir

vuestro socorro." Entonces él se detenía á examinar la cuita del infortunado.

Y con todo, aunque presumía que el profeta sería ya un jóven, casi un hombre, tan luego como se sustraía á los crecientes cuidados que le asaltaban en su peregrinación, continuaba marchando al Occidente. Sobre las ardientes llanuras á veces, engañado por los mirajes, quemado el rostro por el reflejo del sol sobre trayectos pétreos, otras por desfiladeros de montañas donde se cubrían de hielo sus estribos, seguía adelante con la tenacidad del que persigue un objeto sabiendo que es imposible alcanzarlo, y sin darse cuenta de que lo lleva dentro de sí mismo desde el principio de su carrera.

Los años pasaban y ya no subsistía ni uno solo de los animales con que salieron de Babilonia, habiendo muerto unos en camino, otros de vejez, en las ciudades del tránsito donde había injusticias que remediar. Sin embargo, en medio de sus demoras, esforzándose por practicar el bien, le llegaban á veces rumores sobre los actos del profeta cuyo nacimiento había esperado presenciar ; y á cada noticia de estas, una especie de fiebre se apoderaba de él, renovando su anhelo de verlo antes que muriese.

El tiempo no había pasado en vano sobre Nicanor, y el brillante y próspero rey que había salido de Babilonia tantos años atrás, joven, sin cuidados y lleno de esperanzas el corazón, se había convertido en un hombre encanecido y maltratado, con aquel ojo alerta propio de los que hacen vida de caminantes.

Su caballo, un bayo oscuro de la raza de Keheilan, era obsequio de un anciano jefe beduino de las cercanías de Baalbec, cuyo hijo él había librado de la peste. Ningún caballo en todo el Irak se le podía comparar en figura ó en bríos. Sus grandes ojos vivos y orejas

Deteniéndose en una colina que dominaba la ciudad, plantó su campo á inmediaciones de un pozo cercano á un campo de olivos. Contemplando, al cabo de tántos años, la ciudad donde se le había dicho que moraba el profeta cuyo maravilloso nacimiento, anunciado por la brillante estrella, le había inducido en su temprana juventud á salir de Babilonia, echó una mirada sobre su pasado. La ciudad se extendía bañada en la bruma de oro que en el Oriente oculta los palacios en decadencia y los muros decrépitos y enmalezados en cuyas grietas se albergan los lagartos juguetones, á la par que encubre las inmundicias y parece inflamar los desechos mismos apilados en los muladares, haciéndolo flotar todo en un mar de glorias, sobre cuyas olas ondulan sedosas las palmeras.

Según la costumbre, que en su caso ya había santificado el tiempo, el campamento del Sabio — pues ahora, hallándose al fin en Jerusalem, era un Sabio del Oriente — se vió invadido por los mendigos, los cojos y los ciegos. De boca de ellos supo que al día siguiente los romanos, quienes se habían apoderado del lugar mientras él se hallaba en marcha, debían ajusticiar á dos ladrones y á uno á quien, decían, se le daría la muerte en castigo de haberse llamado Rey.

Saciada ya el hambre de los mendigos, llegó al campo un fakir, y tomando asiento á la puerta de la tienda, emprendió una de aquellas largas conversaciones que en el Oriente hacen las veces de los periódicos, reemplazándolos tan fielmente que, como éstos, les prestan á todas las noticias el tinte de las simpatías del narrador, de la misma manera que los periódicos reflejan como un espejo el ánimo de quienes los escriben.

Largamente habló el derviche sobre el estado de Palestina, los precios del trigo y la cebada, las incursiones predatorias de las tribus y, por último, de la ejecución capital que iba á efectuarse.

arqueadas como las de un lince, sus cascos redondos y duros como el pedernal, ancha frente, sedosa crín y cola erguida como un estandarte, una hendidura á lo largo del dorso, capaz, como dicen los árabes, de depositar el rocío — todo hacía de él el prototipo de aquel linaje único entre los caballos del mundo que es verdaderamente noble y digna montura para los reyes. Los años habían sido ligeros para el rey Nicanor, dejándole erguido aún, aunque esmaltado su cabello de gris hacia las sienes y con el aire de gravedad que revisten los orientales hacia el medio de la vida como por un esfuerzo de la mente. La mayor parte de sus compañeros habían regresado á sus casas ó habían muerto, á excepción de uno ó dos, quienes en largo coloquio con el soberano se habían impregnado de sus ideas ó quizá hallaban la vida del caminante demasiado grata para desertar é irse nuevamente á vivir en la monotonía de las ciudades, viendo salir el sol siempre tras unas mismas montañas y ponerse en las llanuras al atardecer, sin dejar de sí más huella en el firmamento que la que deja una piedra arrojada en un pozo.

Repetidas veces llegaron á oídos del Mago extraños rumores de lo que pasaba en el lejano país que había atraído sus pasos, y de cómo el profeta anunciado había venido y congregado una banda de pescadores, de descastados publicanos y mujeres, quienes al parecer le seguían por todas partes sin preocuparse por fundar reino y escuchando simplemente sus palabras, por lugares desiertos y en la cumbre de las colinas. Repetidas veces meditó sobre esas noticias, creyendo primero que el profeta estaría loco, y luego, pensándolo más y más, hallando cierta semejanza con su propio género de vida, es decir, con la diferencia debida á sus respectivas posiciones en el mundo.

Al fin — pues aun en el Oriente todas las cosas tienen un fin — se halló el Mago á las puertas de Jerusalem.

De los ladrones hizo breve mención, refiriendo solamente que eran ambos hijos de mujeres que no habían dicho nunca *No*. Creía que el uno se llamaba Dimas y el otro Gestas, pero no tenía seguridad. Del otro sentenciado, aquel á quien habían llamado rey, tenía detalles más completos y afirmaba, por el sol que alumbra, que era todo un hombre.

Paso a paso, manifestó cuanto sabía sobre el individuo que iba á purgar el delito de haberse llamado rey. Parecían haber ocurrido prodigios á su nacimiento. Una estrella lo había anunciado y tres Sabios habían venido del Oriente.

La sabiduría se halla en el Este, afirmó el extranjero con el tono de quien anuncia un hecho que no puede disputarse. El rey Nicanor, que había escuchado pacientemente, interrumpió el relato exclamando : " Esos Sabios los conozco muy bien. Se llaman Gaspar, Melchor y Baltasar. Son de mi estirpe ; ¿ se hallan todavía en la ciudad ? "

El derviche le miró con el aire peculiar con que se mira á las gentes que sufren un lapso repentino de memoria, y contestó : " ¡ En la ciudad ! Estuvieron aquí, he oído decir, hace treinta y tres años, y sólo permanecieron una noche ! "

Pasándose la mano por los ojos, el Mago murmuró : " ¡ Treinta y tres años ! ¡ Parece como si hubiera sido ayer ! Así pues, este profeta de quien habláis, que ha de morir mañana, es el niño maravilloso de quien hablaban los pastores ayer, es decir, hace treinta y tres años ; pero él venía á reparar las injusticias, levantar á los abatidos, curar á los cojos, devolver la vista á los ciegos, combatir á los opresores y escudar á los débiles. ¿ Será posible que en Jerusalem ejecuten á un hombre porque persigue tales objetos ? "

El fakir, que había creído loco al Mago, empezaba á tenerlo ahora por necio.

"¿Dónde habéis vivido, dijo, para ignorar que un hombre así, desde el principio del mundo, no puede correr otra suerte?"

Después de una pausa, el rey Nicanor replicó: "He estado en camino sin detenerme especialmente en ninguna parte, pero recuerdo ahora que, con frecuencia, cuando daba de comer á los hambrientos, como según decís lo hacía ese hombre que va á morir, me odiaban muchos diciendo que yo sólo buscaba alabanzas."

Las horas venían y pasaban en la conversación, y el rey Nicanor escuchó así toda la vida del profeta, su amor á la libertad, su verdad, su justicia, su caridad, y cómo le amaba el pueblo, especialmente los pequeños y los humildes, y el encanto especial que tenía para las mujeres, la dulzura de su sér y el hechizo irresistible que ejercía sobre todos cuantos le escuchaban.

Al fin, el alba empezó á teñir el firmamento con una pálida blancura lechosa que se extendía gradualmente sobre el intenso azul de la noche oriental. El rey Nicanor se puso en pie y dijo: "Es tiempo de descansar. La suerte me ha privado del placer de presenciar el nacimiento de aquel á quien la estrella anunciaba. Pero al menos me hallaré presente en su muerte . . . . . y el nacimiento y la muerte . . . . . no son en resumen tan distintos."

Y con todo, la suerte, que se mofa de nuestros propósitos y nos reduce á la condición de simples criaturas suyas, estuvo á punto de hacerle perder la ocasión, pues en la mañana halló su campo sitiado por una horda de mendigos y gentes que habiendo oído hablar de algún hombre — un Sabio según los unos, un loco según los otros, pero que, en todo caso, distribuía pan á todos cuantos lo pedían — habían llegado á la ciudad.

Todo el día lo pasó el Mago distribuyendo limosnas y oyendo quejas hasta la séptima ú octava hora, y entonces, montando en su cabalgadura, se dirigió al Gólgota. La tierra se había oscurecido mientras él ascendía por la senda rocallosa, abriéndose paso con dificultad entre la turba.

Sobre la cumbre misma, en la media luz, vió tres figuras izadas en alto. Dos de ellas pendían inertes; la otra se agitaba un poco y pedía de beber, y Nicanor observó que su cabello caía de un lado y le oscurecía el rostro.

En ese momento venía un joven corriendo, con una esponja empapada en vinagre á la extremidad de una caña, y levantándola en alto, se la brindó á la figura del centro pegándosela á los labios. El bebió y con un gran estremecimiento que agitó todo su cuerpo, exhaló un gritó tan desolado y terrible que el oscuro bayo Kehlani, que montaba el rey, se encabritó espantado, dando de manotadas al aire, y al tocar tierra otra vez, vió el rey Nicanor la figura aquella del medio que pendía macilenta y extenuada de la cruz.

XIV.

EL TANGO ARGENTINO.

LOS automóviles se agolpaban hacia la marquesina de la puerta principal del hotel, una de esas caravanseras internacionales, cuyos clientes viven sometidos á un mismo procedimiento igualitario y vulgarizador en que desaparecen los distintivos de cada tipo. Iguala al argentino con el francés, el inglés y el americano, ante el poder de la riqueza.

Los carros surgían silenciosamente con el mismo ruido susurrante con que cae la nieve de los pinos en tiempo de deshielo. Aunque cada carruaje tenía su lacayo, había, sin embargo, porteros gigantescos que abrían las portezuelas con tanta distinción y nobleza que se adivinaba cómo serían capaces de hacerle honor a los altos puestos del Estado.

Las señoras descendían delicadamente, mostrando en visión fugitiva la pierna cubierta con media transparente por entre la abertura de la falda. Sabían que todo hombre, lo mismo el lacayo que el cochero y los guardas gigantescos del portón, cuantos en ese momento llegaban al hotel, serían excitados por ese espectáculo durante unos instantes; pero esa consideración no les perturbaba la imaginación. Al contrario, parecía lisonjearlas, porque las más virtuosas sienten emoción placentera

cuando comprenden que son capaces de remover los sentidos del hombre. Así será siempre. De esta manera, y sin necesidad del voto, manifiestan que son iguales al hombre, cualesquiera que sean, por otra parte, los yerros de la ley.

Dentro del hotel, calentado por medio del vapor, en una atmósfera cargada de las emanaciones de la carne, que excitan el cerebro como los humos del *whisky* azotan los nervios del borracho, se ostentaba la flor de la sociedad cosmopolita que ha plantado su tienda en la capital de Francia.

Lesbos había mandado sus legiones, y las mujeres se miraban unas a otras con miradas inteligentes, detallando cada pormenor del vestido de sus vecinas. El color de sus rostros subía de tono cuando, al acaso, daban sus ojos con los de otra sacerdotisa del secreto culto.

Rastacueros ricos, de sombreros demasiado lucientes, botas estrechas, y americanas pegadas al cuerpo, con bastones guarnecidos de grandes cabos dorados, se paseaban alrededor de las mesas ó tomaban asiento cerca de ellas, balbuciendo todas las variedades posibles del idioma francés.

Americanos y americanas, los unos como pasados por la misma tarraja, las otras hábiles como la mona para imitar cuanto veían en el vestido, en las costumbres y en las maneras, y más capaces de adaptarse á nuevos ambientes que ninguna otra representante de su especie, por carecer de tradiciones, conversaban en tono de alta nasalidad ; los hispano-americanos de todas las Repúblicas estaban bien representados, y no hablaban más que del dinero : cómo Doña Fulana Pérez había pagado mil quinientos francos por su sombrero nuevo, y cómo Don Fulano se había ganado un milloncejo en la lonja.

Había allí judías y más judías, judíos y más judíos, algunos de ellos casados con cristianas y convertidos al catolicismo, sin que el hablar de Lourdes y del Santo Padre con las mujeres lograra encubrir las señas inequívocas del tipo semítico.

Después del *five o'clock*, convertido en copiosa merienda de tostadas y buñuelos, de panecillos, de emparedados y de bollos calientes, la perfumada multitud, restaurada con este refrigerio de la dura jornada de trabajo gastada en ir á tiendas, en pasear en coche como almas en pena, en visitar gentes detestadas, y en otras empresas de la laya, pasó sin premura a un gran salón donde tocaba la banda. Al atravesar los pasadizos, los hombres se acercaban a las mujeres hasta oprimirlas y les murmuraban al oído anécdotas que las hacían ruborizar o reirse como sin gana, á tiempo que protestaban en frases de dudosa seriedad. Eran los primeros días del advenimiento del Tango Argentino, la danza que le ha dado la vuelta al mundo en un contoneo de las caderas. Las señoras lo declaraban encantador, cerrando los ojos y dejando pasar un ligero temblor de emoción por sobre los labios. Los hombres afirmaban que esa era la única danza digna de ser bailada. Era tan española, tan sin convenciones ; combinaba todos los movimientos estéticos de las imágenes que aparecen en los vasos etruscos, con la gracia estraña de los gitanos húngaros . . . . . es algo como si dijéramos . . . . . ¿ me comprende usted ? . . . . . ¿ ya sabe ?

Cuando todos estuvieron sentados, la banda, una banda húngara desde luego (¡ gitanos de mi alma !), rompió en un ritmo mitad *rag-time*, mitad habanera, canallesco, pero sensual, y las manos, aún las de aquellas cuyos más inmediatos progenitores habían sido vendedoros de puerco en Chicago ó *gambusinos* que habían dado con su mina en Zacatecas, prorrumpieron involuntariamente en aplausos comedidos, por

lo general fuera de ocasión, consistentes en golpes contra el espaldar de los asientos.

Un joven alto que parecía escapado de una lámina de modas, de cabello liso negro, pegado á la cabeza á fuerza de cosmético, de pantalones tan inmaculadamente aplanchados que parecían hechos de cartón, conducía á una joven envuelta en una falda tan estrecha que no habría podido moverse dentro de ella si no hubiera estado hendida hasta la rodilla.

Manteniéndose el uno tan cerca de la otra que la pierna del pantalón tan bien aplanchado desaparecía entre la estrecha falda, el hombre ceñía con un brazo á la mujer de tal manera que la mano iba á quedar cerca del rostro de ella. Giraban en torbellino, doblegándose hasta el suelo, tirando las piernas hacia adelante, y dando siempre vueltas, todo con un movimiento de caderas que parecía fundir en un todo armonioso el pantalón irreprochable y la falda hendida. La música se iba haciendo más tumultuosa y los compases se multiplicaban, hasta que, con un salto, la mujer se arrojaba, por un instante, en los brazos del danzante, que la depositaba en el suelo con tanta maña como si se tratara de un huevo acabado de poner. En seguida la pareja hacía la venia para desaparecer.

Sobrevinieron en seguida los aplausos discretos y con ellos exclamaciones tales como "encantador," "maravilloso," "¡qué gracia!" "*vivent les espagnoles.*" El crítico auditorio no hacía memoria de los días de la independencia, de meros cambios políticos ó de otro género. No habiendo oído nunca los nombres de San Martín, Bolívar ó Páez, y de sus colegas libertadores, parecía pensar que Buenos Aires era una parte de España.

París, Londres y Nueva York eran todo el mundo para esa turba á la moda, y lo demás, con excepción

desde luego de los gitanos húngaros y de los danzantes del Tango, gentes bárbaras fuera del palio de la cultura.

En seguida del Tango le tocó el turno a la "Machicha Brasileña," todavía más lánguida y más acomodada al genio de los habitantes del trópico que su primo de las llanuras. Otra vez sobrevino el discreto aplauso manifestado en exclamaciones tales como "exquisito" y "encantador," ese adjetivo universal que evoca un perdurable ambiente de confitería cuando las señoras lo usan para expresar su deleite. Las sonrisas y las miradas de soslayo que cambiaban los espectadores, servían para manifestar que no habían sido inútiles los esfuerzos de los danzantes en pro de la indecencia.

Poco á poco fueron vaciándose los salones y comedores del grande hotel. El dejo de los perfumes quedaba difundiéndose en los pasillos y corredores, como queda en las iglesias la ranciedad del incienso.

Los automóviles iban desapareciendo con las damas y sus amigos, en tanto que los cocheros, que habían estado tiritando en el frío exterior mientras la turba de adentro sufría los rigores de la calefacción central, cambiaba saludos con los porteros de librea, entre los cuales hubo uno que preguntaba con vivas muestras de ansiedad: "*Dis donc, Anatole, as-tu vu mes vaches?*"

Con el suave ruido una puerta bien provista de goznes que se cerraba partió el último vehículo, con su perfumada carga, dejando en el andén un grupo de hombres que se quedaron hablando de las señoras o "desnudándolas," como decían ellos delicadamente.

¿Con que Tango Argentino, eh? quedé yo pensando, cuando mis amigos me hubieron dejado solo. Pues ha cambiado endiabladamente al atravesar los mares, aun descontando la diferencia de escenario entre los hoteles de París y la comarca en donde lo ví bailar hace muchos

años. Vagando a la ventura fuí á sentarme en el fondo de las aceras del Café de la Paix, donde los voceadores de *La Patrie*, ó los vendedores ambulantes de juguetes nuevos, ó los que ofrecen vistas recientes de París en álbumes que parecen concertinas deshechas, no vinieran á pisarme los pies.

Ante una botella de Porto Blanco y con el cigarrillo brasileño en la mano, arrullado por el ruido de París y por los estridentes chillidos de los vendedores ambulantes, caí en una especia de marasmo.

Gradualmente el olor á petróleo y á estiércol de caballo, los más poderosos perfumes de nuestra edad moderna, fueron desapareciendo.

Las cabezas teñidas y las caras rapadas hasta asumir tintes azulados de babuino ; los jovencitos que parecían niñas con las mejillas pintadas y las maneras supuestas ; las mujeres deshechas ; los hombres haraposos ; las brujas envueltas en chales de punto; los caballos cojos ; y los chauffeurs cabeceando sobre sus asientos — todo acabó por esfumarse en el espacio, y de la nada del pasado surgió otra escena.

Me ví con Witham y su hermano, cuyo nombre he olvidado, con Eduardo Peña, Congreve y Eustaquio Medina, en un pequeño rancho, en un recodo del gran río Yí. El rancho quedaba sobre una pequeña colina. A un cuarto de milla de distancia el monte denso y espinoso, cuyos árboles de recia contextura bordeaban el río, parecía ondular en dirección á la colina como si fuera un mar. La casa estaba hecha de madera de pino importada de los Estados Unidos. Con sus tejas de madera, plantada en la llanura, tenía el aspecto de una caja. A unas cincuenta yardas había una choza que servía de cocina, en cuyo suelo dormían los ganaderos sobre sus arreos de montar, con los pies vueltos hacia el fuego.

Los corrales para los caballos y para las ovejas quedaban un poco más lejos. No sé si el viejo rancho resiste todavía la acción de los vientos. Si la resiste, allí estará todavía un caballo ensillado que se alcanzaba a ver día y noche bajo la sombra amiga de la enramada.

Cuatro ó cinco caballos, con sus sillas y bridas, estaban atados á un enorme poste, esperando que montásemos para ir á un baile á casa de Frutos Barragán. Emprendimos camino á la caída del sol. Embalsamaba el aire de la tarde aquel perfume suave que emana de las yerbas de los llanos después de una jornada calurosa.

La noche era clara, el ciello estrellado. Sobre nuestras cabezas se cernía la Cruz del Sud. Las estrellas lucían con tal brillo que los objetos eran visibles á una milla de distancia. Sin embargo, la perspectiva toda de las llanuras y de los bosques parecía cambiada. Los oteros eran á veces imperceptibles y en ocasiones se erguían como casas. Los bosques parecían oscilar y agitarse, y en las orillas de los torrentes los matorrales de "paja brava" se erguían como centinelas, ostentando sus densas espigas como si fueran penachos de plumas sobre la lanza de un indio.

Los caballos al portante sacudían sus bridas con un limpio cascabeleo, y los jinetes, balanceándose ligeramente sobre las sillas, parecían formar parte integrante de sus cabalgaduras.

De cuando en cuando las lechuzas pasaban volando silenciosamente cerca de nosotros, y hacían círculos sobre nuestras cabezas antes de dejarse caer blandamente sobre los matorrales. Eustaquio Medina, conocedor de la comarca como conoce el marino las aguas donde ha nacido, cabalgaba delante de nosotros. Cuando el caballo respingaba ante la sombra movible

de las yerbas ó al pasar cerca del espinazo de un animal muerto, le hacía dar vueltas al látigo hasta que la luz de la luna, reflejándose en el cabo de plata, le formaba como una aureola alrededor de la cabeza. A ratos uno de la cabalgata se desmontaba para apretar la cincha, en tanto que su caballo se revolvía inquietamente para partir con un salto, al sentir que el jinete había puesto el pie en el estribo.

La noción del tiempo y la del espacio parecían desvanecerse en el galope, de tal modo que cuando Eustaquio Medina se detuvo por unos instantes para buscar el paso de un arroyo, nos sentimos fastidiados por su demora, aunque no hubo perro que siguiera un rastro con la fidelidad con que nosotros íbamos en pos de nuestro guía.

Los perros, que ladraban cerca, nos hicieron saber que nuestra cabalgata ya casi llegaba á su fin. Cuando galopábamos hacia una pequeña eminencia, Eustaquio Medina detuvo su montura y se volvió hacia nosotros. "Ahí está la casa," dijo, "justamente en el fondo de esta hondada, á cinco cuadras tan sólo de distancia;" y cuando vimos la titilación de las luces, golpeó con la palma de la mano sobre la boca, á la manera de los indios, y soltó un grito penetrante. Bajando la mano espoleó la bestia, que partió con un brinco á toda carrera, y mientras galopaba falda abajo todos le seguíamos gritando furiosamente.

Al llegar al botalón nos detuvimos con un golpe seco de rienda. Nuestros caballos resoplaban evitando la sombra del poste. Había caballos por todas partes, unos atados, otro maneados. Del interior de una casa salían notas de acordeón y cencerreo de guitarras.

Pidiendo permiso para desmontar, saludamos a grito herido al dueño de la casa, un viejo gaucho, alto, de nombre Frutos Barragán, que esperaba á un lado de la

puerta con el mate en la mano. Nos dió la bienvenida, aconsejándonos que atáramos las bestias no fuera del alcance de la vista, porque, decía él, "No es bueno facilitarles la obra á los pícaros, si acaso los hay en el vecindario."

En el bajo rancho de paja, cuyos aleros estaban ennegrecidos por el hollín, ardían adecuadamente sobre los hierros de marcar tres ó cuatro candilejas llenas de sebo de yegua y provistas de una mecha de hilo que requería con frecuencia el cuidado de las despabiladeras. Arrojaban densas sombras sobre los rincones del cuarto, y cuando por acaso titilaban, iban á iluminar las fachas curtidas de los gauchos, membrudos y secos, y los vaporosos vestidos de algodón de las mujeres, sentadas en sillas recostadas contra la pared. Algunos bascos robustos, uno ó dos ingleses en vestido de montar, y uno ó dos italianos componían la sociedad. El piso era de tierra pisada, dura y brillante como cemento, y cuando los gauchos pasaban se escuchaba el ruido de las espuelas sobre el pavimento como si fueran grillos.

Un ciego paraguayo de muchos años tocaba la guitarra, y un negro enorme le acompañaba en el acordeón. Sus esfuerzos aunados producían una música que era en verdad vigorosa. De cuando en cuando uno de los dos rompía en un canto de tono altísimo y melancólico que forzaba al auditorio, después de escuchar tiempo suficiente, á imitar su gemebunda melodía y sus extraños compases.

Llenaban el aire el humo del cigarro y las emanaciones del ron y de un vino catalán fuerte y capitoso, muy favorecido por las mujeres, que bebían de un solo vaso y lo pasaban de mano en mano, ceremoniosamente, como se hace en las comidas de la City con la copa de gracia. Al fin cesó el canto y la orquesta preludió un tango, lento, acompasado y rítmico.

Los hombres se alzaron, y quitándose las espuelas, se retiraron al rincón de la pieza, donde las mujeres se habían amontonado como para protegerse las unas á las otras, y con un cumplimiento las trajeron al espacio destinado á la danza. El poncho flotante y el chiripá que hacía oficio de pantalones oscilaba en el aire como las tartanas de un escocés de la montaña flotan cuando su dueño baila. Las ropas sueltas les daban á los movimientos del gaucho, cuando giraba con su pareja, un aire de desenvoltura y facilidad, en tanto que los ojos miraban por encima de los hombros y las caderas se balanceaban de un lado á otro.

A ratos se separaban, volvían á acercarse con aire de gravedad y luego el hombre, adelantándose, tomaba á su pareja por el talle y parecía impulsarla hacia atrás con los ojos cerrados, en una expresión de beatitud. La circunspección era la nota dominante de la escena, y aunque los movimientos de la danza no carecían de atrevimiento, según la intención de los danzantes, en el efecto había mucha gracia, y la había también en el suave modo de escurrir el cuerpo y de agitar en la luz vacilante los vestidos rayados de colores vivaces y originales.

Durante los intervalos el ron fluía copiosamente. Los danzantes se secaban el sudor de la frente ; los hombres con los pañuelos que llevaban alrededor del cuello y las mujeres con las mangas. Tangos, cielitos y pericones se sucedían los unos á los otros, la atmósfera se hacía más densa y las luces vacilaban en un ambiente brumoso por el polvo que se levantaba del piso sin lozas. El viejo paraguayo y el negro, bañados de sudor, continuaban tocando. En sus intervalos de descanso fumaban y bebían, y cuando la música cesaba por un momento, hendía los aires el relincho de un caballo guindado de un poste en la claridad plenilunar, como llamando á su dueño para volver á casa.

La noche se agotaba y el negro y el paraguayo continuaban empeñados en fatigar los instrumentos. Las enaguas y los ponchos flotaban al aire, en tanto que el mate circulaba entre los más viejos, agrupados en la vecindad de la puerta.

Sobrevino una calma. Mientras los hombres les endulzaban el oído á sus parejas, á la manera de los gauchos, diciéndolas hermosas, cabellos de azabache, y comparando el brillo de sus ojos con el de las Tres Marías, cumplimientos ya estereotipados y que venían floreciendo inalterables de generación en generación, se oyó un ruido de voces, y en un instante dos gauchos saltaron á la palestra.

Aparecen súbitamente en sus manos facones guarnecidos de plata. Con los ponchos enrollados en el brazo izquierdo á manera de escudos, blasfemando á torrentes, se agazapan como gatos para asaltar su presa.

"¡ Paz, paz !" gritó Frutos Barragán, pero mientras sonaban estas palabras una naveja corta el aire y se inserta en el vientre de un hombre, que rueda por el suelo. La sangre brota á torrentes de su boca, el vientre se contrae como una vejiga reventada, y una corriente roja avanza sobre el suelo, mientras el desgraciado se agita en las convulsiones de la agonía.

Las candilejas se apagan el caer, y en la oscuridad las mujeras gritan y los hombres se agolpan á la puerta. Cuando salieron á la luz de la luna, dejando el muerto en el suelo, el matador se había escapado, y mientras los unos buscaban una explicación en los semblantes mudos de los otros, sonó una voz lejana que decía "¡ Adiós, Barragán ! Así paga Vicente Castro sus deudas á los que quieren robarle su niña," y, con la voz, se perdió á lo lejos el eco de las pisadas de un caballo sin herraduras que galopaba en la llanura.

Volví en mí y el mozo que estaba á mi lado dijo: "ochenta céntimos;" en tanto que á lo largo del boulevard resonaba el áspero grito de *¡La Patrie!* entre el rumor de los carruajes.

XV

HIPOMORFO.

EL 12 de Octubre de 1524, Cortés salió de Méjico expedicionando sobre Honduras. La partida se hizo al són de la música, y toda la población de la ciudad nuevamente conquistada salió á acompañarle algunas millas en el camino.

La cabalgata debe haber sido un curioso espectáculo. Cortés mismo y sus capitanes, vestidas parcialmente las armaduras, según la manera de los tiempos, cabalgaban adelante. Luego venían los soldados españoles, los más de ellos a pie y armados con lanzas, espadas y rodelas, aunque había una tropa de arqueros y arcabuceros, á quienes, despué́s de Dios, se debió la conquista, como dijo un viejo cronista hablando de la del Perú. En Méjico también hicieron buen servicio, aunque fué la caballería la que en esa conquista desempeñó la mayor parte. Luego venía una fuerza de 3,000 indios bienquistos de Tlascala, y en pos de ellos una piara de cerdos era lentamente conducida en la retaguardia, porque en ese tiempo no se conocían en el Nuevo Mundo ni carneros ni vacas.

Guatimozin, el Rey cautivo de Méjico, le hizo el honor á la marcha triunfal de los conquistadores, y con el ejército partieron dos halconeros, Garci Caro y Alvaro Montañés, con una banda de música, algunos acróbatas, un juglar y un hombre "que saltaba bien y tocaba la gaita morisca."

Cortés montaba el caballo negro en que habí a cabalgado durante el sitio de Méjico. La fortuna parecía sonreírle. Acababa de añadirle un enorme imperio a la Corona española y había mostrado ser uno de los generales más consumados de su época. Sin embargo, estaba en vísperas de padecer la mayor desdicha de su vida, desdicha que, al mismo tiempo, había de hacerle aparecer como un conductor de hombres más astuto de lo que hasta allí había mostrado ser en el mismo Méjico.

Su caballo negro iba á desempeñar también el papel más extraordinario que haya desempeñado bruto alguno en toda la historia del mundo.

Con varia fortnna, ya trepando á las montañas, ya vadeando los pantanos y luego pasando los ríos, sobre los cuales tenía que echar puentes, la expedición llegó a un país abierto, bien regado de aguas y habitado por innumerables greyes de venados. Villagutierre, en su *Historia de la Conquista de la Provincia de Itza* (Madrid, 1701), llama á esta comarca el país de los Mazotecas, nombre que, dice Bernal Díaz del Castillo, significa "venado" en el lenguaje de esos infieles. La carne fresca era escasa, y todos los caballeros españoles de esos días eran expertos con la lanza. Inmediatamente Cortés y todos sus oficiales de á caballo salieron á caza del venado. El tiempo era extraordinariamente ardiente; más ardiente, según dice Díaz, del que habían sentido desde que habían salido de Méjico. Los venados eran todos tan mansos que los caballeros los alanceaban muy á su placer, y pronto la llanura quedó cubierta con animales moribundos, como cuando los indios cazaban búfalos, treinta ó cuarenta años hace.

Díaz dice que la razón de la mansedumbre del venado era que los Mazotecas (aquí aplica la palabra á los indios mismos) los adoraban como dioses. Parece que su dio

principal se les había aparecido una vez en la imágen de un ciervo, y les había dicho á los indios que no cazaran á sus dioses amigos, ni los asustaran siquiera. No se cuidaron los españoles de dioses que no eran suficientemente fuertes para defenderse, porque la deidad que ellos adoraban era el mismos Dios de las batallas á quien adoramos hoy.

Continuaron así alanceando á las divinas bestias, sin cuidarse del calor y de que los pobres caballos estaban en una triste condición, debido á la duración de la marcha. El caballo de un Palacios Rubio, pariente de Cortés, cayó muerto, vencido por el excesivo calor; la grasa se le había derretido interiormente, al decir de Villagutierre. El caballo negro que cabalgada Cortés también se puso muy enfermo, aunque no murió, y sería mejor sin duda que hubiera muerto, porque Villagutierre cree que hubiera sido un daño menor que el que sucedió después, como verán quienes leyeren la historia. Después de que la caza había terminado, la tropa fué conducida por colinas pedregrosas y á través de una garganta que Gutierre llama "el Paso del Alabastro," y Díaz "La Sierra de los Pedernales." Aquí el caballo que había estado enfermo se clavó una astilla en una de las patas delanteras, y esta fué la razón, según dice Villagutierre, para que Cortés le abandonase. Añade que no importaba en todo caso que le dejase, porque se le había derretido la grasa con el sol, ó porque se había punzado el pie. Esto, desde luego, es verdad, y de todas maneras el caballo estaba reservado á mejores destinos de los que le tocaron á ningún animal de su especie.

Cortés, en su quinta carta al Emperador Carlos V, dice sencillamette: Vime obligado á dejar mi caballo morzillo con una astilla en la pata. (El no hace mención ninguna de la fusión de la grasa.) El cacique prometió

cuidar de él, pero no sé si lo logrará ó lo que hará con él.

Le dijo al jefe que mandaría después por el caballo, porque lo tenía en mucho aprecio y lo juzgaba de gran valor. El cacique, sin duda, recibió al animal terrible y extraño con el debido respeto, y Cortés continuó su camino. Esto es todo lo que Cortés dice sobre el asunto, y las nieblas de la historia caen sobre él y sobre su caballo. Cortés murió, fatigado y triste, en la blanca aldea de Castilleja de la Cuesta, no lejos de Sevilla, pero el *morzillo* tenía destinos más altos en espera. Esto sucedió en el año de 1525, y no volvió á oirse nada hasta 1697, ni de los *Mazotecas* ni del caballo, después del suceso que se relata en el pasaje de la quinta carta de Cortés, citado antes. En ese año los franciscanos tomaron el Camino del Evangelio para convertir á los indios de Itza, en la expedición que Ursúa capitaneaba, porque el interior del Yucatán no había sido nunca subyugado. Llegaron á Itza después de haber bajado el río Tipu en canoas.

Este río, según nos informa Villagutierre, es tan grande como cualquier río de España. Además, tiene ciertas propiedades. La bondad y claridad de sus aguas es tal que en algunos respectos son superiores á la misma agua del Tajo. Está dividido en 190 canales (nada más ni menos), y cada uno de ellos tiene su nombre indígena correcto, que cada indio sabe. En su orilla crece en abundancia la zarzaparrilla y sus arenas son de oro. Además de esto tienen sus aguas una oculta virtud, y es que tomadas en ayunas curan la hidropesía, y dan, así á los sanos como á los enfermos, un cordial apetito. Todavía, si después de comer toma uno esas aguas, se siente inclinado á comer otra vez. Al medio día son frías y por la noche calientes, tan calientes que un vaho se levanta de ellas, como sucede cuando hierve un

caldero sobre el fuego. Otras propiedades tienen que, aunque no son notables, deben mencionarse.

Bajando este río, la expedición de Ursúa navegó doce días en sus canoas, hasta que llegó á un lugar llamado Peten-Itza, en que había una isla llamada Tayasal. Sin saberlo habían llegado ellos cerca del paraje donde Cortés había dejado su caballo hacía mucho tiempo. No sabían ellos esto. La cosa había sido olvidada, y Cortés mismo era ya un héroe de la edad pasada, aun en el mismo Méjico. Los Padres Orbieta y Fuensalida, monjes de la orden de San Francisco, escogidos ambos por su celo y por su conocimiento de la lengua de los mayas, estaban ansiosos de marcar nuevos corderos. Los indios entre quienes se encontraban eran ignorantes hasta de los esplendores de la verdadera fe. Además, desde la Conquista, no habían tenido trato con el europeo, y eran tan primitivos como lo fueron en el tiempo en que Cortés había pasado, hacía más de cien años.

Uno de los caciques, de nombre Isquín, cuando vió un caballo por la primera vez, casi se volvió loco de alegría y de sorpresa; especialmente los caracoleos y los brincos que hacía en el aire, le movieron á admiración, y poniéndose él mismo en cuatro patas, brincó en varios sentidos é imitó los relinchos. Luego, cansado con su manifestación práctica de alegría y de sorpresa, dijo que le enseñaran el nombre español del misterioso animal. Cuando supo que era "caballo," inmediatamente renunció á su antiguo nombre, y desde ese día este necio infiel fué conocido con el apelativo de "caballito." Más tarde, cuando vertieron sobre su cabeza las aguas bautismales, tomó el nombre de Pedro, y hasta el día de su muerte todo el mundo le llamó "Don Pedro Caballito," porque era un cacique nato.

Este pequeño caso, singular y patético, por el cual se

sacaba ardiendo de las eternas llamas un tizón, encendido para los que habían sido merecedores del fuego del infierno por no haberlo oído mentar nunca, podía haber mostrado á los misioneros que los pobres indios no eran más que niños más fáciles de guiar que de arrear.

Esto simplemente sirvió para encender su celo, y así toda su solicitud para salvar las almas de los indios era inútil, porque los salvajes, de duros corazones, sordos á las ventajas que el bautismo traía consigo, continuaban apegados á sus antiguas imágenes.

Los buenos franciscanos hicieron algunas otras tentativas para mover el corazón de los pobres, predicando sin cesar. Todas encallaron, y enseguida fueron ellos á varias islas del lago, en una de las cuales el Padre Orbieta apenas había comenzado á predicar, cuando, como lo dice Lopez Cogolludo (*Historia de Yucatán*), un indio le cogió por la garganta y estuvo tan cerca de estrangularle que le dejó sin sentido en el suelo.

En ocasiones, sentados en la iglesia escuchando un predicador de los que en tiempo de la Reina Isabel recibieron el calificativo de "penosos," aun los elegidos sentían el impulso de agarrar al predicador por la garganta. Sin embargo, por lo común se abstenían de ello. Estos pobres salvajes, indisciplinados de mente y de espíritu, eran tal vez dignos de excusa, porque el completo sabor de una prédica jamás había llegado hasta ellos en el edén que formaban las orillas del lago. Por lo demás, el Padre Fuensalida, no domado por la suerte, se levantó y continuó su parábola, después de haber sido rudamente sacado del púlpito y arrojado al suelo. Esta vez les predicó en su propio idioma, en que era muy experto, con elocuencia férvida y gran conocimiento de las Escrituras ("era gran Escriturario"), explicándoles "el sagrado misterio de la encarnación de

el eterno Verbo." El asunto estaba muy bien escogido para hacer una primera tentativa sobre sus corazones, pero resultó también infructuosa, y los dos monjes se embarcaron de nuevo, forzados á ello por los indios.

Cuando la canoa en que iban se apartó de la isla y entró de lleno en el lago, los infieles, que se quedaron mirándolos mientras remaban, montaron en furia y se abalanzaron á la orilla; los apedrearon cordialmente hasta que los frailes estuvieron fuera de su alcance.

Es una sabia precaución que los conquistadores observaban regularmente, la de tener el brazo espiritual siempre bien apoyado por el brazo secular, cuando los misioneros, llenos de celo y no dotados de un exceso de sentido común, predicaban por primera vez á los infieles.

Este primer revés no fué sino un incidente, y por grados, los frailes, acompañados esta vez por los soldados, exploraron más islas de las que se hallan en el lago. Al fin dieron con una llamada Tayasal, tan llena de ídolos que necesitaron doce horas para quemarlos y destruirlos todos. Quedaba todavía una isla por explorar, y era una en que había un templo que contenía un ídolo muy reverenciado por los indios. Al fin llegaron á ella, y, sobre una plataforma como de la altura de un hombre de buena alzada, vieron la figura de un caballo rudamente tallada en piedra. El caballo estaba sentado en el suelo descansando sobre sus cuartos traseros y extendidas las patas. "Los bárbaros infieles" adoraban esta bestia monstruosa y abominable con el nombre de Tziunchan, dios del trueno y del relámpago, y le hacían reverencias. Aun los españoles, que por regla general no eran muy dados á preguntar la historia de los ídolos, sino que los despedazaban inmediatamente, *ad majorem Dei gloriam*, manifestaron sorpresa é interés. Poco á poco supieron la historia del dios hipomorfo, que había

sido cuidadosamente conservada. Parece que cuando Cortés había abandonado su caballo en los tiempos pasados, los indios, viendo que estaba enfermo, lo llevaron á un templo para cuidar de él; "entendiendo que era animal de razón," colocaron delante de él frutas y pollos, con el resultado de que la pobre bestia—que estaba ya bastante mala — vino, sin poder menos, á morir.

Los indios, miedosos de que Cortés viniera á vengarse en ellos de la muerte del caballo que había dejado para que lo cuidasen y para que atendiesen á sus necesidades, antes de enterrarlo tallaron una ruda estatua á su semejanza y la colocaron en un templo de los del lago.

El diablo, que, como observa Villagutierre, jamás descansa y se aprovecha de cuanto puede, viendo la ceguedad y la superstición (que era grande) de esos abominables idólatras, los indujo por grados á hacer un dios de la imágen grabada por ellos. Su veneración creció con el tiempo, así como crecen las malas yerbas entre el trigo, según las palabras ejemplares de la Sagrada Escritura, y esa estatua abominable se convirtió en el principal de sus dioses, aunque ellos tenían otros igualmente horribles.

Como los primeros caballos que habían visto los indios estaban cabalgados por los españoles que iban a la caza del venado manso, y se oían muchos tiros, los indios naturalmente relacionaron la explosión y las llamas menos con el ginete que con el caballo. Así se verificó en el curso de los años la evolución del gran dios Tziunchan, y, como dijeron los misioneros, estos idólatras, envueltos en la ignorancia, adoraron la obra de sus propias manos.

El Padre Orbieta, sin pararse a reflexionar que todos nosotros adoramos lo que hemos hecho, "arrebatado de

un furioso celo de la honra de Dios," cogió una gran piedra y en un instante echó el ídolo abajo, y con un martillo lo partió en pedazos.

Cuando el Padre Orbieta hubo terminado su trabajo y destruído uno de los más curiosos monumentos del Nuevo Mundo, que debía haber sido conservado tan cuidadosamente como si hubiera sido esculpido por Praxiteles, se sintió invadido de santa é inefable alegría, y su faz fulguraba con una luz tan espiritual que invitaba á alabar á Dios y á mirarlo con deleite. La mayor parte de las obras necias son el deleite de quienes las perpetran, aunque sus caras no brillen con alegría espiritual en el momento de ejecutarlas; así, cuando uno lee la necedad de este fraile cabeza de chorlito, se queda deroso de que varias de las piedras que le fueron arrojadas hubieran tocado en el blanco cuando él iba remando en la canoa.

Los indios se deshicieron en lamentaciones exclamando: "¡Que muera; ha matado á nuestro dios!"; pero los soldados españoles, de quienes el fraile con prudencia se había acompañado, les impidieron que vengaran la afrenta.

Así se hizo manifiesto el misterio del Verbo Divino entre los *Mazotecas*, y así fué destruida una deidad que durante cien años, y tal vez más, no había hecho daño á nadie . . . . cosa poco usual entre dioses.

WERTHEIMER, LEA Y CIA.
IMPRESORES,
CLIFTON HOUSE, WORSHIP STREET
LONDRES, INGLATERRA.